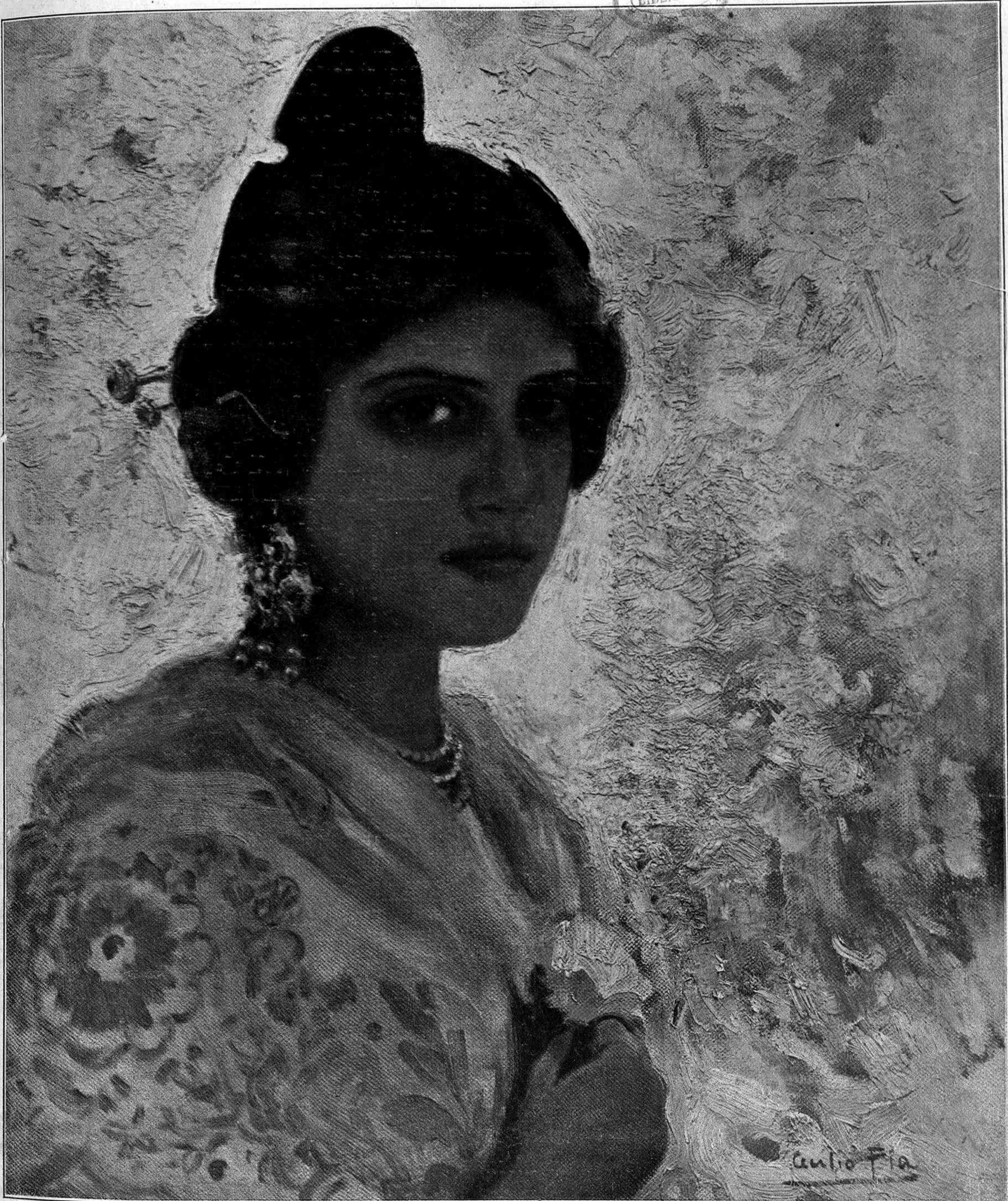


La Esfera

Año IX Núm. 438

Precio: Una peseta



Como agua de Mayo es el famoso
Regenerador "PAZ" del Cabello

Sólo que éste es eficaz todos los meses del año para la curación absoluta de la calvicie prematura y la alopecia.

Si usted ha fracasado con otros productos, antes de abandonar sus esperanzas póngase en tratamiento con este preparado científico, que por la realidad de sus curaciones ha merecido Gran Premio de Honor y Medalla de Oro.

Escriba usted al autor, Diego Paz, calle Don Alfonso I, núm. 36, Zaragoza, y recibirá usted gratis las instrucciones que convengan á su curación.

FRASCO: 15 PESETAS

HELIOS



LA TIERRA DE TODOS

NOVELA INÉDITA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

Como todas las mañanas, el marqués de Torrebianca salió tarde de su dormitorio, mostrando cierta inquietud ante la bandeja de plata con cartas y periódicos que el ayuda de cámara había dejado sobre la mesa de su biblioteca.

Cuando los sellos de los sobres eran extranjeros, parecía contento; como si acabase de librarse de un peligro. Si las cartas eran de París, fruncía el ceño, preparándose a una lectura abundante en sinsabores y humillaciones. Además, el membrete impreso en muchas de ellas le anunciaba de antemano la personalidad de tenaces acreedores, haciéndole adivinar su contenido.

Su esposa, llamada «la bella Elena», por una hermosura indiscutible, que sus amigas empezaban a considerar histórica a causa de su exagerada duración, recibía con más serenidad estas cartas, como si toda su existencia la hubiese pasado entre deudas y reclamaciones. El tenía una concepción más anticuada del honor, creyendo que es preferible no contraer deudas, y cuando se contraen, hay que pagarlas.

Esta mañana las cartas de París no eran muchas: una del establecimiento que había vendido en diez plazos el último automóvil de la marquesa, y sólo llevaba cobrados dos de ellos; varias de otros proveedores—también de la marquesa—, establecidos en las cercanías de la plaza Vendome, y de comerciantes más modestos, que facilitaban a crédito los artículos necesarios para la manutención y amplio bienestar del matrimonio y su servidumbre.

Los criados de la casa también podían escribir formulando idénticas reclamaciones; pero confiaban en el talento mundano de la señora, que le permitiría alguna vez salir definitivamente de apuros, y se limitaban a manifestar su disgusto mostrándose más fríos y estirados en el cumplimiento de sus funciones.

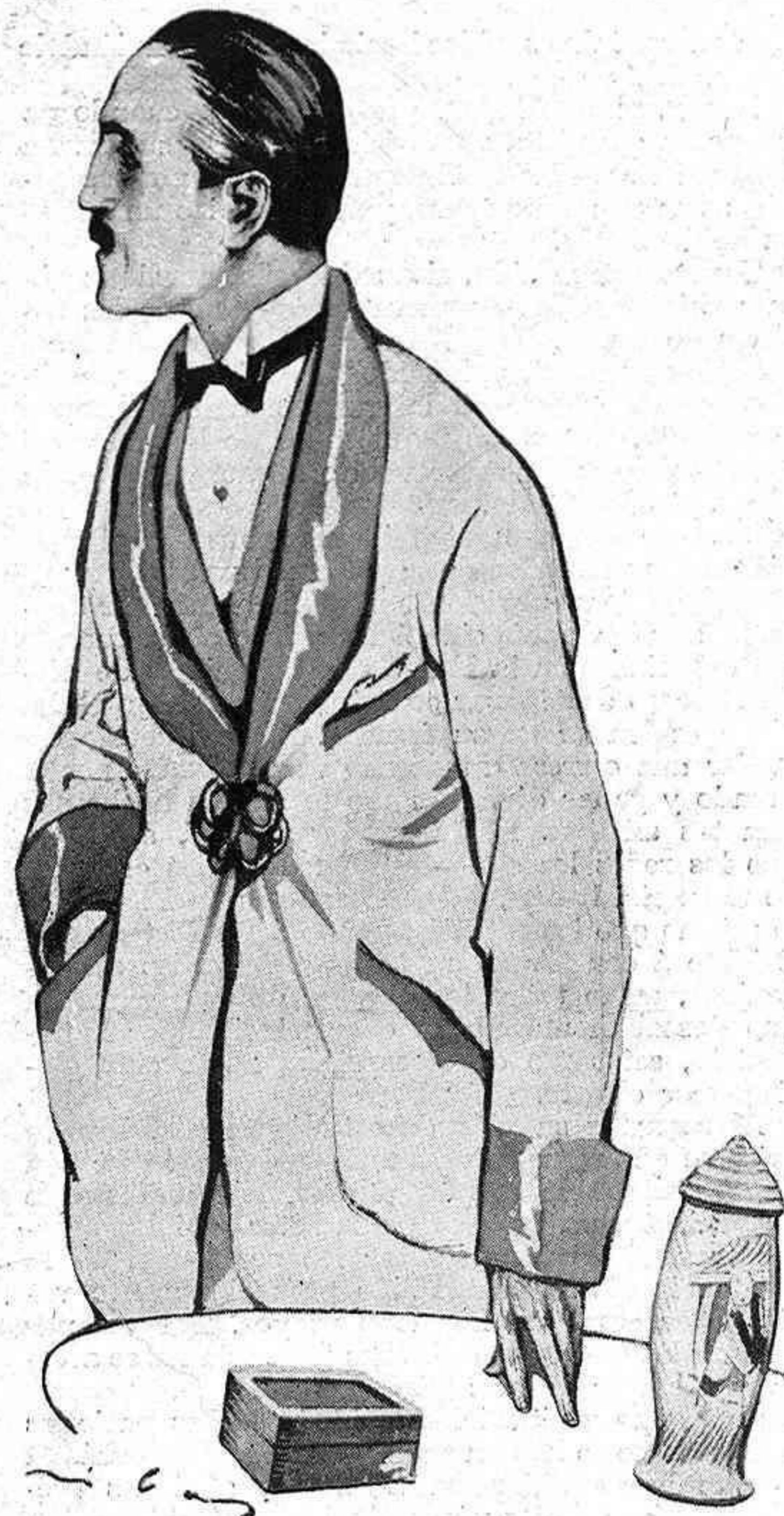
Muchas veces Torrebianca, después de la lectura de este correo, miraba en torno de él con asombro. Su esposa daba fiestas y asistía a todas las más famosas de París; ocupaban en la avenida Henri Martin el segundo piso de una casa elegante; frente a su puerta esperaba un hermoso automóvil; tenían cinco criados... No llegaba a explicarse en virtud de qué leyes misteriosas y equilibrios inconcebibles podían mantener él y su mujer este lujo, contrayendo todos los días nuevas deudas, y necesitando cada vez más dinero para el sostenimiento de su costosa existencia. El dinero que él lograba aportar desaparecía como un arroyo en un arrenal. Pero «la bella Elena» encontraba lógica y correcta esta manera de vivir, como si fuese la de todas las personas de su amistad.

Acogió Torrebianca alegremente el encuentro de un sobre con sello de Italia entre las cartas de los acreedores y las invitaciones para fiestas.

—Es de mamá—dijo en voz baja.

Y empezó a leerla, al mismo tiempo que una sonrisa parecía aclarar su rostro. Sin embargo, la carta era melancólica, terminando con quejas dulces y resignadas; verdaderas quejas de madre.

Mientras iba leyendo, vió con su imaginación el antiguo palacio de los Torrebianca, allá en Toscana, un edificio enorme y ruinoso, circundado de jardines. Los salones, con pavimento de mármol multicolor y techos mitológicos pintados al fresco; tenían las paredes desnudas, marcándose en su polvoriento palidez la huella de los cuadros cé-



TORREBIANCA

lebres que las adornaban en otra época, hasta que fueron vendidos a los anticuarios de Florencia.

El padre de Torrebianca, no encontrando ya lienzos ni estatuas como sus antecesores, tuvo que hacer moneda con el archivo de la casa, ofreciendo autógrafos de Maquiavelo, de Miguel Angel y otros florentinos que se habían carteadado con los grandes personajes de su familia.

Fuera del palacio, unos jardines de tres siglos se extendían al pie de amplias escalinatas de mármol con las balaustradas rotas bajo la pesadez de tortuosos rosales. Los peldaños, de color de hueso, estaban desunidos por la expansión de las plantas parásitas. En las avenidas, el boj secular, recortado en forma de anchas murallas y profundos arcos de triunfo, era semejante a las ruinas de una metrópoli ennegrecida por el incendio. Como estos jardines llevaban muchos años sin cultivo, iban tomando un aspecto de selva florida. Resonaban bajo el paso de los raros visitantes con ecos melancólicos que hacían volar a los pájaros lo mismo que flechas, esparciendo enjambres de insectos bajo el ramaje, y carreras de reptiles entre los troncos.

La madre del marqués, vestida como una campesina, y sin otro acompañamiento que el de una muchacha del país, pasaba su existencia en estos salones y jardines, recordando al hijo ausente y discurriendo nuevos medios de proporcionarle dinero.

Sus únicos visitantes eran los anticuarios, a los que iba vendiendo los últimos restos de un esplendor, saqueado por sus antecesores. Siempre necesitaba enviar algunos miles de liras al último Torrebianca, que, según ella creía, estaba desempeñando un papel social digno de su apellido en Londres, en París, en todas las grandes ciudades de la tierra. Y convencida de que la fortuna que favoreció a los primeros Torrebianca acabaría por acordarse de su hijo, se alimentaba parcamente, comiendo en una mesita de pino blanco, sobre el pavimento de mármol de aquellos salones donde nada quedaba que arrebatarse.

Conmovido por la lectura de la carta, el marqués murmuró varias veces la misma palabra: «Mamá...; mamá».

«Después de mi último envío de dinero, ya no sé qué hacer. ¡Si vieses, Federico, qué aspecto tiene ahora la casa en que naciste! No quieren darme por ella ni la vigésima parte de su valor; pero mientras se presenta un extranjero que desee realmente adquirirla, estoy dispuesta a vender los pavimentos y los techos, que es lo único que vale algo, para que no sufras apuros, y nadie ponga en duda el honor de tu nombre. Vivo con muy poco, y estoy dispuesta a imponerme todavía mayores privaciones; pero, ¿no podréis tú y Elena limitar vuestros gastos, sin perder el rango que ella mereco por ser esposa tuya? Tu mujer, que es tan rica, ¿no puede ayudarte en el sostenimiento de tu casa?...»

El marqués cesó de leer. Le hacía daño,

como un remordimiento, la simplicidad con que la pobre señora formulaba sus quejas y el engaño en que vivía. ¡Crear rica á Elena! ¡Imaginarse que él podía imponer á su esposa una vida ordenada y económica, como lo había intentado repetidas veces al principio de su existencia matrimonial!...

La entrada de Elena en la biblioteca cortó sus reflexiones. Eran más de las once, y ella iba á dar su paseo diario por la avenida del Bosque de Bolonia para saludar á las personas conocidas y verse saludada por ellas.

Iba vestida con una elegancia indiscreta y demasiado ostentosa, que parecía armonizarse con su género de hermosura. Era alta y se mantenía esbelta, gracias á una continua batalla con el engrasamiento de la madurez y á los frecuentes ayunos. Se hallaba entre los treinta y los cuarenta años; pero los medios de conservación que proporciona la vida moderna le daban esa tercera juventud que prolonga el esplendor de las mujeres en las grandes ciudades.

Torrebianca sólo la encontraba defectos cuando vivía lejos de ella. Al volverla á ver, un sentimiento de admiración le dominaba inmediatamente, haciéndole aceptar todo lo que ella exigiese.

Saludó Elena con una sonrisa, y él sonrió igualmente. Luego puso ella los brazos en sus hombros y le besó, hablándole con un ceceo de niña, que era para su marido el anuncio de alguna nueva petición. Pero este fraseo pueril no había perdido el poder de conmoverle profundamente, anulando su voluntad.

—¡Buenos días, mi cocó!... Me he levantado más tarde que otras mañanas; debo hacer algunas visitas antes de ir al Bosque. Pero no he querido marcharme sin saludar á mi maridito adorado... Otro beso, y me voy.

Se dejó acariciar el marqués, sonriendo humildemente con una expresión de gratitud que recordaba la de un perro fiel y bueno. Elena acabó por separarse de su marido; pero antes de salir de la biblioteca hizo un gesto como si recordase algo de poca importancia, y detuvo su paso para hablar.

—¿Tienes dinero?...

Cesó de sonreír Torrebianca y pareció preguntarle con sus ojos: «¿Qué cantidad deseas?»

—Poca cosa. Algo así como ocho mil francos. Un modisto de la rue de la Paix empezaba á faltarle al respeto por esta deuda, que sólo databa de tres años, amenazándola con una reclamación judicial. Al ver el gesto de asombro con que su marido acogía esta demanda, fué perdiendo la sonrisa pueril que dilataba su rostro; pero todavía insistió en emplear su voz de niña para gemir con tono dulzón.

—¿Dices que me amas, Federico, y te niegas á darme esa pequeña cantidad?...

El marqués indicó con un ademán que no tenía dinero, mostrándole después las cartas de los acreedores, amontonadas en la bandeja de plata.

Volvió á sonreír ella; pero ahora su sonrisa fué cruel.

—Yo podría mostrarte—dijo—muchos documentos iguales á esos... Pero tú eres hombre, y los hombres deben traer mucho dinero á su casa para que no sufra su mujercita. ¿Cómo voy á pagar mis deudas si tú no me ayudas?...

Torrebianca la miró con una expresión de asombro.

—Te he dado tanto dinero..., ¡tanto! Pero todo el que cae en tus manos se desvanece como el humo.

Elena se indignó contestando con voz dura:

—No pretenderás que una señora *chic* y que, según dicen, no es fea, viva de un modo mediocre. Cuando se goza el orgullo de ser el marido de una mujer como yo, hay que saber ganar el dinero á millones.

Las últimas palabras ofendieron al marqués; pero Elena, dándose cuenta de esto, cambió rápidamente de actitud, aproximándose á él para poner las manos en sus hombros.

—¿Por qué no le escribes á la vieja?... Tal vez pueda enviarnos ese dinero vendiendo alguna antigüalla de tu caserón paternal.

El tono irrespetuoso de tales palabras acrecentó el malhumor del marido.

—Esa vieja es mi madre, y debes hablar de ella con el respeto que merece. En cuanto á dinero, la pobre señora no puede enviar más.

Miró Elena á su esposo con cierto desprecio, diciendo en voz baja, como si se hablase á ella misma:

—Esto me enseñará á no enamorarme más de pobretónes... Yo buscaré ese dinero, ya que eres incapaz de proporcionármelo.

Pasó por su rostro una expresión tan maligna al hablar así, que su marido se levantó del sillón frunciendo sus cejas.

—Piensa lo que dices... Necesito que me aclares esas palabras.

Pero no pudo seguir hablando. Ella había transformado completamente la expresión de su rostro,

y empezó á reír con carcajadas infantiles, al mismo tiempo que chocaba sus manos.

—Ya se ha enfadado mi cocó. Ya ha creído algo ofensivo para su mujer... ¡Pero si yo sólo te quiero á ti!

Luego se abrazó á él, besándole repetidas veces, á pesar de la resistencia que pretendía oponer á sus caricias. Al fin se dejó dominar por ellas, recobrando su actitud humilde de enamorado.

Elena lo amenazaba graciosamente con un dedo.



FONTENOY

—A ver: ¡sonría usted un poquito, y no sea malo!... ¿De veras que no puedes darme ese dinero?

Torrebianca hizo un gesto negativo; pero ahora parecía avergonzado de su impotencia.

—No por esto te querré menos—continuó ella—. Que esperen mis acreedores. Yo procuraré salir de este apuro como he salido de tantos otros. ¡Adiós, Federico!

Y marchó de espaldas hacia la puerta enviándole besos, hasta que levantó el cortinaje.

Luego, al otro lado de la colgadura, cuando ya no podía ser vista, su alegría infantil y su sonrisa desaparecieron instantáneamente. Pasó por sus pupilas una expresión feroz, y su boca hizo una mueca de desprecio.

También el marido, al quedar solo, perdió la efímera alegría que le habían proporcionado las caricias de Elena. Miró las cartas de los acreedores y la de su madre, volviendo luego á ocupar su sillón para acodarse en la mesa, con la frente en una mano. Todas las inquietudes de la vida presente parecían haber vuelto á caer sobre él de golpe, abrumándolo.

Siempre en momentos iguales, buscaba Torrebianca los recuerdos de su primera juventud, como si esto pudiera servirle de remedio. La mejor época de su vida había sido á los veinte años, cuando era estudiante en la Escuela de Ingenieros de Lieja. Deseoso de renovar con el propio trabajo el decayido esplendor de su familia, había querido estudiar una carrera «moderna» para lanzarse por el mundo y ganar dinero, como lo habían hecho sus remotos antepasados. Los Torrebianca, antes de que los reyes los ennobleciesen dándoles el título de marqués, habían sido mercaderes de Florencia, lo mismo que los Médicis, yendo á las factorías de Oriente á conquistar su fortuna. El quiso ser ingeniero, como todos los jóvenes de su generación que deseaban una Italia engrandecida por la industria, así como en otros siglos había sido gloriosa por el arte.

Al recordar su vida de estudiante en Lieja, lo primero que resurgía en su memoria era la imagen de Manuel Robledo, su camarada de estudios y de alojamiento, un español de carácter jovial y energía tranquila para afrontar los problemas de la existencia diaria. Había sido para él durante varios años como un hermano mayor. Tal vez por esto en los momentos difíciles Torrebianca se acordaba siempre de su amigo.

¡Intrépido y simpático Robledo!... Las pasiones amorosas no le hacían perder su plácida serenidad de hombre equilibrado. Sus dos aficiones predominantes en el período de la juventud habían sido la buena mesa y la guitarra.

Torrebianca, de voluntad fácil para el enamoramiento, andaba siempre en relaciones con una liejesa, y Robledo, por acompañarle, se prestaba á fingirse enamorado de alguna amiga de la muchacha. En realidad, durante sus partidas de campo con mujeres, el español se preocupaba más de los preparativos culinarios que de satisfacer el sentimentalismo, más ó menos frágil, de la compañera que le había deparado la casualidad.

Torrebianca había llegado á columbrar á través de esta alegría ruidosa y materialista cierto romanticismo que Robledo pretendía ocultar como algo vergonzoso. Tal vez había dejado en su país los recuerdos de un amor desgraciado. Muchas noches el florentino, tendido en la cama de su alojamiento, escuchaba á Robledo, que hacía gemir dulcemente su guitarra, entonando entre dientes canciones amorosas del lejano país.

Terminados los estudios, se habían dicho adiós con la esperanza de encontrarse al año siguiente; pero no sé vieron más. Torrebianca permaneció en Europa, y Robledo llevaba muchos años vagando por la América del Sur, siempre como ingeniero; pero plegándose á las más extraordinarias transformaciones, como si reviviesen en él, por ser español, las condiciones aventureras de los antiguos conquistadores.

De tarde en tarde escribía alguna carta hablando del pasado más que del presente; pero, á pesar de sus discreción, Torrebianca tenía la vaga idea de que su amigo había llegado á ser general en una pequeña República de la América del Centro.

Su última carta era de dos años antes. Trabajaba entonces en la República Argentina, hastiado ya de aventuras en países de continuo sacudimiento revolucionario. Se limitaba á ser ingeniero, y servía unas veces al Gobierno y otras á empresas particulares, construyendo canales y ferrocarriles. El orgullo de dirigir los avances de la civilización á través del desierto, le hacía soportar alegremente las penalidades de esta vida dura.

Guardaba Torrebianca entre sus papeles un retrato enviado por Robledo, en el que aparecía á caballo, cubierta la cabeza con un casco colonial y el cuerpo con un poncho. Varios mestizos colocaban piquetes con banderolas en una llanura de aspecto salvaje, que por primera vez iba á sentir las huellas de la civilización material.

Cuando recibió este retrato debía tener Robledo treinta y siete años; la misma edad que él. Ahora estaba cerca de los cuarenta; pero su aspecto, á juzgar por la fotografía, era mejor que el de Torrebianca. La vida de aventuras en lejanos países no le había envejecido. Parecía más corpulento aún que en su juventud; pero su rostro mostraba la alegría serena de un perfecto equilibrio físico.

Torrebianca, de estatura mediana, más bien bajo que alto, y enjuto de carnes, guardaba una agilidad nerviosa gracias á sus aficiones deportivas, y especialmente al manejo de las armas, que había sido siempre la más predominante de sus aficiones; pero su rostro delataba una vejez prematura. Abundaban en él las arrugas; los ojos tenían en su vértice un fruncimiento de cansancio; los aladares de su cabeza eran blancos, contrastándose con el vértice, que continuaba siendo negro. Las comisuras de la boca caían desalentadas bajo el bigote recortado, con una mueca que parecía revelar el debilitamiento de la voluntad.

Esta diferencia física entre él y Robledo le hacía considerar á su camarada como un protector, capaz de seguir guiándole lo mismo que en su juventud.

Al surgir en su memoria esta mañana la imagen del español, pensó como siempre: «¡Si le tuviese aquí!... Sabría infundirme su voluntad de hombre verdaderamente fuerte.»

Quedó meditabundo, y algunos minutos después levantó la cabeza dándose cuenta que su ayuda de cámara había entrado en la habitación.

Se esforzó por ocultar su inquietud al enterarse de que un señor deseaba verle y no había querido dar su nombre. Era tal vez algún acreedor de su esposa, que se valía de este medio para llegar hasta él.

—Parece extranjero—siguió diciendo el criado—, y afirma que es de la familia del señor marqués.

Torrebianca tuvo un presentimiento que le hizo sonreír inmediatamente, por considerarlo disparatado. ¿No sería este desconocido su camarada Robledo, que se presentaba con una oportunidad inverosímil, como esos personajes de las comedias que aparecen en el momento preciso?... Pero era absurdo que Robledo, habitante del otro lado del planeta, estuviese pronto á dejarse ver como un actor que aguarda entre bastidores. No. La vida no ofrece casualidades de tal especie. Esto sólo se ve en el teatro y en los libros.

Indicó con un gesto enérgico su voluntad de no recibir al desconocido; pero en el mismo instante se levantó el cortinaje de la puerta, entrando alguien con un aplomo que escandalizó al ayuda de cámara.

Era el visitante que, cansado de esperar en la antesala, se había metido audazmente en la pieza más próxima.

Se indignó el marqués ante tal irrupción; y como era de carácter fácilmente agresivo, avanzó hacia el intruso con aire amenazador. Pero el hombre, que reía de su propio atrevimiento, al ver á Torrebianca levantó los brazos, gritando:

—Apuesto á que no me conoces... ¿Quién soy? El marqués le miró fijamente y no pudo reconocerlo. Después sus ojos fueron expresando paulatinamente la duda y una nueva convicción.

Tenía la tez oscurecida por la doble causticidad del sol y del frío. Llevaba unos bigotes cortos, y Robledo aparecía con barba en todos sus retratos... Pero de pronto encontró en los ojos del intruso algo que le pertenecía, por haberlo visto mucho en su juventud. Además, la alta estatura de aquel hombre..., su cuerpo vigoroso...

—¡Robledo!—dijo al fin.

Y los dos amigos se abrazaron.

Desapareció el criado, considerando inoportuna su presencia, y poco después se vieron sentados y fumando.

Se miraban afectuosamente, é interrumpían sus palabras para estrecharse las manos ó acariciarse las rodillas con vigorosas palmadas.

La curiosidad del marqués, después de tantos años de ausencia, fué más viva que la del recién llegado.

—¿Vienes por mucho tiempo á París?—preguntó á Robledo.

—Por unos meses nada más.

Después de forzar durante diez años el misterio de los desiertos americanos, lanzando á través de su virginidad, tan antigua como el planeta, líneas férreas, caminos, carreteras y canales, necesitaba darse un baño de civilización.

—Vengo—añadió—para ver si los restaurantes de París siguen mereciendo su antigua fama, y si los vinos de esta tierra no han decaído. Sólo aquí puede comerse el Brie fresco, y yo tengo hambre de este queso hace muchos años.

El marqués rió. ¡Hacer un viaje de tres mil leguas de mar para comer y beber en París!... Siempre el mismo Robledo. Luego le preguntó con interés:

—¿Eres rico?...

—Siempre pobre—contestó el ingeniero—. Pero como estoy solo en el mundo y no tengo mujer, que es el más caro de los lujos, podré hacer la misma vida de un gran millonario yanqui durante algunos meses. Cuento con los ahorros de varios años de trabajo allá en el desierto, donde apenas hay gastos.

Robledo miró en torno de él, apreciando con gestos admirativos el lujoso amueblado de la habitación.

—Tú sí que eres rico, por lo que veo.

El marqués contestó con una sonrisa enigmática; pero estas palabras volvieron á despertar su tristeza.

—Háblame de tu vida—continuó Robledo—. Tú has recibido noticias mías; yo, en cambio, he sabido muy poco de ti. Deben haberse perdido muchas de tus cartas, lo que no es extraordinario, pues hasta los últimos años he ido de un lugar á otro sin echar raíces. Algo supe, sin embargo, de tu vida. Creo que te casaste...

Torrebianca hizo un gesto afirmativo, y dijo gravemente:

—Me casé con una dama rusa, viuda de un alto funcionario de la corte del Zar... La conocí en Londres. La encontré muchas veces en tertulias aristocráticas y en castillos adonde habíamos sido invitados. Al fin nos casamos, y hemos llevado desde entonces una existencia muy elegante, pero muy cara.

Calló un momento, como si quisiera apreciar el efecto que causaba en Robledo este resumen de su vida. Pero el español permaneció silencioso queriendo saber más.

—Como tú llevas una existencia de hombre primitivo, ignoras felizmente lo que cuesta vivir de este modo... He tenido que trabajar mucho para no irme á fondo, ¡y aun así!... Mi pobre madre me ayuda, con lo poco que puede extraer de las ruinas de nuestra familia.

Pero Torrebianca pareció arrepentirse del tono quejumbroso con que hablaba. Un optimismo, que media hora antes hubiese considerado absurdo, le hizo sonreír confiadamente.

—En realidad, no puedo quejarme, pues cuento con un apoyo poderoso. El banquero Fontenoy es amigo nuestro. Tal vez habrás oído hablar de él. Tiene negocios en las cinco partes del mundo.

Robledo movió la cabeza. No; nunca había oído tal nombre.

—Es un antiguo amigo de la familia de mi mujer. Gracias á Fontenoy, soy director de importantes explotaciones en países lejanos, lo que me proporciona un sueldo respetable, que en otros tiempos me hubiese parecido la riqueza.

Robledo mostró una curiosidad profesional. «Ex-

plotaciones en países lejanos!... El ingeniero quería saber, y acosó á su amigo con preguntas precisas. Pero Torrebianca empezó á mostrar cierta inquietud en sus respuestas. Balbuceaba, al mismo tiempo que su rostro, siempre de una palidez verdosa, se enrojecía ligeramente.

—Son negocios en Asia y en Africa: minas de oro..., minas de otros metales..., un ferrocarril en China..., una Compañía de navegación para sacar los grandes productos de los arrozales del Tonkin... En realidad, yo no he estudiado esas explotaciones directamente; me ha faltado siempre el tiempo para hacer el viaje. Además, me es imposible vivir lejos de mi mujer. Pero Fontenoy, que es una gran cabeza, las ha visitado todas, y tengo en él una confianza absoluta. Yo no hago en realidad más que poner mi firma en los informes de las personas competentes que él envía allá, para tranquilidad de los accionistas.

Robledo no pudo evitar que sus ojos reflejasen cierto asombro al oír estas palabras.

Su amigo, dándose cuenta de ello, quiso cambiar el curso de la conversación. Habló de su mujer con cierto orgullo, como si considerase el mayor triunfo de su existencia que ella hubiese accedido á ser su esposa.

Reconocía la gran influencia de seducción que Elena parecía ejercer sobre todo lo que le rodeaba. Pero como jamás había sentido la menor duda acerca de su fidelidad conyugal, mostrábase orgulloso de avanzar humildemente detrás de ella, emergiendo apenas sobre la estela de su marcha arrolladora. En realidad, todo lo que era él: sus empleos generosamente retribuidos, las invitaciones de que se veía objeto, el agrado con que le recibían en todas partes, lo debía á ser el esposo de «la bella Elena».



MANUEL ROBLEDO

—La verás dentro de poco..., porque tú vas á quedarte á almorzar con nosotros. No digas que no. Tengo buenos vinos, y ya que has venido del otro lado del mundo para comer queso de Brie, te lo daré hasta matarte de una indigestión.

Luego abandonó su tono de broma para decir con voz emocionada:

—No sabes cuánto me alegra que conozcas á mi mujer. Nada te digo de su hermosura; las gentes la llaman «la bella Elena»; pero su hermosura no es lo mejor. Aprecio más su carácter casi infantil. Es caprichosa algunas veces, y necesita mucho dinero para vivir; pero, ¿qué mujer no es así?... Creo que Elena también se alegrará de conocerte... ¡Le he hablado tantas veces de mi amigo Robledo!...

II

La marquesa de Torrebianca encontró «altamente interesante» al amigo de su esposo.

Había regresado á su casa muy contenta. Sus preocupaciones de horas antes por la falta de dinero parecían olvidadas, como si hubiese encontrado el medio de amansar á su acreedor ó de pagarle.

Durante el almuerzo, tuvo Robledo que hablar mucho para responder á las preguntas de ella, satisfaciendo la vehemente curiosidad que parecían inspirarle todos los episodios de su vida.

Al enterarse de que el ingeniero no era rico, hizo un gesto de duda. Tenía por inverosímil que un habitante de América, lo mismo la del Norte que la del Sur, no poseyese millones. Pensaba por instinto, como la mayor parte de los europeos, siéndole necesaria una lenta reflexión para convencerse de que en el Nuevo Mundo pueden existir pobres como en todas partes.

—Yo soy todavía pobre—continuó Robledo—; pero procuraré terminar mis días como millonario, aunque sólo sea para no desilusionar á las gentes convencidas de que todo el que va á América debe ganar forzosamente una gran fortuna, dejándola en herencia á sus sobrinos de Europa.

Esto le llevó á hablar de los trabajos que estaba realizando en la Patagonia.

Se había cansado de trabajar para los demás, y teniendo por socio á cierto joven norteamericano, se ocupaba en la colonización de unos cuantos miles de hectáreas junto al río Negro. En esta empresa había arriesgado sus ahorros, los de su compañero é importantes cantidades prestadas por los Bancos de Buenos Aires; pero consideraba el negocio seguro y extraordinariamente remunerador.

Su trabajo consistía en hacer campos de regadío las tierras yermas é incultas adquiridas á bajo precio. El Gobierno argentino estaba realizando grandes obras en el río Negro, para captar parte de sus aguas. Él había intervenido como ingeniero en este trabajo difícil, empezado años antes. Luego presentó su dimisión para hacerse colonizador, comprando tierras que iban á quedar en la zona de la irrigación futura.

—Es asunto de algunos años, ó tal vez de algunos meses—añadió—. Todo consiste en que el río se muestre amable, prestándose á que le crucen el pecho con un dique, y no se permita una crecida extraordinaria, una convulsión de las que son frecuentes allá y destruyen en unas horas todo el trabajo de varios años, obligando á empezarlo otra vez. Mientras tanto, mi asociado y yo hacemos con gran economía los canales secundarios y las demás arterias que han de fecundar nuestras tierras estériles; y el día en que el dique esté terminado y las aguas lleguen á nuestras tierras...

Se detuvo Robledo, sonriendo con modestia.

—Entonces—continuó—seré un millonario á la americana. ¿Quién sabe hasta dónde puede llegar mi fortuna?... Una legua de tierra regada vale millones..., y yo tengo varias leguas.

«La bella Elena» escuchaba con interés; pero Robledo, como si le inquietase la expresión momentáneamente admirativa de sus ojos de pupilas verdes con reflejos de oro, se apresuró á añadir:

—Pero esta fortuna, ¡puede retrasarse también tantos años!... Es posible que sólo llegue á mí cuando me vea próximo á la muerte y sean los hijos de una hermana que tengo en España los que gocen el producto de lo mucho que he trabajado y rabiado allá.

Le hizo contar Elena cómo era su vida en el desierto patagónico, inmensa llanura barrida en invierno por huracanes fríos que levantan columnas de polvo, y sin más habitantes naturales que las bandas de avestruces y el puma vagabundo, que, cuando siente hambre, osa atacar al hombre solitario.

Al principio la población humana había estado representada por las escasas bandas de indios que vivaqueaban en las orillas de los ríos y por fugitivos de Chile ó la Argentina lanzados á través de las tierras desiertas para huir de los delitos que dejaban á sus espaldas. Ahora los antiguos fortines, guarnecidos por los destacamentos que el Gobierno había hecho avanzar desde Buenos Aires para que tomasen posesión del desierto, se convertían en pueblos, separados unos de otros por centenares de kilómetros.

Entre dos poblaciones de éstas, considerablemente alejadas, era donde vivía Robledo, transformándose su campamento de trabajadores en un pueblo que tal vez antes de medio siglo llegase á ser una ciudad de cierta importancia. En América no eran raros prodigios de esta clase.

Le escuchaba Elena con deleite, lo mismo que cuando, en el teatro ó en el cinematógrafo, sentía despertada su curiosidad por una fábula interesante.

(Continúa en la página F)



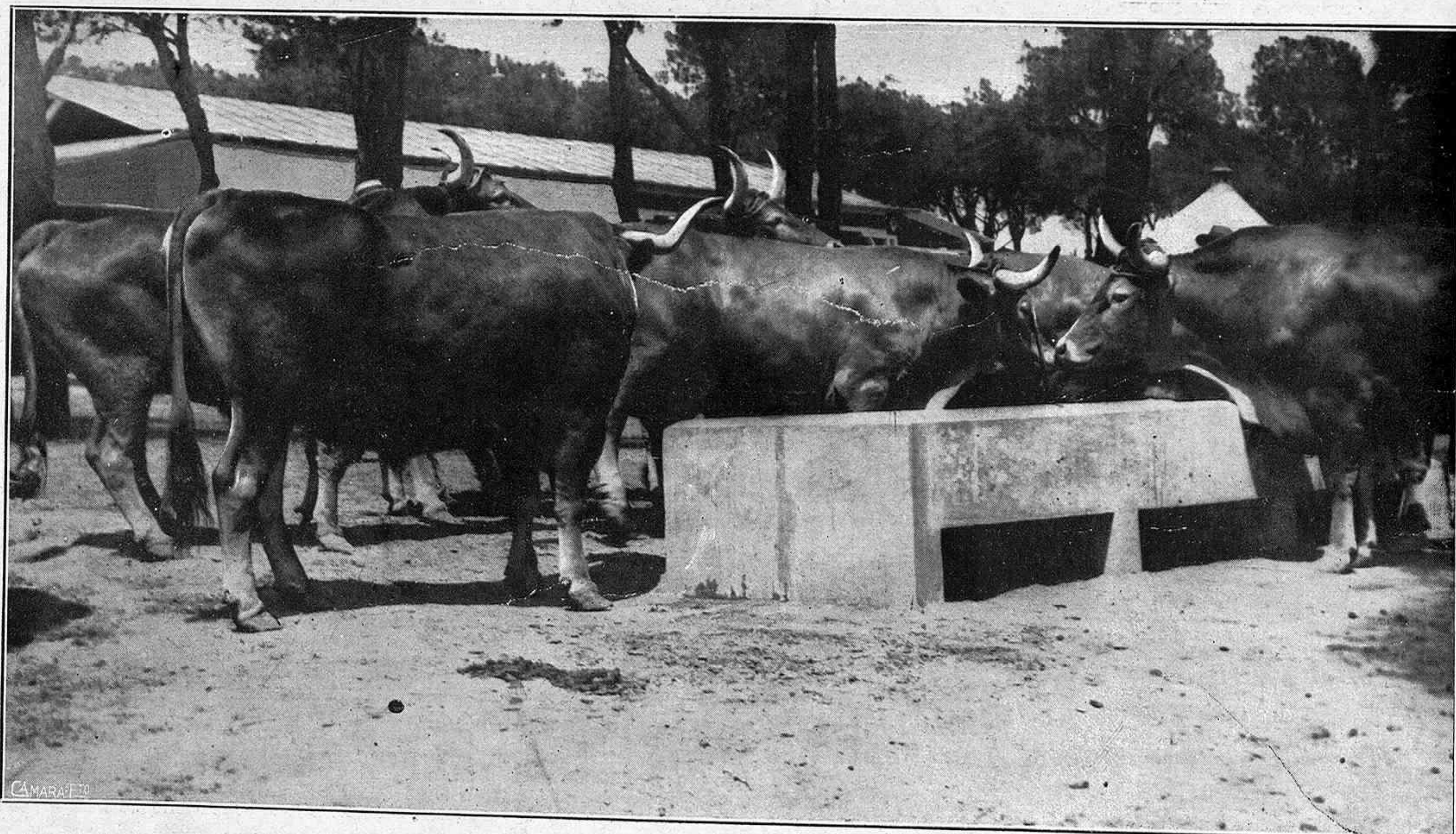
Los niños se disputan este generoso Reconstituyente porque es agradable, abre el apetito, evita las enfermedades y combate rápidamente la debilidad y el raquitismo.

No deje usted de dar a sus hijos el excelente Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Más de 30 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina
AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.
En la ARGENTINA pídase HIPOFOSALUD

LA EXPOSICIÓN DE GANADOS



Instalación hecha en la actual Exposición de Ganados de la Casa de Campo por nuestro buen amigo D. Honorio Riesgo, para presentar el magnífico lote de bueyes gallegos que aparece en nuestra fotografía. El Sr. Riesgo, que en el Concurso celebrado en 1913 obtuvo el primer premio, cuida su industria con singular escrupulosidad, lo que garantiza á los consumidores de sus reses una inmejorable calidad en las carnes. Así se explica que en el año último haye sacrificado 62.200 corderos y 17.730 reses vacunas, cifras ambas verdaderamente enormes. Terminada la Exposición que ahora se celebra, los bueyes presentados por el Sr. Riesgo serán sacrificados y expendidos en la acreditada «Casa Lechuga», Mayor, 59



ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

Panteón de los Reyes, donde están guardados los restos de varios Monarcas de León, en la Basilica de San Isidoro (León), uno de los más interesantísimos monumentos de la arquitectura románica en España

FOT. VINICIO

DE LA VIDA QUE PASA

Sinfonía de Primavera

Flores y pájaros

LA Naturaleza se cubre de espléndidas galas.

Bandadas de pajarillos trashumantes animan las copas de los árboles, llenándolos de trinos, gorjeos, píos, arpegios y aletazos, como si el paisaje quisiera condensarse en músicas antes de sintetizarse en colores al abrirse los capullos... Los pájaros llegan antes que las flores, porque las que hallan á su llegada más bien pueden llamarse ilusión de primavera...

ooo

La Humanidad amó siempre las flores más que á los pájaros. El culto de las flores es proporcional al grado de la civilización de los pueblos. El Japón celebra dos grandes fiestas anuales: la de los cerezos en flor, por primavera; la de los crisantemos, en otoño. El Emperador, su Corte, sus ministros participaron siempre de ellas. La poesía japonesa, como toda la oriental, es totalmente florida: las comparaciones con las flores están para nosotros, occidentales, empleadas hasta lindar con la rareza y aun on lo inaudito... Aquella poesía que no sabe tomar sus metáforas sino de la Naturaleza florida, llega á parecerse de una morbidez misteriosa. Para un oriental, en cada pétalo se oculta un Dios.

Aun sin rendirles un culto tan ardiente, tan místico, tan poético, se puede decir que las flores ocupan un lugar muy importante en la nuestra. Activamente mezcladas se hallan en nuestros símbolos religiosos y domésticos. ¿Qué doncella consentiría en casarse sin la diadema ó, por lo menos, el ramito de azahar? Tanta importancia se les concede, que en muchos casos se conserva bajo una campana de cristal, sobre la consola ó sobre la chimenea, con los dioses lares, el crucifijo y los retratos de los padres...

Los lisos y las rosas saturan aún en nuestros días las concepciones literarias.

Las rosas figuraron en otro tiempo en todas las ceremonias. Con rosas se tocaban los convidados en las fiestas, en las bodas, en las danzas.

Las novias, como las religiosas el día de sus bodas, tocábanse con corona de rosas. Sembrábase de flores el camino de toda procesión, y en ella figuraban niños coronados de rosas.

Cuando en los grandes banquetes, el condestable servía al rey, con rosas se cubría la cabeza.

Bajo la reina Isabel se estableció la costumbre de la ofrenda de rosas á los magistrados por cada par, llamado antes el Parlamento.

Para mostrar mejor y más gentilmente su desprecio á la muerte, los galos llevaban durante la batalla, en vez de casco, un capelo florido de rosas.

La leyenda cristiana ha cultivado la rosa.

La rosa florece en las vidrieras de todas las catedrales góticas, como el lis florece en la punta de las lanzas. Desterrada al pronto como uno de los atributos de Venus, cuya carnación era rosada, fué recordada por el Occidente, y volvió á entrar triunfalmente como reina en los templos y en los corazones.

Rosas fueron las flores que se desparramaron del halda de Santa Isabel cuando la caritativa reina fué sorprendida por su esposo llevando pan á los pobres: rosas de caridad.

Un pecador arrepentido, á la hora de la muerte, invoca á la Virgen María, y cinco rosas florecen en su boca: las cinco letras del excelso nombre.

Aún hay comarcas donde se celebra la Pascua de las Rosas.

La Pascua de las Rosas es la de Pentecostés; y las rosas de Pentecostés son las peonías: las peonías de color ardiente cuyos pétalos representan las lenguas de fuego que el Espíritu Santo hizo llover sobre los apóstoles... Y en muchos templos aún se hace llover desde las cúpulas peonías deshojadas...

Engalanando con flores sus sombreros, como sembrando de rosas la mesa del comedor, las mujeres de hoy no hacen sino confirmarse en un rito muy antiguo que nuestra raza conserva inconscientemente como otras costumbres cuya razón no se nos alcanza...



FLORACIÓN

Semeja la campiña lirismos pictoriales:
bermejas amapolas motean los trigales,
aroman el espacio las ráfagas vernaes
y brota el amaranto de amores ideales.

Al áureo advenimiento de instantes mañaneros,
allá en el infinito se esfuman los luceros,
policromas zagalas recorren los senderos
y alguna golondrina gorjea en los aleros.

Deslizanse entre sombras las horas vespertinas,
montañas de cobalto parecen las colinas,

resaitan en la fronda viviendas opalinas
y tañe el campanario plegarias argentinas.

La noche aduerme al Sol, que corre hacia su cuna;
zagalas por las sendas, no queda ya ninguna;
mas lejos sobre el vidrio de diáfana laguna,
quizá nimbe dos almas algún rayo de luna...

Quisiera en estos valles dar fin á mis dolores;
quisiera que, del alba á los pálidos fulgores,
se abriera un alma hermana cual se abren estas flores,
¡igual que se abriría la flor de mis amores!

Rosendo RUIZ y BAZAGA

Hasta para simbolizar lo cerca que en la vida van de las alegrías los dolores, nos hemos servido siempre de las rosas y sus espinas.

Decíame á Milton en una ocasión unos amigos:

—Vuestra esposa tiene los colores de la rosa.

—Es posible—contestó tristemente el poeta—; y pensando en sus desavenencias y disgustos conyugales, añadió: —Pero como soy ciego, de esa rosa no siento más que las espinas...

Si las flores han servido de emblema de guerra, también lo son de mansiones de paz: el jacinto lo es de la Orden religiosa de San Bruno; la perpetua, de la Victoria; la azucena, de la de Santo Domingo; la rosa, de la de San Benito; el jazmín, de la Merced; la violeta, de la de San Francisco; la granadilla, de la de San Bernardo; la peonía, de la de San Elias; el tulipán, de la de San Agustín...

Amad las flores, mujeres. Yo, que amo con igual fervor á todas, desde los claveles fanfarrones hasta las minúsculas siemprevivas, no sabría aconsejaros sino el rendirles el más devoto culto.

Pero inculcad á los niños que, sin perder su amor á las flores; amen también los pajarillos... Aquel gran poeta que fué San Francisco—poe-

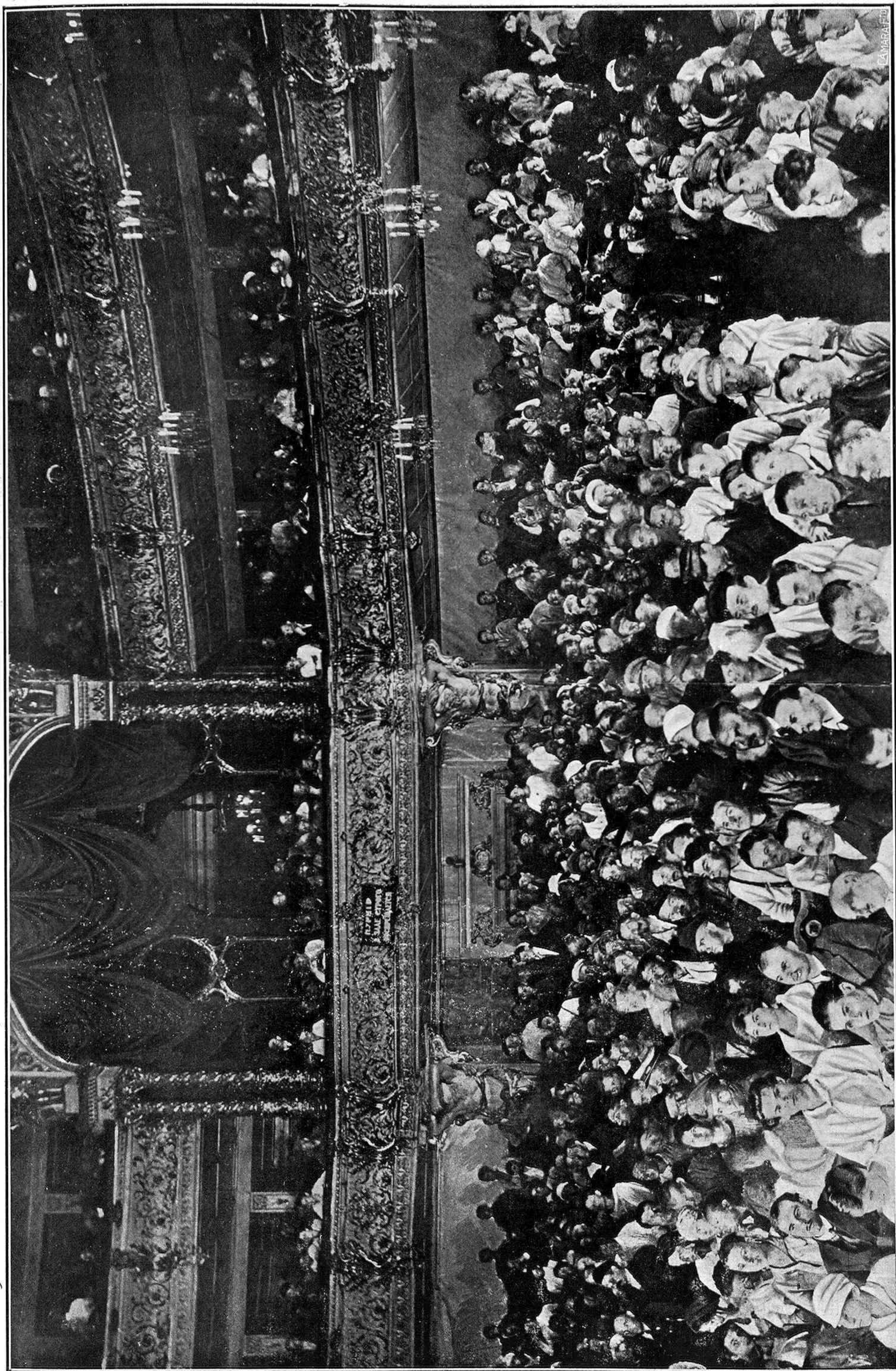
ta no sólo por la poesía de su vida y de su obra santas, sino por las poesías que nos legó, y que muchos literatos no han leído, y así no saben el deleite que se perdieron ignorándolas—, amaba las flores, amaba los animales.

Las flores son nuestro encanto...

Pero los pájaros, además de encantadores, son nuestros mejores amigos. Hay que predicarlo muchas veces, porque esto, que debían saberlo hasta los niños, lo ignoran muchos diputados; así se explica que en nuestro Parlamento se haya levantado uno á defender la industria de los pájaros... ¡fritos!..., como recordaba noches atrás *La Voz*. Y así se explica que se escandalizase Miguel Sánchezdarp, el cual, como buen agricultor, no consiente que se cacen en sus fincas ni las perdices, sabedor de cuanto benefician estas gallináceas los cultivos; lo mismo que los pájaros, aliados del buen labriego que allá por los poéticos días de principio de otoño, por la sanmiguclada, después de santiguarse en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, empieza á echar en los surcos la semilla del trigo, que ha de ser después el pan nuestro de cada día...

LADISLAO BOLSKI

El triunfo de los bolcheviques.—Una función de gala en el Gran Teatro de Moscú



En el Gran Teatro de Moscú, donde ayer se congregaba la parte más selecta y más brillante de la sociedad rusa, se celebran hoy representaciones escénicas á las que asisten las masas bolcheviques, como puede comprobarse en el adjunto grabado, de hombres. Y en estas representaciones de teatro bolchevique, nada tan intenso y tan sugeridor como el vivo contraste que forma la suntuosidad decorativa del coliseo con el público que á él asiste. Los campesinos y los obreros, los soldados, todos los que integran el nuevo estado social, llenan hoy las localidades en que ayer estuvieron las clases altas, y Trosky ocupa el riquísimo palco imperial, donde antaño se sentaron los más altos representantes de la nobleza rusa...

CAVARRA/ETC

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL PRIMERO NOVIIO

CHILÍN, la graciosa figurina de siete años, se detuvo en su carrera, y sintiendo que su rostro se ponía encendido, miró a Luisín con un gesto de sorpresa.

Luisín repitió su pregunta audazmente:

—¿Que si quieres ser mi novia!

Chilín bajó la vista, no atreviéndose a contestar. ¡Ah, pues no se había equivocado! ¡Lo había oído bien! ¡Su amigo le pedía relaciones!... ¡Y con qué atrevimiento! No se ponía colorado siquiera...

A una nueva pregunta de él, Chilín, en voz muy baja, musitó:

—¿Pero si somos muy pequeños... ¿Para qué querríamos ser novios?

Luis, metidas las manos en los bolsillos, con aire de hombrecito, dijo con suficiencia:

—Pues... ¡para querernos!...

Chilín no vió aquello muy claro. «¿De manera que para quererse dos personas tenían que ser novios...?» En su cabecita rubia de muñequita bailoteó aquel pensamiento, que no parecía muy lógico. Ella creía que podría quererse a un amiguito sin ser su novia; pero por lo que decía Luisín, estaba en un error. A ella le gustaba mucho el chico, y le tenía cariño; era bueno, simpático, jugaba muy bien a la chita, y era... (y al pensar esto, instintivamente, miró Chilín a Luisito por el rabillo del ojo)... y era guapo... En fin: reunía todas las condiciones para serle agradable; pero ahora, según lo que se deducía de la frase de Luis, si le quería tenía que ser su novia...

El pequeño, que impacientemente esperaba una respuesta a su pregunta, dijo:

—¿Qué me contestas?

Chilín volvió de sus reflexiones, y rápidamente, asustada, dijo titubeando:

—No sé... No sé qué decir... Le preguntaré a *mademoiselle*...

Y salió corriendo, con el corazón oprimido por todo aquello que la había pasado.

Una voz que la llamaba la hizo volver la cabeza.

—¿Chilín, Chilín! ¿Que nous allons avec votre mamá!

Era la institutriz. Muy guapa, alta, delgada, pálida, rubia en el día en que hacemos su descripción, pues el color del pelo dependía de los gustos del novio que privase. Actualmente era dueño de aquel corazoncito voluble un pintor italiano, que la dijo un día:

—Oh, *signorina*! Si su pelo fuera rubio me casaba con usted. Solamente le falta eso para parecer una *madonna*.

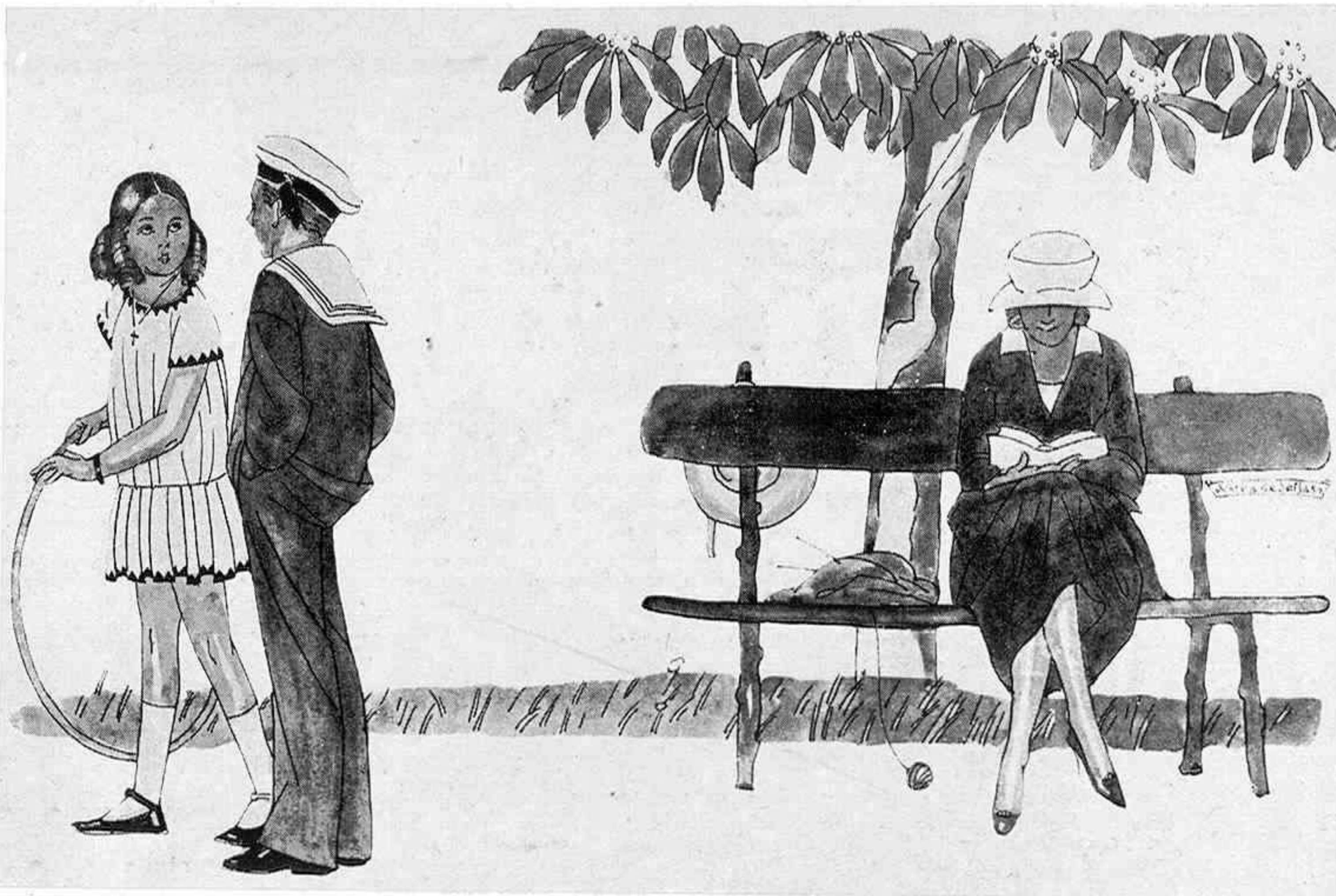
La joven le miró, y le gustó aquel pintor con sus lacias melenas y su perilla de zuavo. Al poco tiempo se volvieron a ver. Ella tenía el pelo rubio..., y se hicieron novios.

Aquella tarde *mademoiselle* Aubert—que así era su apellido—había reñido con el pintor y estaba de un humor malísimo. El motivo fué que por la mañana había visto a su novio del brazo de una mujer. Aquello la irritó, y lo que más coraje la dió fué que el nuevo «adorado tormento» del pintor tenía el cabello negro como la noche. Sintiendo que la rabia la ahogaba, los vió pasar muy amartelados. ¡Pues no decía el traidor que le gustaban las rubias! ¡A aquel hombre le gustaban todas!...

Chilín vino corriendo hasta la institutriz.

—¿¿¿llons?

Echaron a andar de prisa. A lo lejos del paseo vieron a D.^a Concha. Venía hablando con la señora de Palache, una señora ridícula que siem-



—¿Me querrás siempre?

—¡Siempre!

—Pues entonces..., bueno...

Las señoras se despidieron, y los chicos se separaron, diciéndose:

—Adiós, novia.

—Adiós..., novio...

ooo

—Anda, ve a acostarte, que ya es tarde, y yo he de salir esta noche—dijo a la pequeña doña Concha cuando acabaron de cenar.

Chilín se levantó y se dirigió a su cuarto con la institutriz.

Su madre la llamó.

—Oye: no vayas a coger ese paquete que he puesto en el aparador. Mira que es un veneno muy fuerte, y nada más que con probarlo

se muere uno en medio de terribles dolores.

La niña hizo un gesto de espanto.

—¿Un veneno!

—Sí. Un veneno. Como tú eres tan golosa y siempre estás revolviendo todos los paquetes buscando dulces, te lo aviso para que no loijas.

—No, mamá...—aseguró Chilín, metiéndose en su habitación.

Momentos después, de rodillas en su camita, rezaba fervorosamente ante el cuadro de una Virgen morena y gentil.

—Virgencita querida: una oración para papá, que está en la Gloria: Dios te salve, María... Y ahora otro para... para... que me quiera siempre Luisín...

ooo

Al siguiente día, cuando se encontraron en el paseo los niños, se saludaron con una sonrisa cariñosa.

—Buenas tardes, Luisito.

—Hola, Chilín.

Y comenzaron a jugar sin hablar para nada de su amor. Pero al cabo de un rato, en un momento de descanso, el pequeño hizo una petición:

—Anda. Dame un beso...

Chilín le miró sorprendida. ¿Un beso pedía Luis! Eso no podía ser. Ella había oído decir a su mamá que estaba muy feo que se besase a los hombres, y Luisito lo era, aunque todavía fuese un aprendiz de hombre. Además, era anti-higiénico; ella se lo había oído decir al Dr. Torot cuando iba de visita a su casa, aunque esto luego no optase para que el honorable galeno quisiera besar a *mademoiselle* Aubert. Ella le había visto un día intentando besarla mientras la pellizcaba los brazos.

Un poquito avergonzada, murmuró Chilín:

—No. Eso no puede ser, Luisito...

Siempre adoptando una postura varonil, habló el pequeño:

—Pues eso lo dices porque no me quieres. Si me quisieras, me darías esa prueba de cariño.

Dudando, se alejó silenciosamente Chilín. A la noche le preguntó a *mademoiselle* Aubert:

—Un beso, ¿es una prueba de cariño?

La institutriz le contestó:

—Clago, Chilín, clago. Ya ves tú cómo todos los que se *quiequen* se besan.

ooo

Se le saltaron las lágrimas a la pequeña cuando vió aquello. Allá, a lo lejos, vió a Luisín y a una niña que se despedían besándose. ¡Ya no la quería él! ¡El ingrato, qué mal la pagaba su cariño! Tenía razón Carmencita cuando decía que todos los hombres eran muy malos.

Medio lloriqueando se alejó para buscar a su madre. Cuando la encontró la dijo, haciendo

pre se estaba quejando de los conflictos sociales, de su hija y de su reuma.

Doña Concha era un tipo clásico de bella mujer española, y, además, muy fina en sus modales; muy simpática en su charla, llevaba a todos la alegría de su buen humor.

—¿Chilín, que nos vamos a casa!—dijo a la pequeña en cuanto se reunieron.

Chilín se cogió de la mano de Carmencita y comenzaron a andar delante. Carmencita, la hija de la señora Palache, era una niña de unos diez y seis años. Fea, alta, antipática, se las echaba de mujer sesuda, dando su opinión sobre todos los momentos de la vida en que personas mayores se preocupaban seriamente.

Al cabo de un rato de silencio, Chilín preguntó a Carmencita:

—Oye: ¿por qué se hacen novios las personas?

Carmencita le contestó con el mismo gesto que tuvo Luisín cuando vino a decir lo mismo.

—¿Toma! ¿Pues porque se quieren!

Chilín tuvo otro momento de silencio pensando en lo que acababa de contestarla Carmencita, lo cual venía a corroborar lo que antes dijo Luisín. Por último volvió a preguntar:

—¿Tú has tendido novio alguna vez?

Carmencita tuvo un gesto despectivo.

—Sí. He tenido; pero no me gustan, porque luego hacen traición. Han sido novios míos Antonio y Joaquinito; pero luego los he dejado..., ¡porque como se iban con otras!...

A Chilín le interesó aquello.

—¿Ah! ¿Pero dejan de querer?

—Sí, pequeña. Ya lo creo. ¡Si los hombres son muy malos! Debía una matarlos cuando nos engañaran...

Se interrumpió la conversación, pues en la esquina de una calle se despedía la señora Palache.

—Adiós, Concha... A ver si nos vemos más a menudo—decía—. Vaya usted por mi casa; yo no puedo ir a la suya porque ya sabe usted: siempre tengo que estar detrás de Carmencita para que estudie, y luego con este reuma...

Y la buena señora se olvidaba que todo el día se lo pasaba en la calle.

Se separaron.

Chilín, silenciosa, iba entre su madre y la institutriz. Cuando llegaron a su casa vieron a una señora y un niño que salían de ella. Eran Luisín y su madre. Esta se dirigió a D.^a Concha, diciéndole:

—Vengo de saber si estabas. Quería invitarte a que vinieses esta noche al Real conmigo.

Hablaron ellas, mientras Chilín y Luisito trataban de sus asuntos amorosos.

—¿Qué dices a aquello, Chilín?—preguntó el pequeño.

La niña, sintiendo que le daba vergüenza confesarle que le quería, murmuró:

un esfuerzo para que las lágrimas no asomaran á sus ojos:

—Vámonos, mamá.

Doña Concha protestó.

—¡Pero si es muy temprano!

La señora de Palache, que estaba allí, dijo: —Mire. Por eso que es temprano y tenemos tiempo, ¿quiere que vayamos al Español, que hay un estreno?

Doña Concha hizo un gesto indiferente, y la señora de Palache, tomándolo por uno de asentimiento, gritó, soltando un gallo:

—¡Carmencita!

Se acercó la niña con su andar soso y ramplón.

—Que nos vamos al teatro.

Echaron á andar. Las niñas delante, cogidas las manos.

Chilín, «haciendo pucheros», preguntó á Carmencita:

—Son muy malos los hombres, ¿verdad?

—Sí. Ya lo creo... Para escarmentarlos, se debía hacer una matanza con ellos.

En el teatro se aburririeron las señoras. Era un dramón horrible en el que se morían todos los actores cual si hubiese habido una epidemia en el escenario. Pero á Chilín le impresionó mucho aquello. Vió á una joven engañada como ella y la cual acabó por vengarse matando á su amante, dándole una tisana envenenada. Aquello de la tisana no lo comprendía muy bien; pero se figuraba que debía ser algo así como una pastilla de sublimado corrosivo.

Cuando volvieron á casa, Chilín tuvo un pensamiento horrible. En su rubia cabecita loca empezó á germinar una idea inspirada en las frases que le dijera Carmencita y en la obra que vió aquella tarde. Pensó vengarse de Luisín, matándolo... Y se acordó de cierto veneno de que su madre hablaba un día...

Cuando acabaron de cenar, Chilín se dirigió á la criada con un paquetito en la mano.

—Toma: lleva esto á casa de Luisito Alvarez, que vive ahí en la esquina de la calle.—Y sollozando añadió:—Dile que se lo tome de mi parte... Pero, espera, que voy á darte más...

Se dirigió en busca de lo que quedaba, pensando:

—Hay que tener un poco de caridad. A mayor cantidad que tome, más pronto se morirá y sufrirá menos.

Cuando se marchó la criada se quedó casi llorando, pero sin comprender aún la magnitud de su felonía.

Al cabo de un rato volvió la criada. Anhelante, preguntó Chilín:

—¿Lo tomó?

—Delante de mí tomó un poco—le contestó la doméstica; y añadió:—Por cierto que he visto allí una niña muy guapa; pregunté quién era y me contestaron que la hermana de Luisín, que había venido de fuera con su abuelita.

Chilín se tuvo que tapar la boca con las manos para no lanzar un grito de espanto.

—¿Cómo era?—preguntó.

—Pues, morenilla, menor que Luisín, á quien se le parece mucho.

Chilín quedó aterrada. Sí. Era la que vió ella besando á Luis. Y ahora que recordaba mejor: aquella niña se parecía mucho á él. Sí. No cabía duda: era á su hermana á quien besaba, aquella hermana de quien tantas veces le había oído hablar.

Y la pobre muñequita traviesa se dirigió á su habitación ahogándose, con el corazón oprimido, sintiendo que su rostro se humedecía con unas lágrimas.

«Ya no había remedio para él. Se moriría. Ya no iba á volverle á ver más. ¡Qué mala había sido! Y la pequeñuela lloraba acordándose de aquella madre á quien le había quitado su hijo. «¿Qué derecho tenía ella, aunque él no la quisiese, para tomarse venganza?»

Y entonces, con los ojos llenos de lágrimas, echóse sobre su lecho, dirigiendo una mirada angustiosa á la Virgencita, que parecía mirarla con una sonrisa cariñosa.

¡Pobre Chilín! ¡Lo que sufría en aquellos momentos! Su almita inocente, que por fin había comprendido lo que podía acarrear un mal pensamiento, se hacía trizas al sentir el remordimiento de su conciencia que gritaba. ¡Oh, la amargura trágica del epílogo de aquel cariño de muñecos, que comenzó por una sonrisa!...

Ya de madrugada se pudo dormir, pero teniendo sueños horribles, en que se le aparecía el fantasma de Luisito.

Cuando abrió los ojos, un rayo de sol penetraba por la entornada ventana trazando en el suelo una franja luminosa como un camino de luz.

ooo

Al otro día por la tarde, Chilín fué al paseo llevando en su ánimo una secreta esperanza. Silenciosamente sentada en un banco, vió pasar el tiempo con una dolorosa angustia.

Chilín, mirando á todas partes, por si veía venir á Luisito, sentía cada vez más unas ganas irresistibles de echarse á llorar.

Tristemente llegó la caída de la tarde y con ella la vuelta á casa.

Cogida á su madre de la mano, se alejó pensando en aquella esperanza ya marchita que había tenido al creer que volvería á encontrar á Luisito en el paseo.

ooo

Al otro día también, como el anterior, Chilín se encontraba sentada en el banco mismo, pero sin que ya su corazoncito abrigase risueñas ilusiones. Triste, pensando en la maldad de su crimen, fijaba su vista en el suelo, no atreviéndose á levantar los ojos.

De pronto, causándole una impresión horrible, oyó una voz conocida junto á ella:

—Buenas tardes, Chilín.

Aterrorizada, levantó la vista. ¡Era Luisito, que la saludaba con su sonrisa graciosamente petulante!

Chilín, de un salto, se levantó y, llorando y riendo al mismo tiempo, le preguntó:

—Pero ¿no te has muerto?

Luisito rió con gana.

—No, mujer; no era para tanto.

Chilín se quedó viendo visiones. ¡Que no era para tanto! ¡Pues si era un veneno fuertísimo! Se lo había asegurado su madre...

Preguntó:

—Y, ¿por qué no viniste ayer?

—Pues... porque como me comí de una vez todo el azúcar que me mandaste, pues me hizo daño y ayer estuve de purga...

Todas las luminosidades de los sueños juveniles, todas las alegrías de los primeros años, con sus divinas sonrisas, volvieron al almita blanca de Chilín.

¡Qué alegría! ¡No había cometido ningún crimen! ¡Aquello no era más que azúcar! ¡Oh, qué mamáita más bromista tenía, que para que no se comiera el dulce la había asegurado que era un veneno!

Y alegre, saltándosele las lágrimas, Chilín se arrojó en los brazos de Luisito, diciéndole entre risas:

—¡Perdóname, Luisito, y quiéreme mucho..., como yo á ti!... Mira: para asegurártelo, te voy á dar una prueba de cariño... ¡Toma un beso, Luisín, toma un beso!...

RAMÓN G. CAMBA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



LA EXPOSICIÓN NACIONAL



LA ESCULTURA



«Nacida», talla policromada de Francisco Asorey

SIEMPRE nos agrada empezar nuestros escolios á los Certámenes bienales y veniales de las artes españolas por los que se refieren á la sección de escultura. Deseamos atenuar en lo posible el desamparo oficial y el involuntario desdén público que aísla, desconociéndola, á la mayoría de los expositores de dicha sección.

Insuficiente, mal acondicionado el local de Exposiciones del Retiro, se destina para la escultura la bien nombrada Estufa de Cristal. Se salvan algunos bronce, tal cual talla en madera—después de haberse resquebrajado y abierto en la atmósfera candente de la estufa—, y el resto de las obras presentadas se colocan á ambas orillas de los ridículos estantes, en una fila que parece la de soldados ó guardias «cubriendo la carrera» para un desfile regio ó un entierro de ministro.

Los visitantes, agobiados ya por el calor, por la aglomeración de obras de pintura—nunca como este año amontonadas por la incomprendible dejación hecha por el Jurado de Pintura, Escultura, Grabado y Arquitectura, al Jurado que llaman de Arte decorativo—, salen del palacete principal ansiosos de aire libre y puro. Algunos se arriesgan á entrar valientemente en la Estufa. Pero es tal el bochorno que allí dentro les recibe, que retroceden espantados. Allí no pueden estar más que las ninfas y los símbolos en pelota y en escayola. Allí hay una atmósfera que reblandece los mármoles. Allí, á pesar de los toldos, hay una luz excelente para



«La noche», mármol de Juan Cristóbal

toda clase de enfermedades de la vista. Y sólo de cuando en cuando algún valiente pasa, retorciendo el cuello chorreante de su camisa, jadeando las fauces secas, ganándose con el sudor de su frente el pan espiritual de la estética.

De cada cien visitantes de la Exposición, sólo dos y medio entra en la Estufa. El resto—incluyendo á gran parte del Jurado—ne se entera de lo que pasa dentro de aquel horno donde los holandeses despachaban la primavera anterior *bocks* de



«Nido humano», madera de Carmelo Vicent

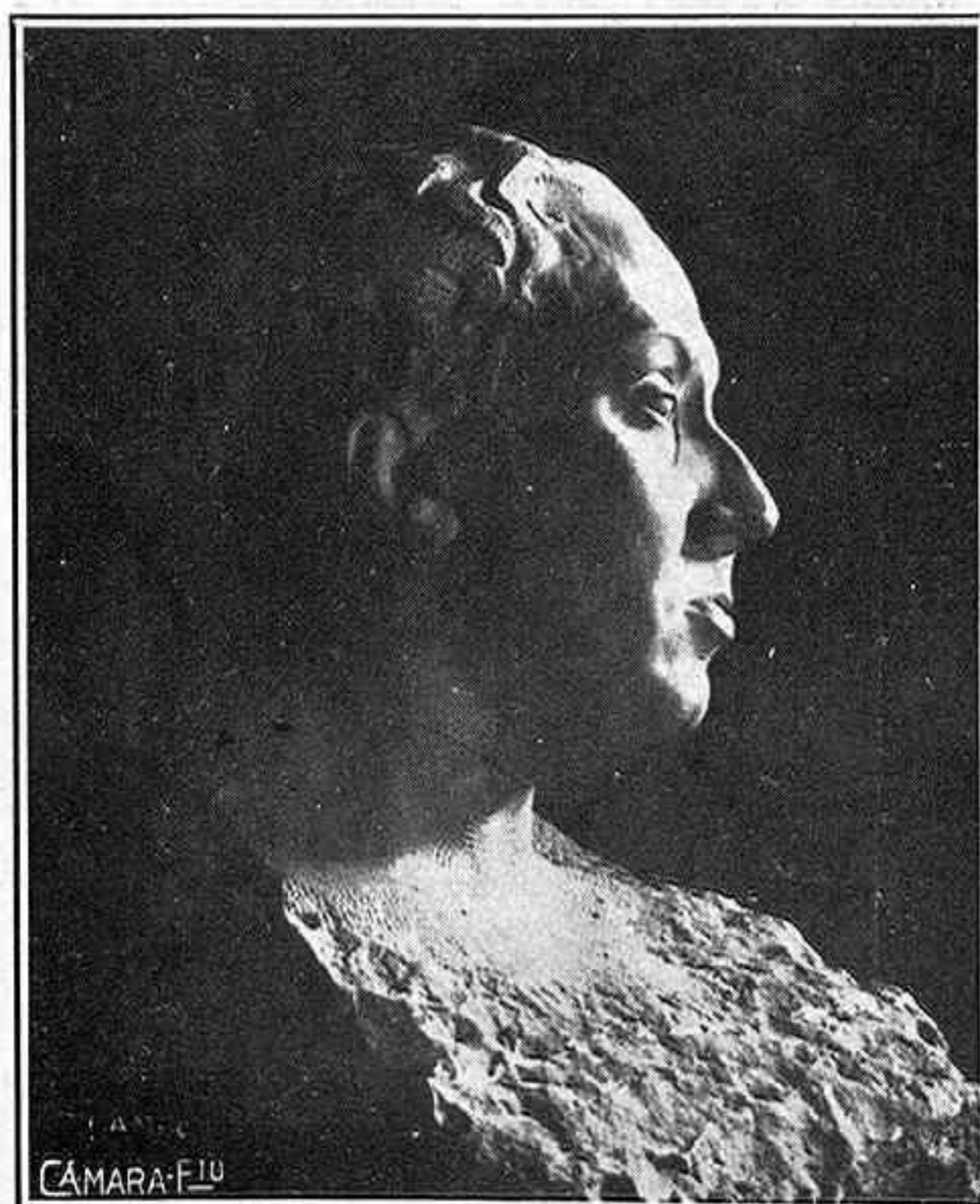
cerveza caliente y quesos de bola desteñidos y blandos...

Los escultores protestan todas las Exposiciones. Se habla de sacar las escayolas, los mármoles y los bronce á los paseos. Pero luego se resignan á que sus obras se deshagan, olvidadas é ignoradas, en la cárcel urente, en el inflamado silencio, al rumor del exiguo chorrito de agua con que se pretende caricaturizar una fontana y que más bien hace pensar al vesánico visitante extraviado entre los yesos, que alguna niñera ha puesto en cuclillas á una nena, velando por la integridad de su delantal blanco y contraviniendo las Ordenanzas municipales.

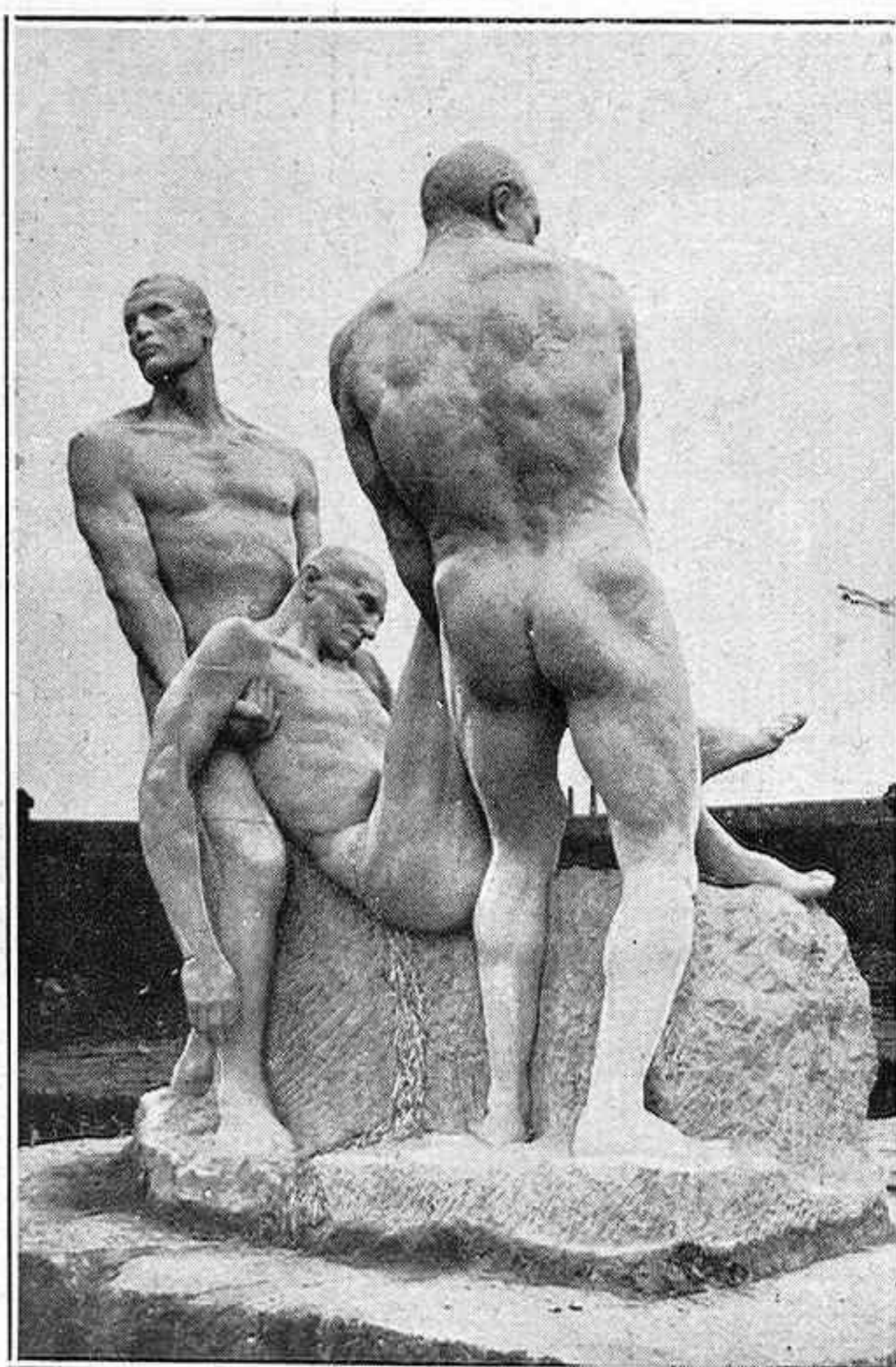
ooo

Ningún artista, por modesto que sea, merece ese trato que el Estado español otorga á los que tienen la desgracia de serlo. Pero tal injusticia se agrava con los escultores precisamente. La escultura española—lo hemos dicho muchas veces y lo repetiremos aún—se encuentra en un período de verdadero florecimiento, de expansiva magnificencia. Y es intolerable que cuando se presenta la única ocasión de manifestarse de un modo diverso y amplio de tendencias, se cometa esa desconsideración de recluirla en un invernadero y en pleno mes de Junio.

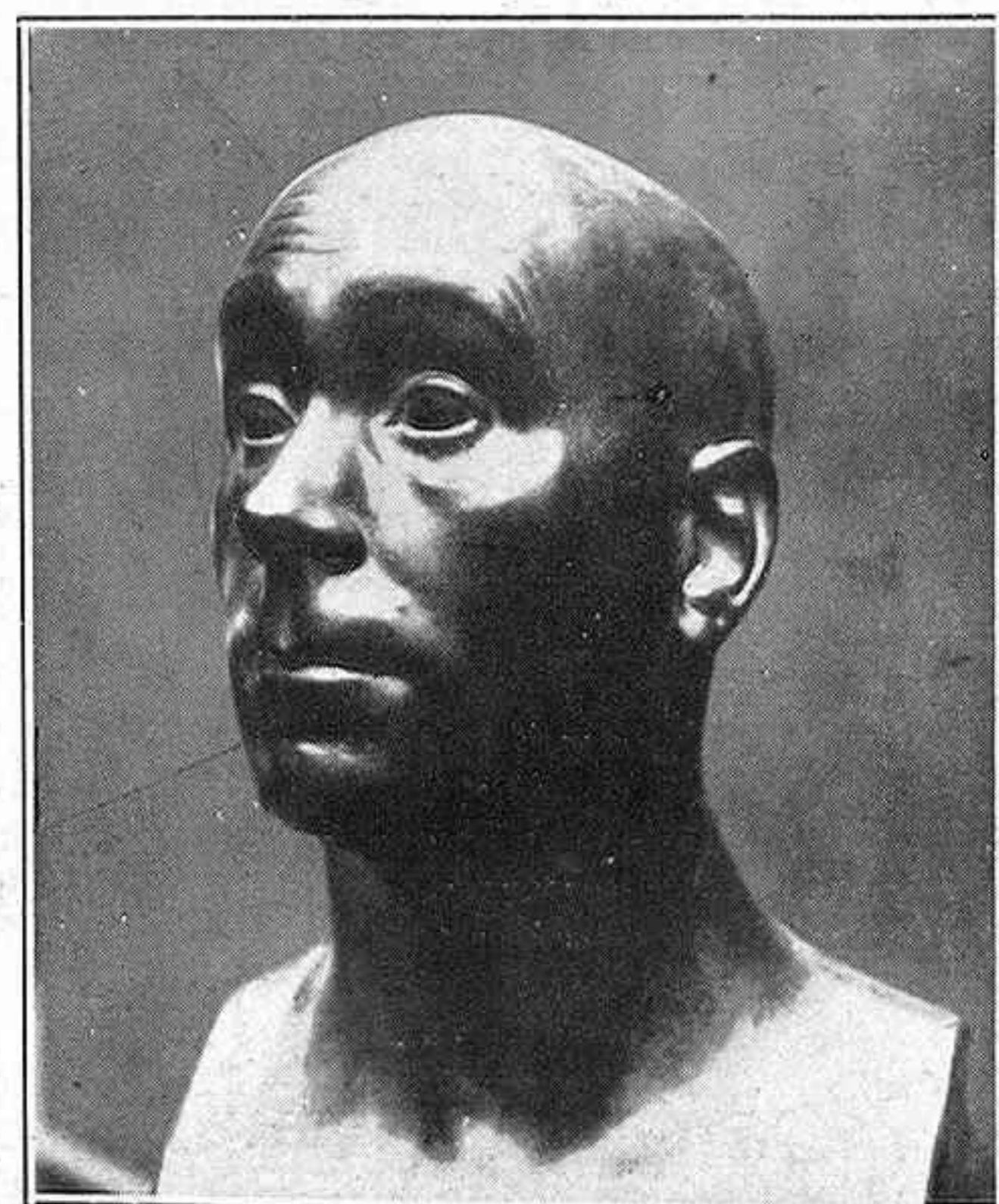
La distinción que se otorga á algunos expositores llevandó sus obras á las salas de pintura, empeora todavía la falta de consideración que sufren los postergados en la Estufa. «O todos ó



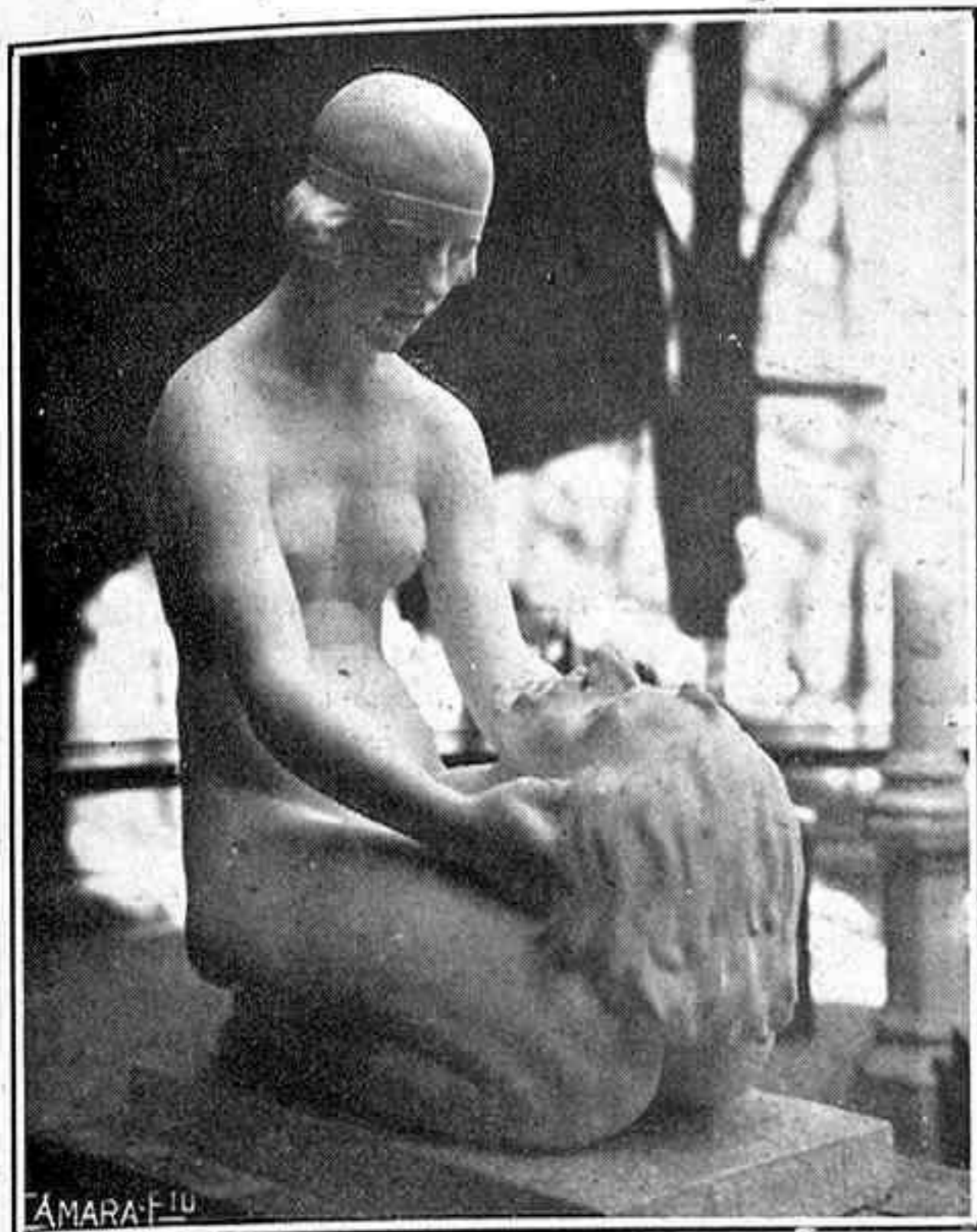
«El poeta Machado», mármol de Emiliano Barral



«Humanidad», mármol de José Bueno



«El pintor Pinazo», bronce de Ramón Mateu



«Salomé», de Torre-Isunza

ninguno», reclaman estos últimos. Yo creo que debieran gritar: «¡Todos!» A ver si de ese modo, invadiendo la escultura las salas de la pintura, dándole al exiguo palacete mayor carácter de almacén de obras artísticas, se llegaba de una vez á exigir el verdadero Palacio de Bellas Artes á que tiene derecho la capital de España.

ooo

Menos importante que en años anteriores, la sección de escultura abunda, sin embargo, en obras de positivo interés. Van convenciéndose los escultores españoles de que la escayola es un mal aliado de su arte y de que las dimensiones gigantescas son innecesarias, hasta para lo único que antes parecían imprescindibles: para las medallas.

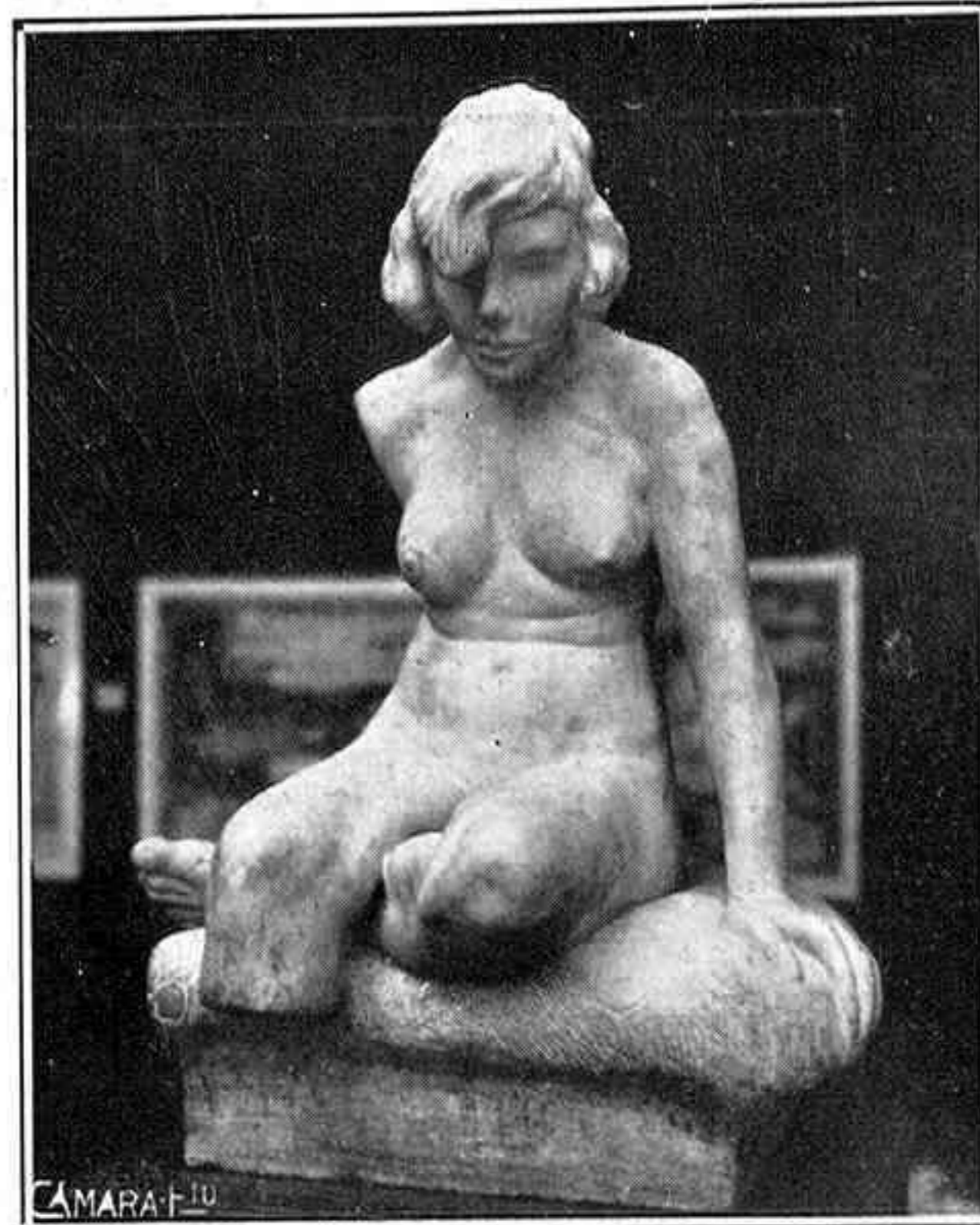
La medalla de oro se otorgará este año, según dicen—escribimos este artículo antes de inaugurarse la Exposición—á Juan Cristóbal. Y Juan Cristóbal presenta dos obras de dimensiones normales, y en materia definitiva: *Magdalena* (mármol blanco) y *Dolor* (mármol negro).

La primera es de una gracia primorosa y juvenil, muy atractiva; la segunda, de un hieratismo, evocador de normas remotas, pleno de misterioso encanto. Y en ambas resalta ese dominio de la técnica y esa espontánea fogosidad que hacen de Juan Cristóbal uno de los más meritorios escultores jóvenes.

Carmelo Vicent, el gran tallista valenciano, presenta, además de un busto infantil, en mármol, un desnudo de mujer cobijando en su seno dos niños. Titula su obra *El nido humano*: la madera está trabajada valientemente y de la obra se expande una sublime ternura y una dulce emoción personal.



«Doctor Silva», de Eva Vázquez Díaz



«Desnudo», de Helena Sorolla

de la talla polieromada, exhibe *Naiciña* (Marecica), una media figura de mujer con indumento típicamente gallego, mostrando á su hijo en los brazos. Es una bellísima humanización regional de la figura tradicional de la Virgen.

José Planes da con el mármol *Ofrenda levantina* y la cabeza arcaizante *Del Mondego*, la cabal medida de su talento, cada vez mejor orientado, y de su inspiración, cada día más depurada y sensible.

Encontramos de nuevo ese colosal grupo *Humanidad*, de José Bueno, que ennoblece la fosa común del Cementerio de Zaragoza, la obra de pensionado en Roma que el escultor aragonés viera en otra ocasión pospuesta por un Reglamento absurdo.

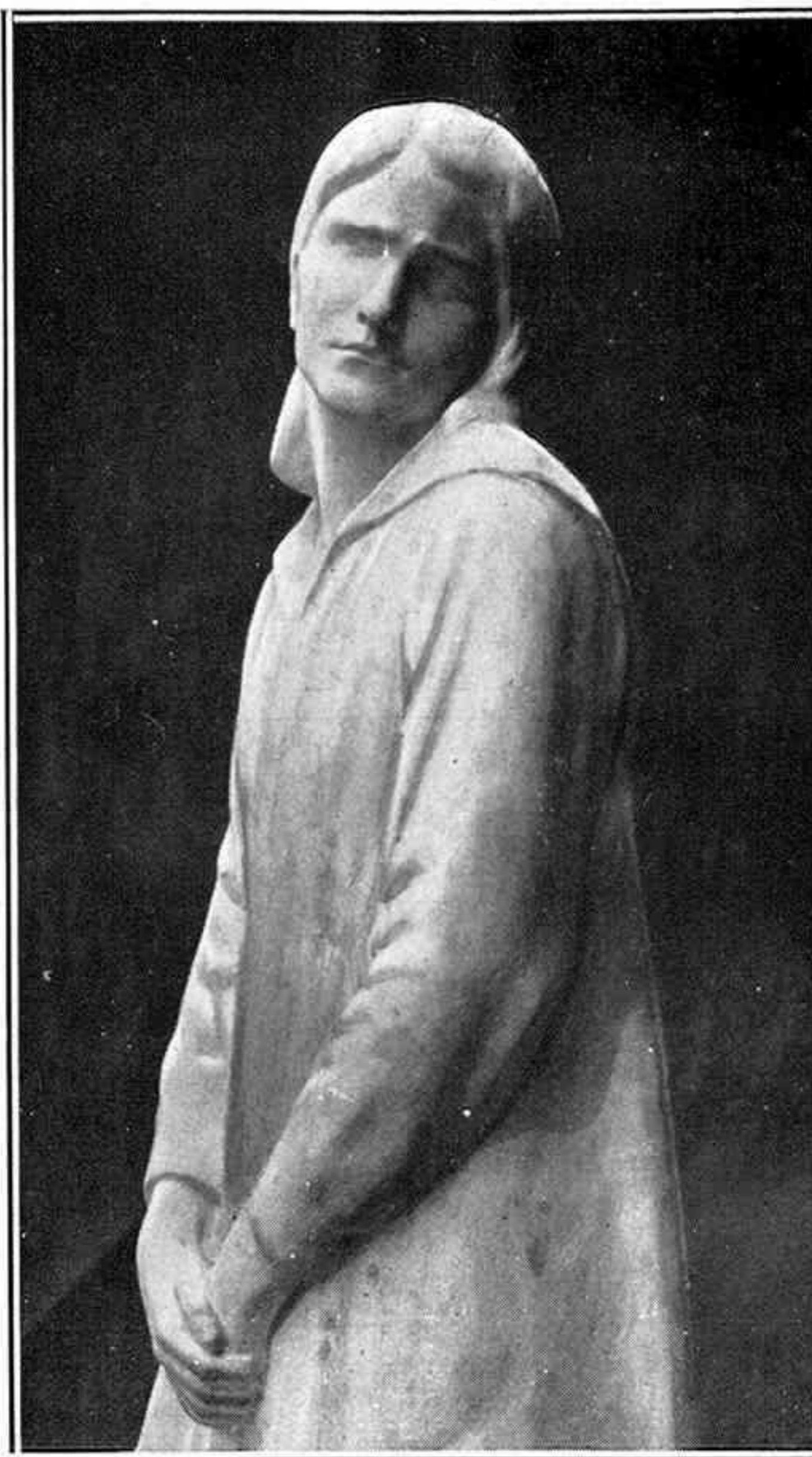
Gabriel Borrás, alejado algún tiempo de las Exposiciones Nacionales, torna con brío simpático y laudable firmeza. Su grupo *El más puro amor* tiene sentimiento y solidez al mismo tiempo.

La niña ciega, de Jesús María Perdígón, es una de las obras más notables. Impresiona y detiene la atención por como está logrado con gran ternura el ritmo doliente y dulce de la figura.

Helena Sorolla presenta un mármol bien construido y armonioso. Adsuara, un desnudo femenino encantador de actitud, colmado de consciente atractivo.

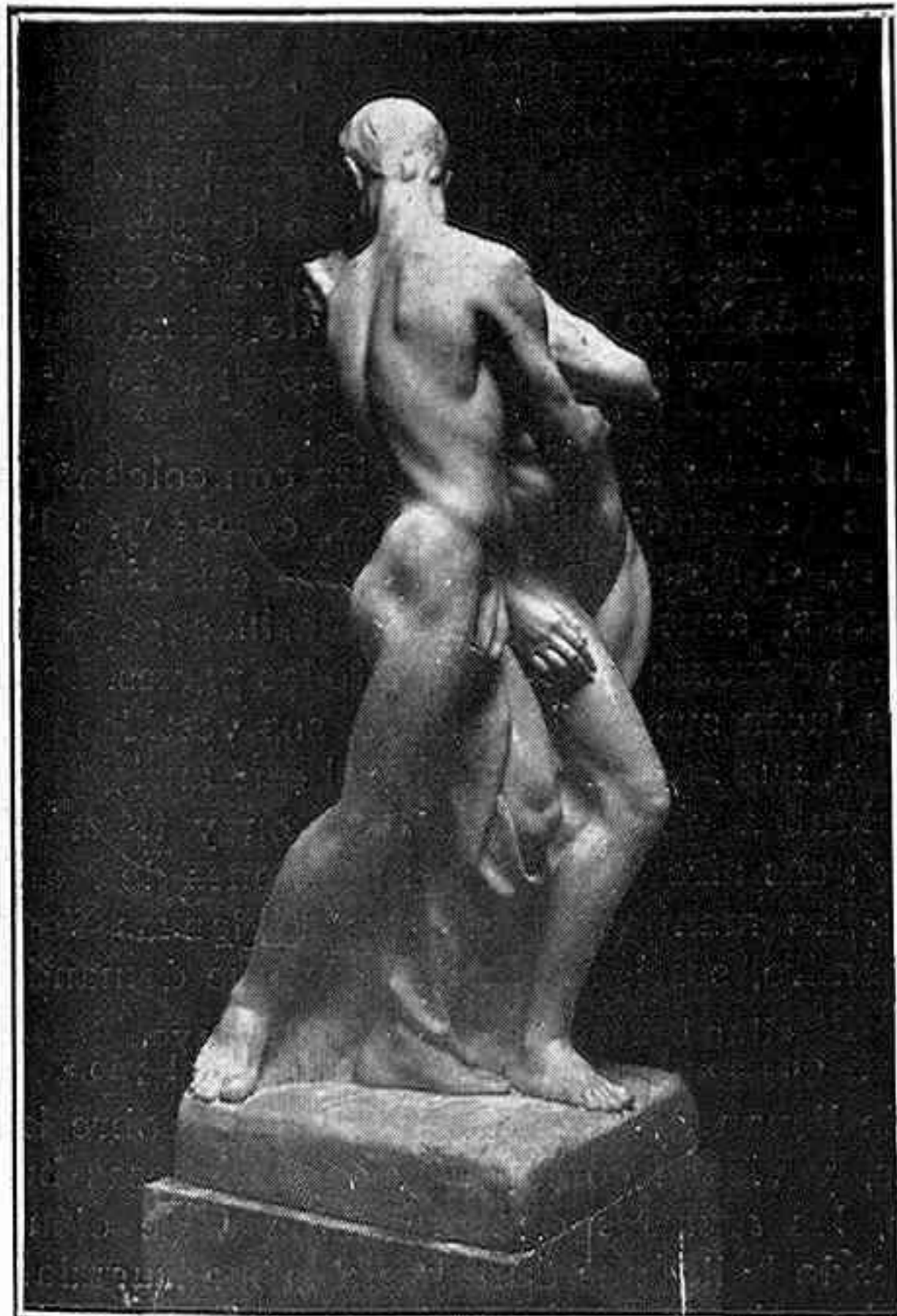
Y deben elogiarse con mayor detenimiento del que en esta ocasión podemos otorgarles los bustos del pintor Pinazo, del poeta Antonio Machado, del doctor Silva y de un escritor valenciano, firmados respectivamente por Mateu, Barral, Eva Vázquez Díaz y Alejandro Just.

SILVIO LAGO



«La niña ciega», de Jesús María Perdígón
FOTS. ZAPATA

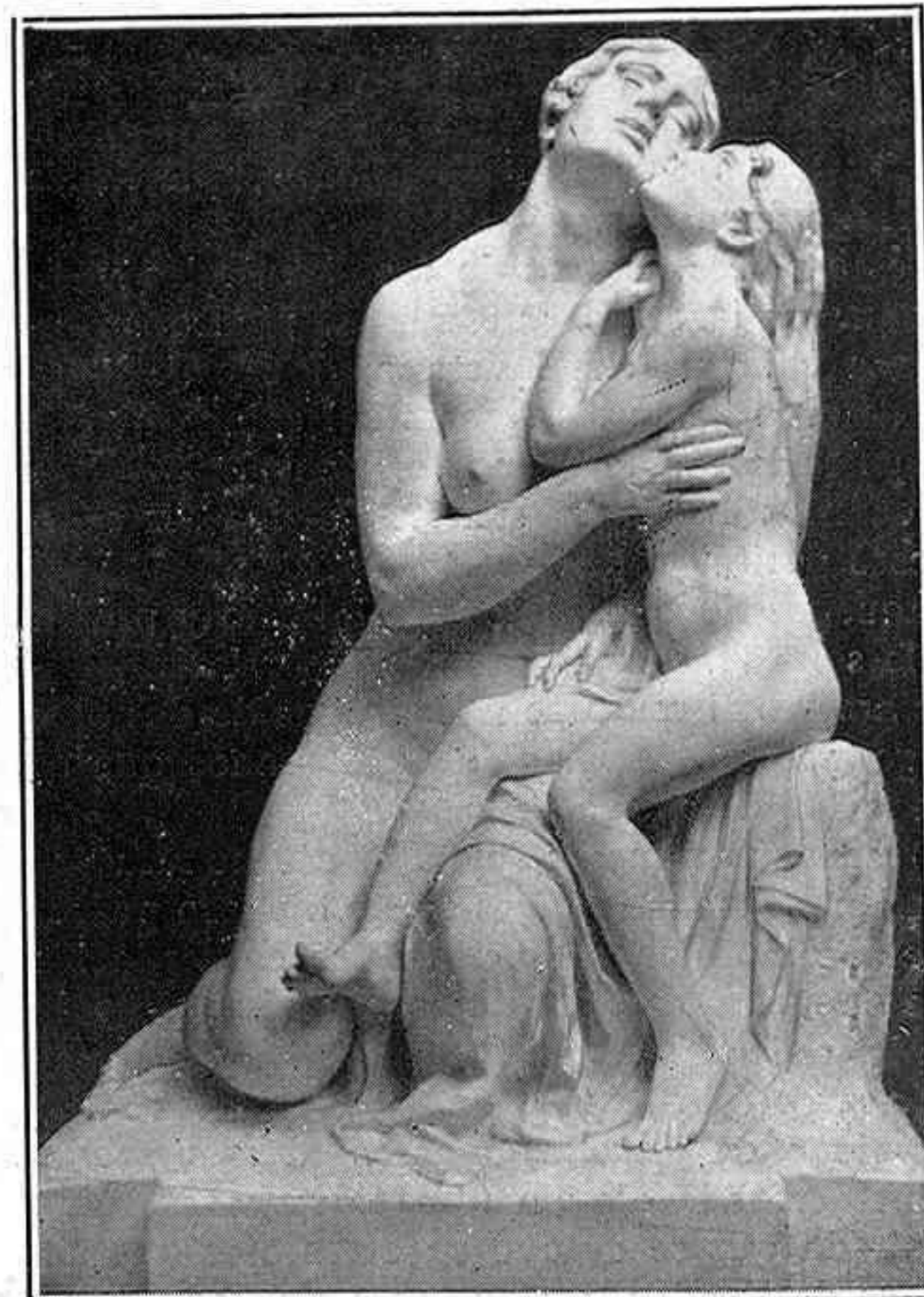
Francisco Asorey, otro escultor que, sin necesidad de equivocadas é indocumentadas excitaciones aristocráticas, viene laborando hace mucho en su amable Galicia por el nacimiento



«El primer beso», de Miguel Cruz

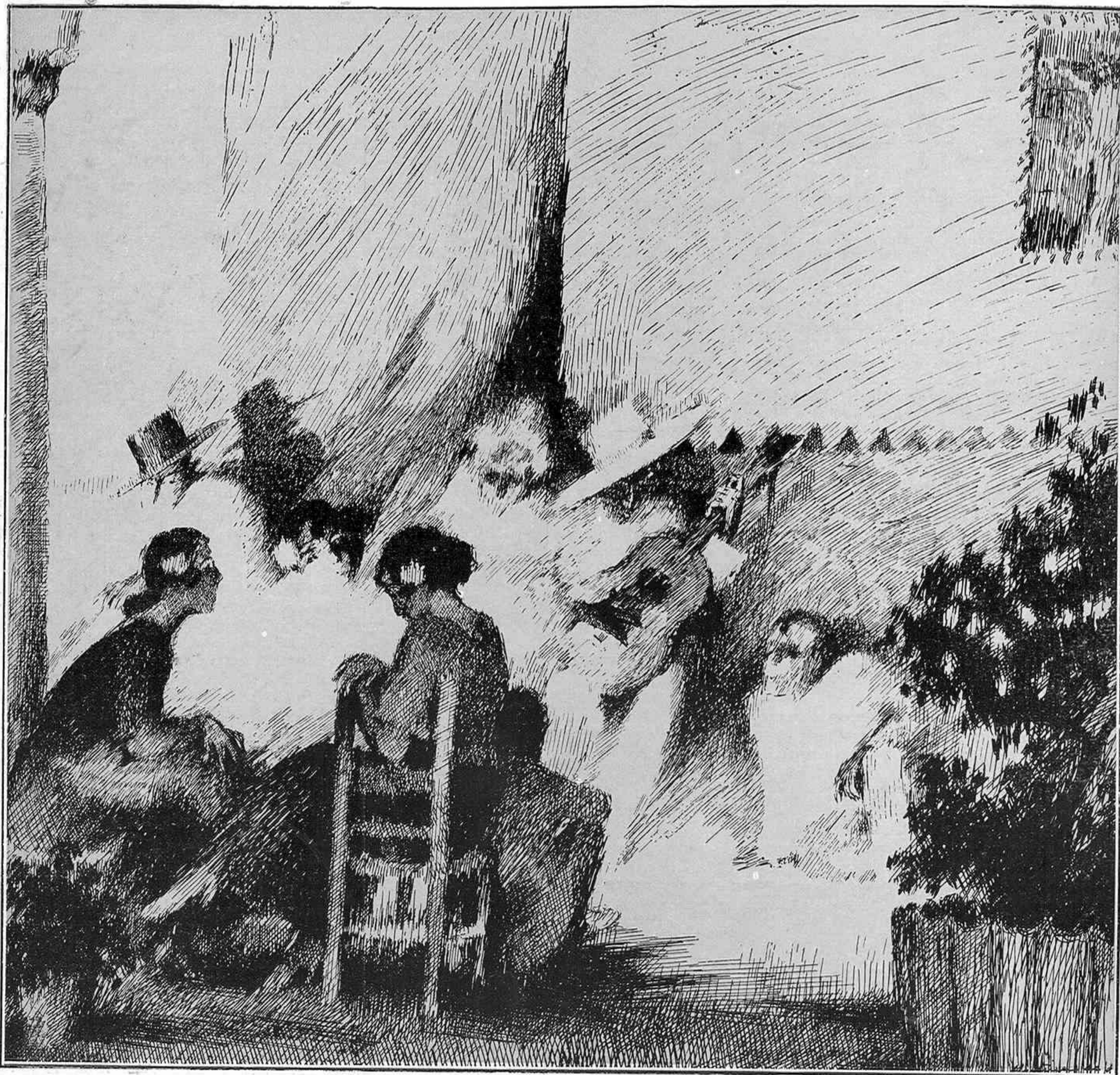


«Ofrenda de Levante», de José Planes



«El más puro amor», de Gabriel Borrás

EL PATIO ANDALUZ



QUIEN no ha gozado de las delicias de un patio de los que se estilan en esta tierra de María Santísima, no puede darse cuenta de lo que son ni de lo que representan.

Son notas típicas, especialmente de nuestros barrios, que lo mismo abundan en la Macarena de Sevilla, que en el Albaicín de Granada, que en los Percheles malagueños.

Son esos patios centros de tertulia de los vecinos, pequeños jardines, antesala de modestas habitaciones y lugar, en el verano, donde se logra burlar en gran parte los rigores del calor que nos abrasa y nos hace sudar como botijos de la Rambla.

¡De cuántos dramas y sainetes suelen ser escenario esos patios!

En aquellos rincones, lejos del bullicio y procurando la soledad, que no es más que relativa, nacen los amores al cruzarse las miradas de dos ojos de fuego que se acarician, de dos manos que se estrechan hasta hacerse daño.

Allí resuenan promesas de fidelidad que rara vez se cumplen, se trazan planes de un dichoso porvenir que el niño alado promete y se entregan los amantes á sueños de color de rosa, olvidándose de cuanto les rodea.

Los pícaros celos, esa gangrena del amor, suelen germinar en aquellos lugares al interpretar como intencionada alguna frase ó sorprender alguna mirada que se detuvo en otros ojos que no fuesen los destinados, los que se creían con derecho á recibirla.

Muchas veces la comedia amorosa se convierte en tragedia. Gritan las mujeres, se preparan á la

lucha los hombres, reluce la faca y se manchan de sangre los limpios y relucientes ladrillos del suelo ó los sevillanos azulejos del zócalo.

Hemos indicado que esos patios andaluces son pequeños jardines, y bien lo saben cuantos los han visto. No hay patio sin macetas. En los rincones, en el centro, en la entrada y á veces en el zaguán mismo, se ven rosales, matas de claveles que son incienso de aquellos altares, y sobre todo la clásica albahaca, que coronan flores blanquecinas, los ingratos bruscos de aceradas púas y las laureolas de tonos verdes subidos.

Adornan las paredes escaladoras hiedras y enredaderas de campanillas azules ó rosadas, que entrelazando sus ramas como amantes ansiosos de caricias se ayudan á subir á las alturas y tejen vistosos toldos que roban luces al sol andaluz y ofrecen incomparable frescura á los que bajo ellos se cobijan.

Merecen punto aparte estos patios cuando en ellos se celebran fiestas, donde todavía se siente palpar el alma de la tierra, ese classicismo que se empeñan los modernistas en hacer desaparecer. En las modestas sillas de Vitoria se agrupan hermosas mujeres con adornos de flores en cabeza y seno; la guitarra resuena con ecos dulces y sentidos, y se escucha la copla popular brotando de labios de rosa y de garganta de nieve. Murmuran las viejas recordando otros tiempos y envidiando á las muchachas que ríen y gozan. Un mozalbete, en mangas de camisa, llena de vino color de oro las copas que reparte entre ellas y ellos. Vuela el piropro andaluz de corro en corro, mezclándose con

ingeniosas frases—que siempre fué el ingenio fruto de las imaginaciones ardientes del Mediodía—, y aquel cuadro de luz, de vida, de juventud, de lozanía, convierte el patio en atrayente lugar, donde las preocupaciones se olvidan, donde las luchas cotidianas del vivir tienen un paréntesis, donde el pobre no se acuerda de su pobreza, ni el triste de sus melancolías, ni el enfermo de sus dolencias.

Bien merecen visitarse esos patios cuando llega el mes de Mayo con sus besos de primavera.

Entonces, en muchos de esos patios aparecen las tradicionales cruces.

Uno de los testers se tapiza con colchas ó mantones vistosos. Allí se coloca, cercado de luces y flores, el signo de la redención cristiana. Rosas, claveles, azucenas, lirios, amarillas gayombas y ramas olorosas se miran por todas partes. Las hembras lucen sus mejores galas, sus vestidos almidonados, sus zapatitos de charol que aprisionan pies diminutos, que por algo tuvieron y tienen fama; ciñen sus airosos talles los mantones de Manila, y aquellas manitas, que parecen blancas flores de almendro, sostienen la bandeja que demanda

«Una limosnita pa la Cruz de Mayo, que no almuerza ni come en toito el año.»

Se llenan de monedas de plata y cobre las bateas, y vienen como epílogo las famosas buñoladas, las *convidás* de manzanilla ó de ojén y el deseado baile, que dura hasta la madrugada.

El patio andaluz es siempre alegre y siempre atrae.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Málaga, 1921.

GRANADA

LA "CASA DE LOS TIROS"

CON *El Generalife*, ha pasado á ser propiedad del Estado español la denominada *Casa de los Tiros* de Granada, por la transacción llevada á cabo en el secular pleito que la Administración pública sostenía con los marqueses de Campotejar, descendientes de la noble casa de Granada Venegas y del Mayorazgo de Jayán y Campotejar.

Escasa importancia se ha dado á este hecho, que es, sin embargo, de un gran interés para la Nación y para el Arte, porque se trata de un inmueble que, además de la estimación material que pueda tener, encierra un innegable valor artístico y espiritual.

De *El Generalife*, el delicioso *Carmen granadino*, preciado tesoro y reliquia admirable de una civilización que dejó en España, con su sangre, los encantos de sus bellas artes, especialmente la Arquitectura, rastro imperecedero de costumbres y característicos rasgos de la agarena raza, mucho, aunque siempre es poco, ya se ha hablado por historiadores, cronistas y poetas; pero de la *Casa de los Tiros* ó *Fuerte del Artillería*, caserón mudéjar con honores de castillo, por su aspecto de almenada fortaleza, apenas si aparece alguna ligera descripción en las crónicas y guías de la bella y poética ciudad.

Situada en la hoy llamada Placeta de los Tiros, fué, sin duda, un baluarte ó trozo de fortaleza perteneciente á la antigua muralla que se denominó del Realejo.

Su arquitectura denuncia que fué construída á fines del siglo xv ó comienzos del xvi.

Disfrutáronla los Infantes de Granada, y después, no se sabe por qué, Juan de Gamboa Martín de Aldea, escribano de Su Alteza. Más tarde pasó á la tenencia del comendador Gil Vázquez de Rengifo, hijo de D. Juan, héroe de la Reconquista, muerto de una lanzada por los moros en la Vega granadina, en recompensa de lo cual diéronle los Reyes Católicos la Alcaldía al hijo, coronel en tiempos de Carlos I y guerrero muy valiente y antepasado de los últimos linajudos poseedores.

El origen del nombre de *Casa de los Tiros* ó *Fuerte del Artillería*, con que se distingue al artístico caserón, se debe, como su nombre indica, á que como avance de la muralla fortificada, desde ella se iniciaba el fuego de defensa de la ciudad, aunque hay quien opina que su servicio se reducía á la acumulación y guarda de elementos de artillería y provisiones de guerra.

Según un documento del año 1511, existente en el archivo de los marqueses de Campotejar,



Empuñadura de la espada de Boabdil, guarnecida de plata dorada y esmaltes alveolados

archivo que con la casa ha pasado á ser propiedad del Estado español, allí existían también retablos y ornamentos religiosos procedentes, según opiniones que pasan por autorizadas, de una antigua mezquita que fué bendecida con el nombre de Santa Escolástica.

Como ocurre con todo lo que puede tener interés bajo el punto de vista histórico y artístico, se han creado respecto á este edificio fantásticas leyendas y fábulas con pretensiones de episodios novelescos y misteriosos, queriendo explicar con ellos la razón de los jeroglíficos ó inscripciones enigmáticas consignadas en los adornos de la fachada y en las vigas del artesonado del interior.

Lo que haya de cierto, ¿quién lo sabe? ¿Quién puede

averiguar la verdadera causa que impulsó al alma generadora de una idea y que voló con su secreto?

Pudo ser un desahogo del pecho inflamado de ferviente anhelo, en un instante apasionado de ardor bélico, ó acaso fué sólo un rasgo de buen humor, porque es de creer que también en aquellos, como en todos los tiempos, así los moros como los cristianos, tendrían sus expansiones en momentos de regocijo, y quién sabe si hasta el propósito de divertirse con la posteridad.

Existen en la fachada tres grandes argollas ó aros de hierro, pendientes cada una de un corazón, en las que hay forjadas aldabas y espadas que la fantasía, verdaderamente morisca, hace suponer que quieren decir: *El corazón manda ejercitar las armas á la gente de guerra. El corazón es la aldaba que nos llama á la batalla. El corazón siente los aldabonazos que da Dios.*

Vense, además, en la fachada cinco figurás colocadas sobre repisas ó ménsulas (que la soñadora imaginación de un insigne repúblico, más poeta que político, hizo aparecer nada menos que como héroes cantados por Homero y dioses del antiguo paganismo) y unas estrechas almenas de forma ventanal, por las que asoman su bronceada boca viejos mosquetes.

Los balcones de hierro de moderna estructura que ocupan el centro de la fachada, sobre la puerta que da acceso á la casa, corresponden al gran salón principal llamado *Cuadra dorada*, que es lo más importante del edificio.

En este salón existían unas puertas que constituían una interesantísima labor de talla. El artesonado de nogal, que se supone obra labrada en la primera mitad del siglo xvi, está construído con magníficas vigas que se apoyan en zapatas talladas que representan cabezas de moros y cristianos. En las vigas hay otra inscripción simbólica, compuesta por dos mandobles separados por un corazón.

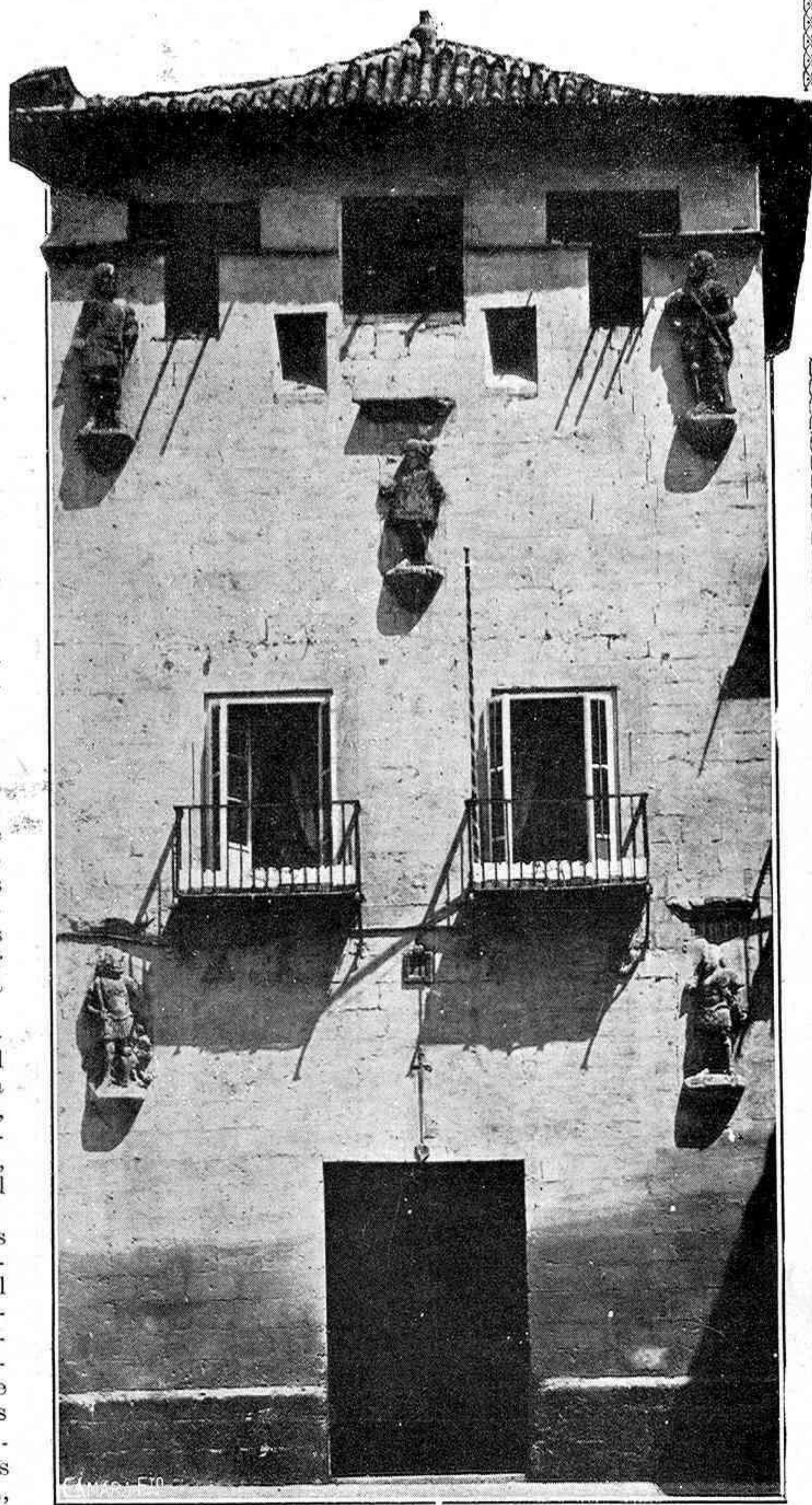
En la parte alta de las paredes, labradas en piedra, se hallan los bustos de Semíramis, Judit, Pantasilca y Lucrecia.

Al pie de cada figura dorada en talla se hallaba escrita en el artesonado correspondiente la hazaña atribuída al personaje representado, ascendiendo, según testimonio del escribano D. Mateo Montero de Espinosa, librado en 13 de Febrero de 1628, á treinta y dos las inscripciones y á diez y seis los retratos, inventario legalizado que se formó ante el justo temor de que la acción del tiempo hiciera desaparecer unas y otros.

Entre las más curiosas inscripciones, ha de citarse la correspondiente á D. Juan Vázquez Rengifo, que dice: «Peleó tanto un día contra los moros en el arrenal de Málaga, que noticiaron que habían visto á Santiago, y por las señas que le dieron se halló el Rey que era Rengifo.»

También es interesante la que hace relación á Garcilaso de la Vega, que dice: «Garcilaso, español; entre otras muchas hazañas que hizo, ganó el Ave-María de un moro que le venció y mató.»

Afirmase, según tradición, que Garcilaso, en singular combate, dió muerte en la Vega á un temible moro llamado Tarfe, victoria que se debe á que aquél invocó en la pelea el nombre de la Virgen; por cierto que esta tradición está consignada en la torre de la iglesia de Santa Fe, ciudad fundada en el mismo sitio donde es-



La «Casa de los Tiros»

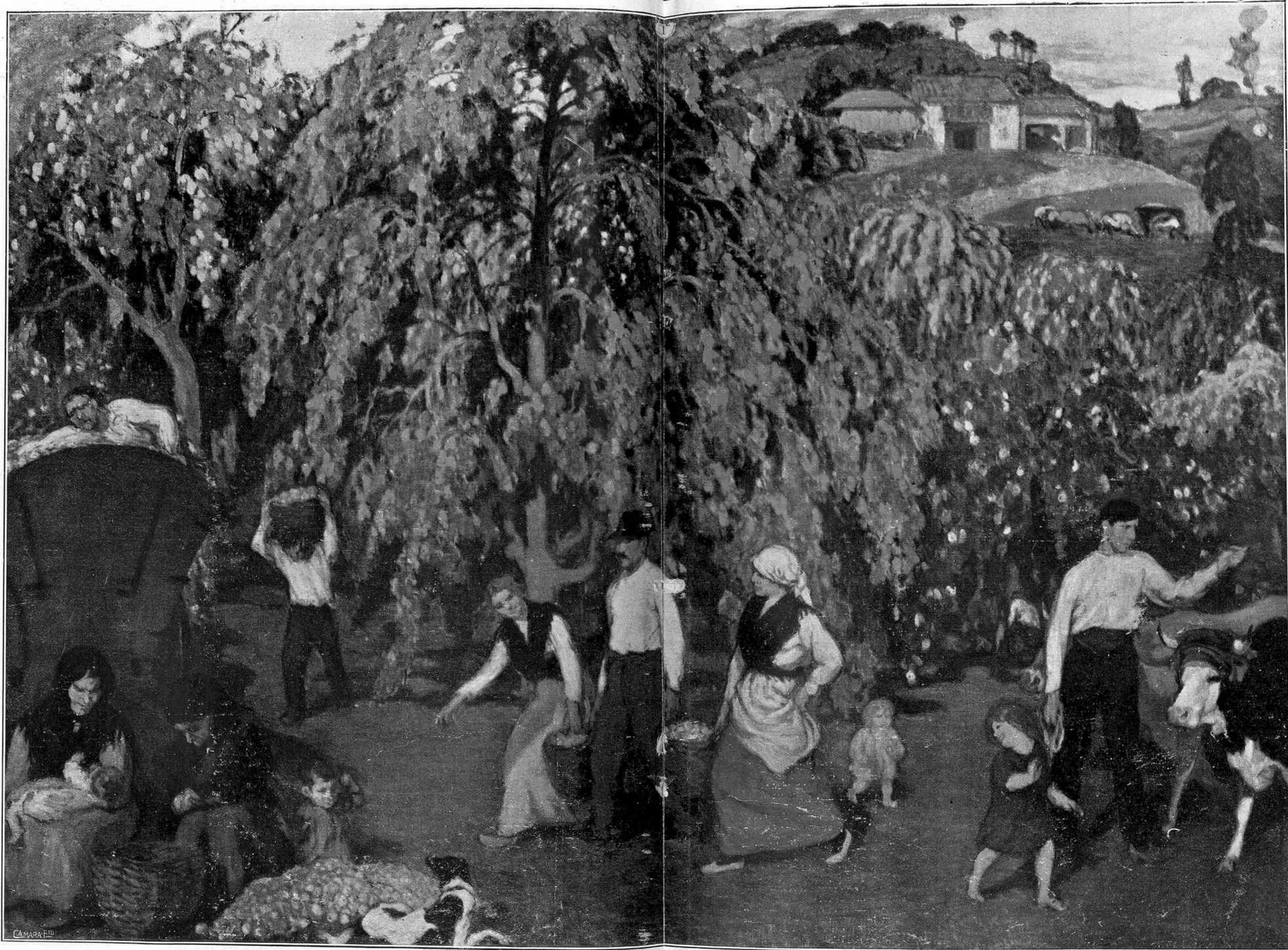
tuvo el campamento de los Reyes Católicos, y que se halla representada por una cabeza de moro atravesada por una lanza, de la que pende un cartel en el que se lee: «Ave María.»

Hermosa Fe, que todo lo vence y que pudo realizar la grandiosa obra de la Reconquista. ¡Mentira parece que España, al comparar las glorias del pasado con las desdichas del presente, no caiga en la cuenta de que aquella prosperidad se debió, ante todo, á la Fe, que inflamaba los corazones, inspiraba los cerebros y movía los brazos de los hombres!

Si el Estado español, en la que hoy es ya otra vez suya, *Casa de los Tiros*, establece, como á ello viene obligado y es de esperar, un Museo arqueológico ó iconográfico donde se conserven y exhiban documentos, objetos y retratos pertenecientes á personas que intervinieron en las luchas hispanoárabes, interesantísimas y de gran trascendencia en la historia patria, especialmente desde la Reconquista de Granada, será lástima grande que andando el tiempo no puedan figurar al lado de la espada de Boabdil, que también ha sido entregada por los marqueses de Campotejar, la gumiá del Raisuni y el fusil mauser que Abd-el-Krim adquirió y aprendió á manejar en Europa.

XAVIER CABELLO LAPIEDRA

ESCENAS ASTURIANAS



RECOGIENDO LA MANZANA

Cuadro original de Nicanor Piñole, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

DE LA AMÉRICA
PINTORESCA

TODAVÍA quedan en la América española regiones inexploradas, por donde asoma, el cuerpo cobrizo y en la mano el arco y la flecha, el indio, para el cual la humanidad se divide en dos castas: la suya y la española. Entendiendo por español al hombre blanco que lo conquista—ayer el ibérico y hoy el yanqui, que avanza en busca de las minas de petróleo, Eldorado de la nueva conquista...

Estamos en Maracaibo, ciudad de Venezuela, de gran importancia comercial en la República, algo tocada de espíritu regionalista, tal vez porque sirve de centro á una vasta zona territorial de difícil comunicación con la capital. Ciudad circundada por un bello lago, que descubrió Alonso de Ojeda el 24 de Agosto de 1499.

«Tierra del sol amada...»

según cantó uno de sus hijos ilustres, D. Rafael María Baralt, autor del Diccionario de Galicismos, que mereció el honor de un sillón en la Real Academia Española.

Cerca de esta ciudad, y en tierras colindantes con Colombia, se extiende el vasto territorio de *Goajira*, por el que se aventura muy poca gente y donde el indio vive á su libre albedrío, defendiendo sus fueros indígenas con la punta envenenada de sus flechas y con la maraña de una naturaleza virgen para el hombre blanco. La *Goajira*, que comprende territorio de Venezuela y de Colombia, es uno de los últimos refugios del indio, donde éste todavía adora sus íconos y trabaja sus rudimentarias alfarerías.

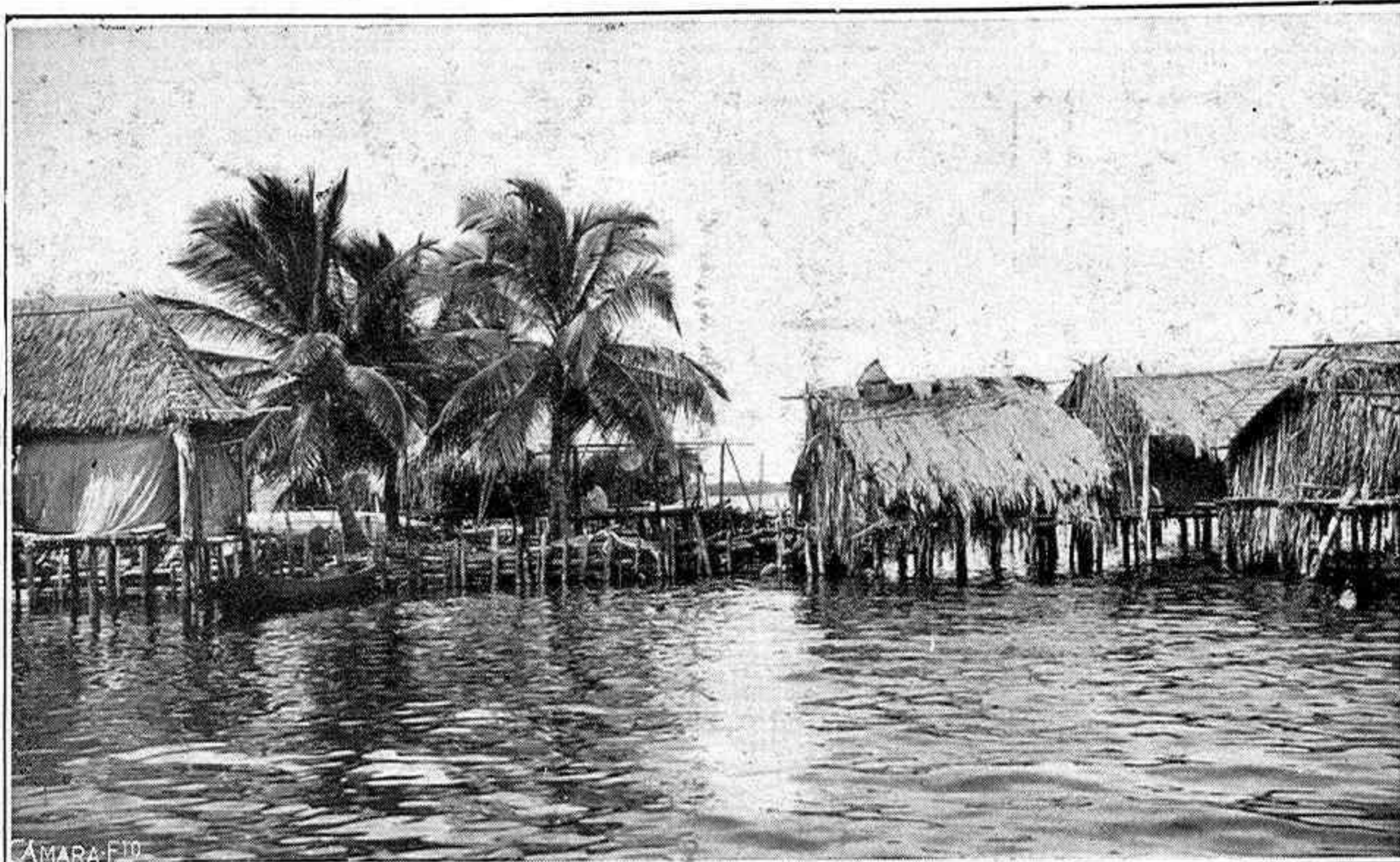
Peró nuestro pie osado no llegó todavía á pisar estas tierras del indio, ni nuestra mirada curiosa descubrió sus secretos. Hemos llegado sólo hasta el umbral: un pueblecillo lacustre cercano á Maracaibo y que llaman *Santa Rosa*.

Durante una hora el automóvil nos ha llevado, en viaje audaz, atravesando riachuelos y bordeando grandes pantanos solitarios, quietos y límpidos como espejos, á cuyas orillas las blancas garzas destacan su fina silueta sobre el verde húmedo de las florestas.

Llegamos á la orilla del lago, donde se levantan algunos *ranchos*, junto á un bosquecillo de cocoteros, el árbol más característico de estas regiones de América, con el tronco alto y esbelto y la copa de largas ramas, abierta arriba como una inmensa flor. Parece que las ramas huyeran del suelo calcinante, como buscando la piedad del aire, como si se ahogaran aquí abajo.

Frente á esta costa, á unos doscientos metros y sobre el lago, se levanta el caserío de Santa Rosa, una Venecia primitiva. La profundidad del lago es aquí tan reducida que circulan por él, entre las casas, chiquillos de piernas desnudas, y cerdos. El caserío se sustenta sobre una armazón de troncos de árboles, que se levantan un metro del lago, distancia que aumenta ó disminuye, según la marea. Las casas son hechas de troncos de árboles, de cañas y de ramas de cocotero y palmeras.

Una embarcación primitiva, una piragua auténtica, hecha con el tronco de un árbol gigante, nos lleva hasta Santa Rosa, arrastrándose á veces por el légamo, zozobrando conti-



Un aspecto de Santa Rosa (Maracaibo)

nuamente. Ya en el pueblecillo, tenemos que hacer prodigios de equilibrio para cruzar las calles de agua sobre troncos de árboles, á manera de puentes peligrosísimos para nuestra falta de habilidad y nuestros pies calzados. Las gentes del pueblo, unos salen á las puertas de los *ranchos* á mirarnos y otras huyen á nuestro paso. Todos tienen las características del indio, aunque la sangre indígena en pocos se conserva ya en toda su pureza. Un traje sencillo cubre apenas sus cuerpos cobrizos, hasta hace poco desnudos, hasta que llegaron aquí las leyes ciudadanas...

Una belleza indígena se asoma á la puerta de un *ranchito*. Es joven, de formas amplias, de senos levantados—característica que conserva hasta en la vejez la mujer *goajira*—, con el rostro pintado de blanco como una máscara. La frente angosta, la cabellera abundante y negra, cayendo sobre su espalda; la nariz chata, de amplias aletas; los labios abultados, y los ojos, grandes y negros, de un negro de azabache, de piedra preciosa, acostumbrados á mirar al sol.

Nos encontramos muy pocos hombres. Están en su trabajo. Salen al amanecer en sus pi-

expresarse, aunque torpemente, en nuestro idioma y tienen nombre cristiano. Entre el caserío hay una rústica iglesia, en la que se venera á la Virgen del Carmen. Todos los domingos viene de Maracaibo un cura á decir misa. Se bautizan y casan por la Iglesia, mezclando en ocasiones sus fiestas indígenas con los ritos cristianos. Las mujeres se casan aquí de los doce á los catorce años, y el casamiento reviste caracteres de venta, pues los padres exigen del novio una cantidad que él debe satisfacer para que le entreguen la hija; á veces hay varios postores y se la lleva el que más dé, y cuando las cantidades son iguales, la novia pertenece á aquél que en un torneo de fuerza sea el vencedor.

Seguros de que muy pronto ha de desaparecer este pintoresco pueblecito indígena, quisiéramos aprisionar en nuestra retina todo su primitivo encanto. Acaso pronto este lago será canalizado, se unirá al mar para facilitar la navegación y la explotación de estos lugares; y entonces estas gentes tendrán que dar un paso más hacia la ciudad, hacia la civilización, y las olas se llevarán esta primitiva ciudad lacustre, ¡tan lejos del mundo! Y no nos será dado el ver, como en este instante, un indiecito desnudo que camina por el lago en el que se hunden sus piernas, llorando y peleándose con una garza que lo picotea, junto á un *ranchito* construido con troncos de árboles y cañas y ramas de palmeras y de cocotero, bajo un sol de fuego...

ooo

Al volver de la excursión, ya en la orilla del lago donde nos deja la piragua, contemplamos un nacimiento construido dentro de un *ranchito*, con graciosos muñecos. Una mujer que vive por allí cerca nos habla con inusitada y pintoresca locuacidad de los indios y sus costumbres, excluyéndose graciosamente ella—entre india y mulata—como española.

—¿Y esto?

—¡Ah! Es que nosotros somos muy cristianos y nos acordamos así que en estos días nació El.

Entre las figuras del nacimiento, que ella llama *pesebre*, hay un negro que viene á caballo, con una guitarra á la espalda.

—¿Y ese negro?—comenta alguien, riéndose—¿Qué hace ahí?

—Eso quiere significar—responde ella—que todos somos iguales para el Señor y que entonces ya existían las tres razas que pueblan el mundo...

—¿Cómo?

—Sí: la española, la india y la negra...

Y es tan ingenua la palabra en sus labios, que nadie ha sonreído. Es verdad: son las tres razas de su mundo, que es para ella el mundo.

VALENTÍN DE PEDRO
Venezuela (Maracaibo), 1922.



Una familia y algunos niños goajiros, habitantes de Santa Rosa

LA ESFERA

EL SIMBOLISMO EN EL ARTE

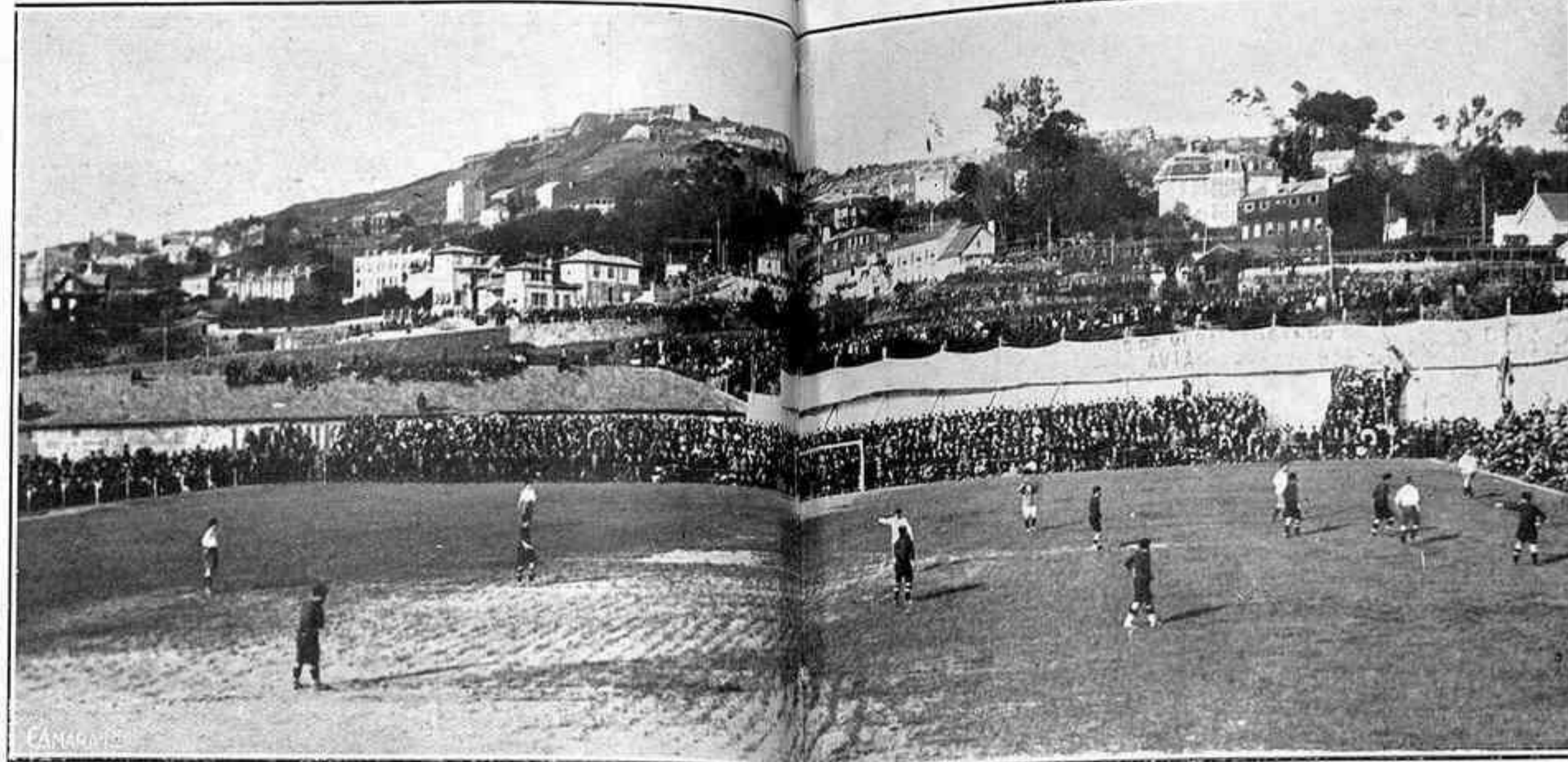


EL ÚLTIMO DESPOSORIO, dibujo de Miguel Hevia

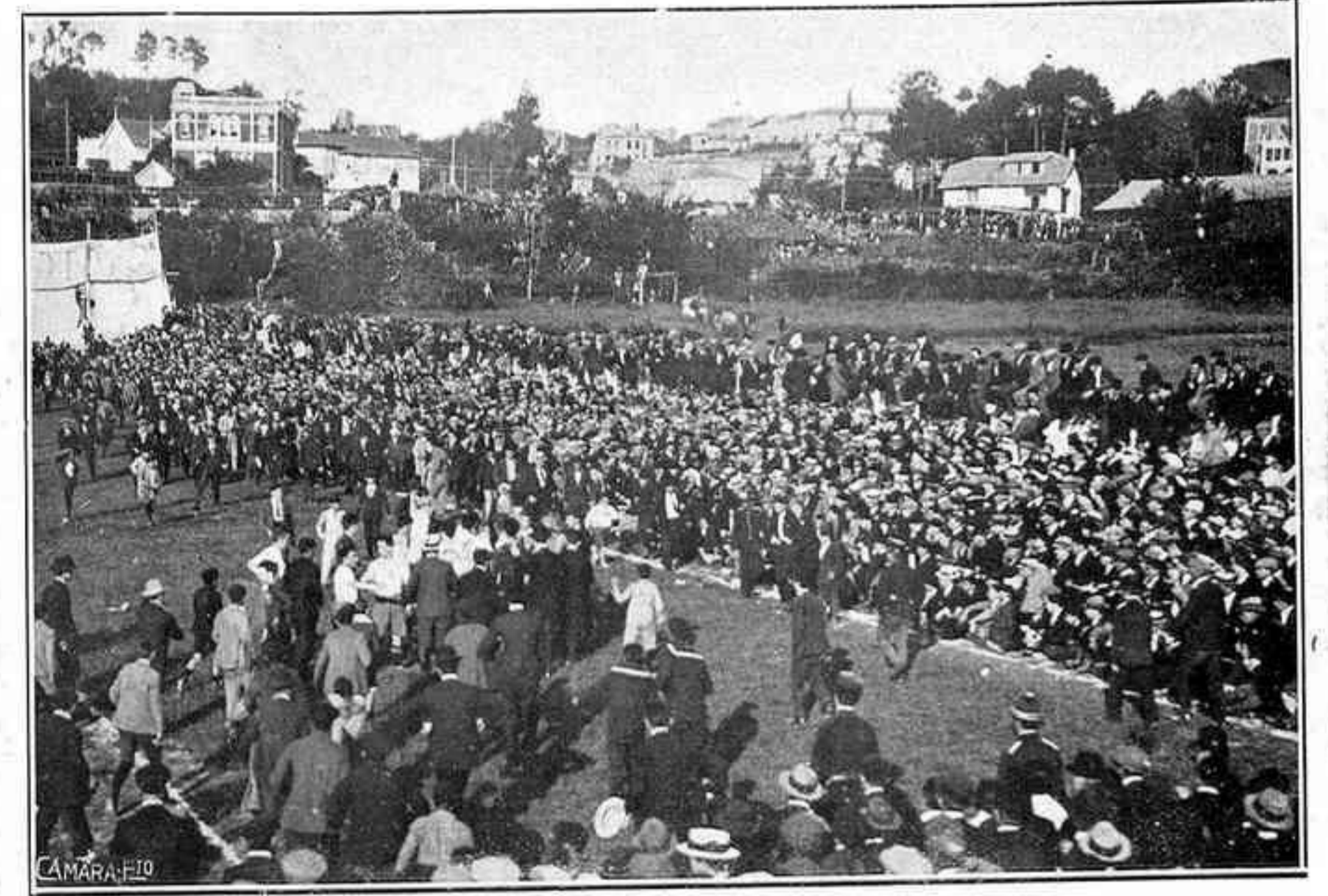
EL CAMPEONATO ESPAÑOL DE "FOOT-BALL"



Una jugada de compromiso para los catalanes



Aspecto del campo de Goya, de Vigo, durante la celebración del campeonato de España, en que resultó vencedor el «Barcelona»



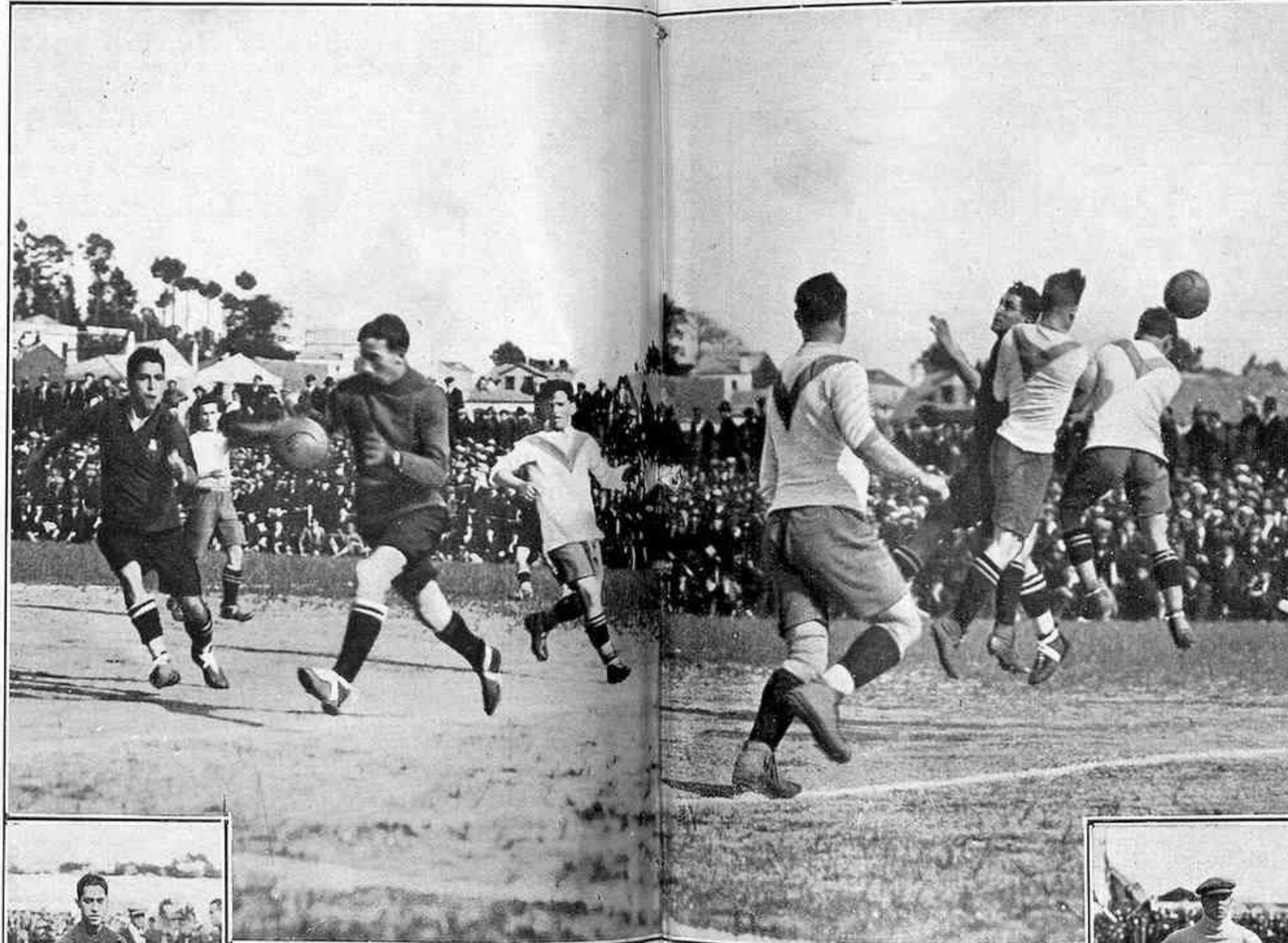
El público invadiendo el campo de juego á consecuencia de un incidente entre los jugadores



El portero del «Irún» defendiendo su puesto



EMERY
Capitán del «Irún»



Dos aspectos de las jugadas en que tan fuertemente lucharon los catalanes

DESDE hace muy pocos años, el *foot-ball* ha adquirido en España un incremento extraordinario. Ya no se celebran sus partidos, como no hace aún mucho tiempo, entre el tibio calor de un público escaso y la indiferencia del resto de las gentes españolas... Ahora el *foot-ball* es un deporte cultísimo que interesa á todos los españoles, exalta vivamente los ánimos del público, enardece todos los sentimientos y excita los entusiasmos más calurosos, las discusiones encendidas, los más grandes apasionamientos. En los campos de *foot-ball* la multitud se agrega por los «onces» que se disputan el triunfo. Y además de este público que llena los campos de *foot-ball* para contemplar de cerca los partidos, queda otra muchedumbre que no ha podido asistir á los partidos y que sigue—desde las cercanías del lugar del partido, desde los periódicos, desde todos los sitios donde se habla y se comenta acerca de este deporte—los azares y los momentos de los jugadores, de los partidos, de los campeonatos... Esta pasión exaltada, este entusiasmo fervoroso por el *foot-ball* se han puesto recientemente de relieve, llegando á su punto culminante de interés y de emoción, con motivo del partido que en Vigo se jugó para decidir el Campeonato de este deporte. Se disputaban este honor dos equipos: el «Real Unión», de Irún, y el «Barcelona F. B. C.» En el campo se había congregado aquella tarde una inmensa multitud veída de toda España, y después de una reñida lucha quedó vencedor y proclamado, por tanto, campeón de España el equipo barcelonés.



ALCÁNTARA
Capitán del «Barcelona»



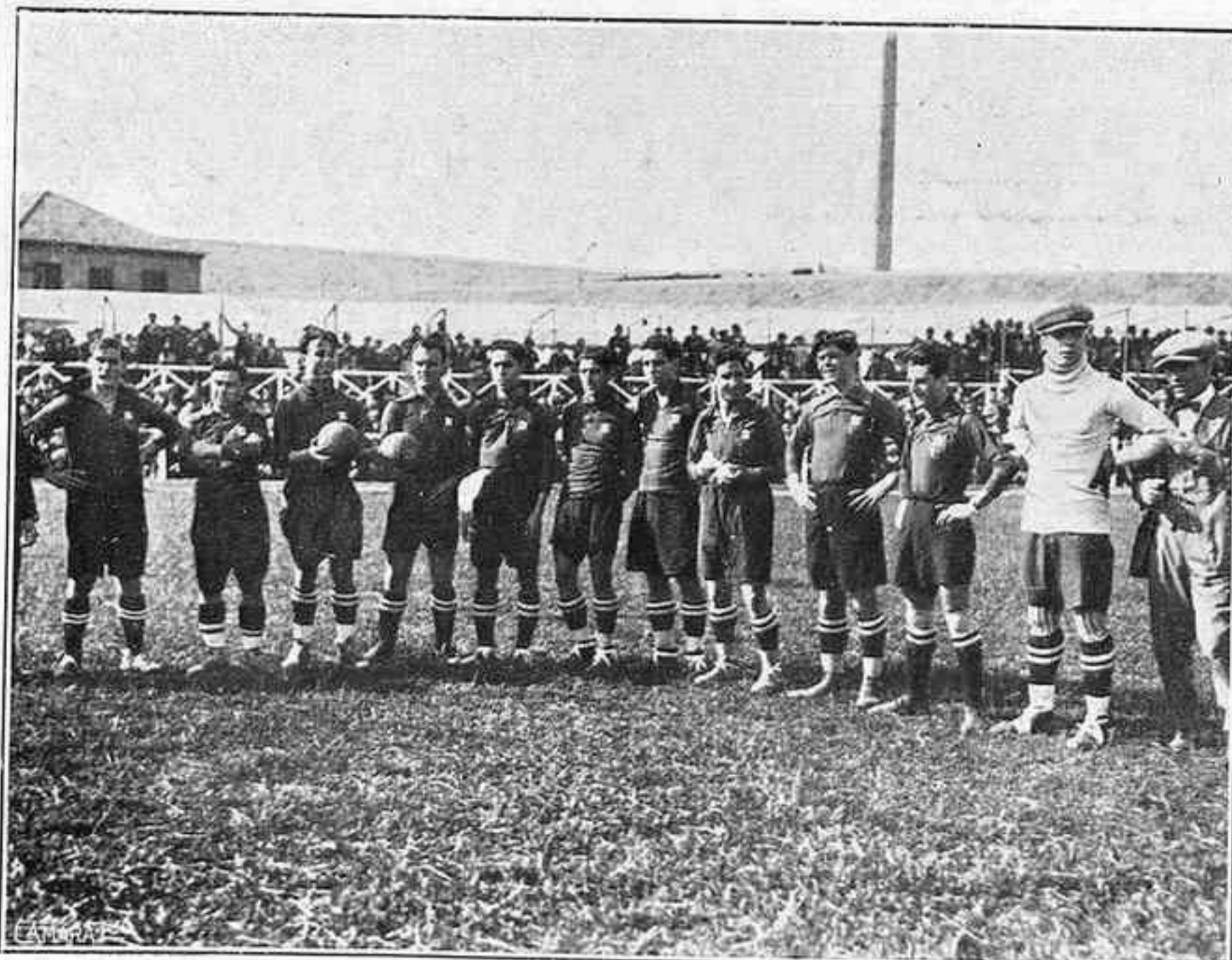
ZAMORA
Portero del «Barcelona»



RENÉE PETIT
Delantero del «Irún»



Un cuerpo á cuerpo entre los jugadores



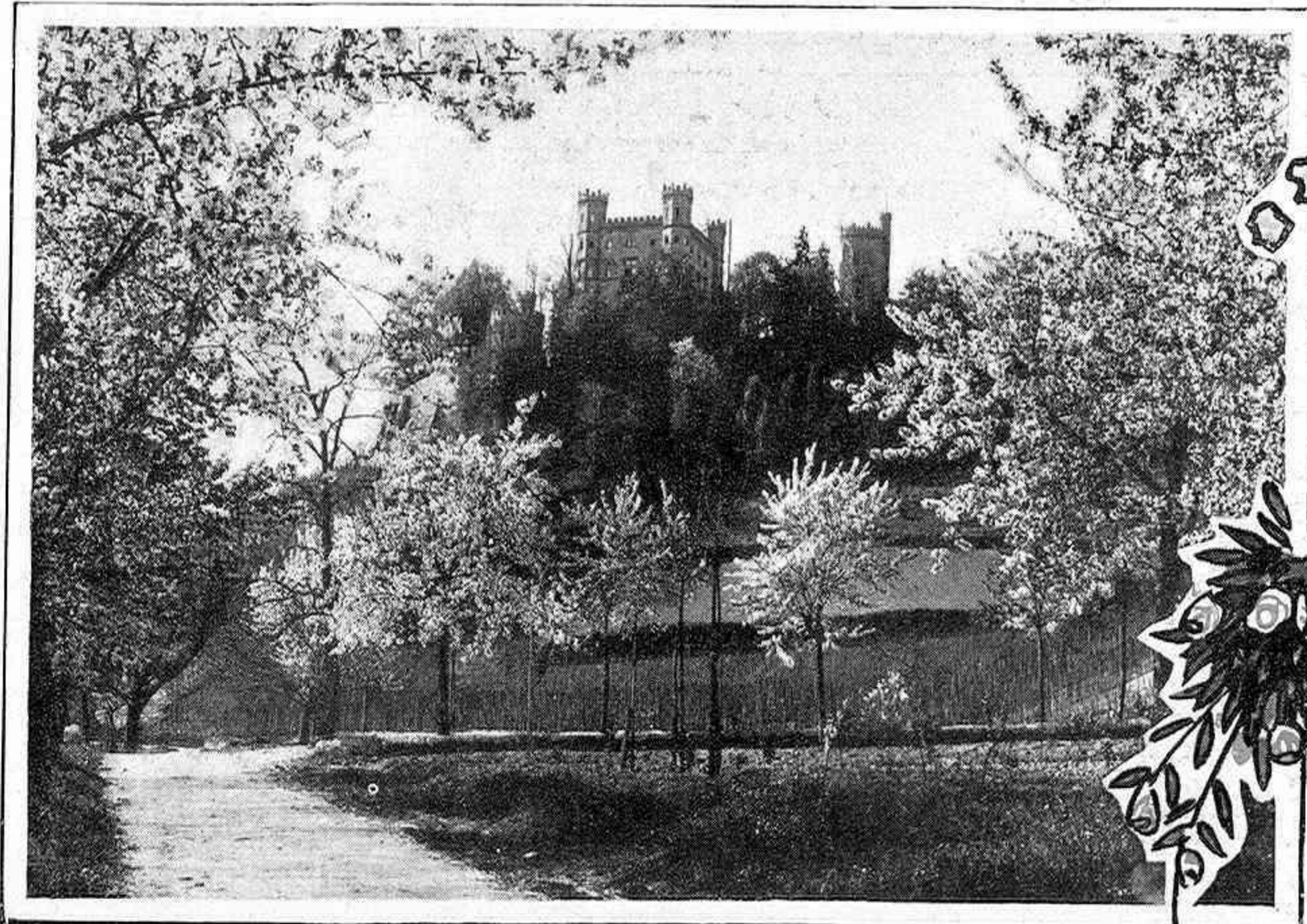
El equipo del «Barcelona F. B. C.», campeón de España



Un momento interesante del Campeonato celebrado en Vigo

ESTEREO
FILM
MAGN

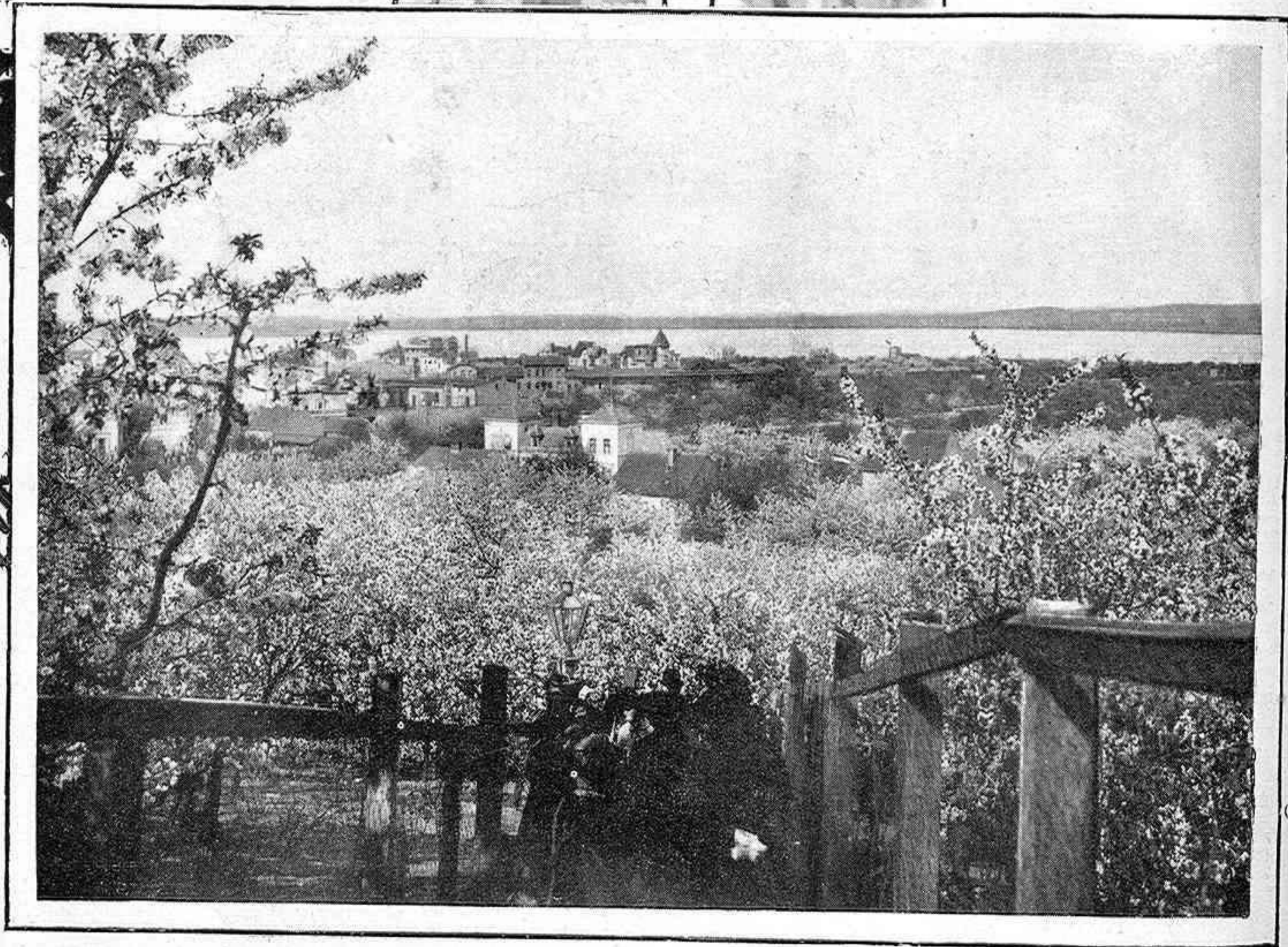
FOTS. CAMERÁ



Un castillo en Kinzingtal



AHORA...
LA EXALTADA VERNALIDAD



Huerta florida en Werder

CLARAS mañanas de Mayo! ¡Lentos atardeceres! ¡Noches serenas, donde palpita el corazón, todavía niño, del verano!

Floridos los paseos libres, y los jardines presos entre las verjas. Ufanos los árboles de sus verdes nuevos, y anchas ráfagas del perfume de las acacias á lo largo de todas las calles.

Perfume de rosas también. Porque de los huertos y plantíos de las afueras vienen hasta el centro de la ciudad las canastas repletas de la flor carnosa, sensual, que tiene matices de sangre, de rubor y de carne femenina.

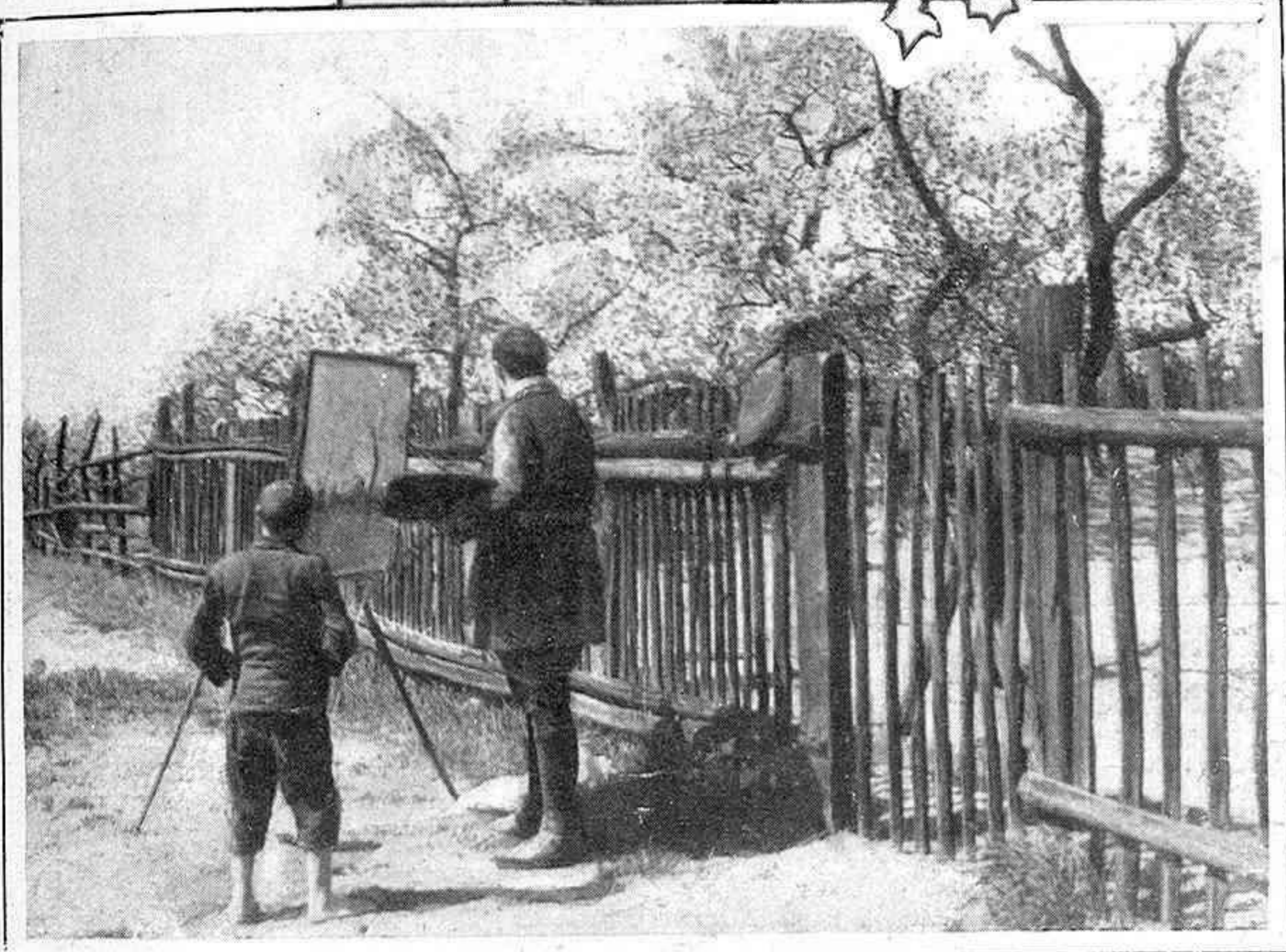
La ciudad es durante el mes de Mayo como un amable milagro de rosas. Hasta los más humildes llevan el ramo junto á la blusa del trabajo y la taleguilla de la comida. Entre el tumulto de las rúas hirvientes de vehículos y de gentío, el pregón tiene ya su frescura de jardín y una cadencia de copla:

¡De olor, y qué bonitas!

Voces de mujer del pueblo lo lanzan al aire en una dulce exaltación de sus tres atractivos: el aroma, la forma y el color. Y siempre, delante de estas mujeres que placean su mercancía floral, hay alguna pareja de novios ó de amantes que compra rosas.



Un prado florido en Bohemia



El artista y la primavera

Ella va eligiendo los ramos por el placer de hundir sus manos entre la húmeda caricia roja, rosa y blanca. Luego las lleva al rostro, y le palidece de felicidad como un beso prolongado. Y mientras él sonríe, comprendiendo que aquellas rosas van a ser cómplices de su amor.

Milagro florido, milagro erótico también la ciudad durante el mes de Mayo.

En las mañanas, los parques se encantan de risas, de trajes claros, de escotes núbiles, de paseatas lánguidas a la sombra propicia de las frondas renacidas. Son muchachas de taller, jovencuelos de academia y de Universidad. Tienen la doble alegría de su mocerío lozano y de su experiencia audaz. Unen los labios sin el ávido deseo de las pasiones maduras, entrelazan las manos por el cándido orgullo de mostrarlas unidas. Van en grupos de varias parejas los más, como en matinales romerías de Afrodita, para agradecerles los dones furtivos y las saciedades futuras. Van aislados los menos, buscando los bancos recónditos y las plazoletas olvidadas, sin encontrarles siempre, porque al mismo tiempo se buscan la mirada y la boca...

En las tardes cálidas de fuertes contrastes de luz y de sombra, cuando todo a un lado fulgura de sol y al otro tiene la frescura sedante de las criptas, va el amor también por las calles y los paseos, y busca la bonachona terciaria de los cinematógrafos, el exhibicionismo de los restaurantes y los *dancings* a la moda.

Tiene la ciudad entonces vaharadas rojizas de la calina primaveral, ó esas súbitas lluvias que lavan las calles y congestionan los portales con su violencia de torrente. Las jovencitas de buena casa, las mesócratas anémicas que conocen la amargura de coser sus galas en las veladas tristes junto a un balcón de último piso, llevan junto a su corazón el galán del traje bien cortado y la charla insubstancial, ó el adolescente que sueña con versos y plazas de oposición. Detrás, la madre ó la señora de compañía, con sus pies hinchados de andar entre las botas deformadas, con su corazón marchito detrás del traje raído, con la desilusión refugiada como un ave sin alas en un árbol sin hojas, dentro de la cabeza, que los años encenizan y la conveniencia social cubre de una cachucha grotesca...

Pero hay también los amores culpables que buscan las guaridas secretas y eligen los crepúsculos para pasar inavertidos dentro de la multitud: una mujer que cruza rápida cubierta con un velo espeso acechando los relojes de las tiendas y la blanca tablilla de los coches de alquiler. Un hombre que hace discreto ademán de despedida detrás de los cristales de la garzonera, ó que sigue sonriendo en silencio y a pasos lentos la marcha de la que momentos antes tremaba junto a él...

Finalmente, la noche. Las obreritas velan sobre la labor, ó duermen con ese sueño profundo de la mocedad; las señoritas recomponen sus vestidos y sus sombreros, repasan estas medias sutiles de seda, tan costosas y tan indispensables. Las adúlteras inclinan la cabeza bajo la mirada tranquila del engañado...

Y la ciudad está más que nunca entregada al amor. Al amor rebrotado de las uniones legales, al amor impetuoso de los amantes libres, al amor piadoso de las encrucijadas. Y al amor trágico también. El amor que busca el corazón no con palabras ni con besos, sino con la aguda punta de una navaja; el amor que reptaba en sombras y de pronto encharca de sangre los periódicos; el otro amor que se extingue lúgubre como una lámpara ó como un ser humano...

Pero todos estos aromas están ebrios del aroma de las rosas. En el sueño de las apasionadas que no se quieren morir triunfa un mancebo que tiene en una mano una rosa fresca y en la otra un corazón palpitante. Los dos fulguran, y los dos son gratos a la caricia. Y son ofrecidos a la mujer, ya sin el amor antiguo, para que se engalane con ellos nuevamente.

José FRANCES

DIEUJOS DE ECHEA
FOTS. VIDAL



DE NORTE A SUR



Miembros del Comité de Honor del Congreso Internacional de Oftalmología, de Washington, en los jardines de la Casa Blanca, momentos antes de ser recibidos por el Presidente, Mr. Harding

1. Dr. Poyales, Madrid. - 2. Coronel Elliot, Londres. - 3. Prof. Barraquer, Barcelona. - 4. Prof. Gallemaerts, Bruselas. - 5. Dr. Men Li, Pekin. - 6. Dr. Mackay, Edimburgo. - 7. Dr. Luther Peter, Philadelphia. - 8. Dr. Paine, Detroit. - 9. Prof. Rochat, Groningen. - 10. Prof. de Lapersonne, Paris. - 11. Dr. Clerq, Manchester. - 12. Prof. Schweinitz, Philadelphia. - 13. Dr. Weeks, New-York



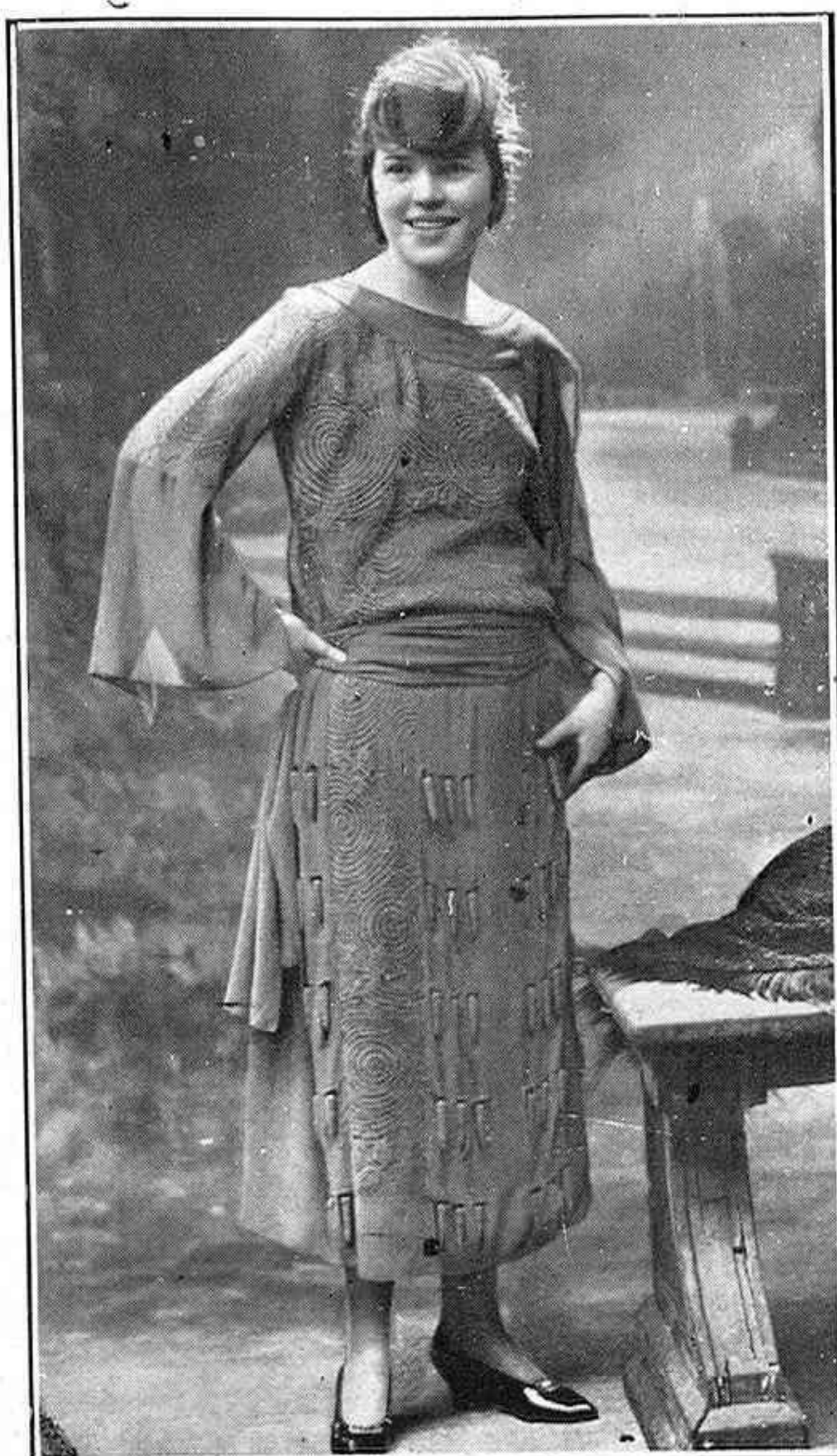
Visita de S. M. el Rey al Hospital que para la Cruz Roja se está construyendo en Sevilla, á expensas de los señores de Sánchezdalp (D. Miguel) y de sus sobrinos los señores de Marañón y Sáinz de Rozas, y cuya inauguración se verificará muy en breve. Don Alfonso conversando con la señora de Sánchezdalp

CÁMARA-FIU

LA MODA FEMENINA



Traje de paño, guarnecido de tísú bordado en seda



Precioso vestido de seda beige, bordado en el mismo tono



Traje de crepé azul oscuro, bordado en rojo y beige

REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

Yo hubiese querido ser Julieta. Cierta que falta saber si, de vivir en nuestra época, se hubiera immortalizado con su fábula de amor la gentil descendiente de los Capuletos. La heroína del drama sentimental de Shakspeare nos resulta, á la verdad, irresistible, tal y como sucesivamente, y á través del tiempo, vienen representándonosla artistas de todas las generaciones; pero... ¿hubiese sido lo mismo si en lugar de las suaves trenzas y el blanco traje anacarado por los rayos de la luna y el balcón enguinaldado y el canto de la alondra, hubiese dispuesto Julieta, como hoy nuestras enamoradas, de armas tan poco interesantes como el traje sastre, la raqueta de *tennis*, el sombrero encasquetado, y, como marco á su belleza, un salón de baile invadido por los estridentes acordes de un *jazz-band*?

Quizá en tales circunstancias no le hubiera sido tan fácil á la ingenua veronesa el encender llamaradas de volcánico amor en el corazón de Romeo. Quizá también se hubiera evitado la muerte prematura y violenta que el bardo inglés glorificó, y, sin el halo de tan románticos y sugestivos hechos, claro es también que ninguna envidiáramos su Destino.

Es además muy posible que todo no fuera poesía en aquella fugaz existencia; que Julieta viérase, en realidad, obligada, como todos los seres humanos, á sufrir contratiempos y sinsabores, más que suficientes para amargar con su terrenal sabor los bellos sueños de la amante doncella. Y no sólo en forma de disgustos familiares, sino bajo aspectos tan nimios como la estupidez del ama, la restricción excesiva de los mandatos sociales y la incomprensión de los confeccionadores de sus joyas y sus trajes.

¿Acaso es lógico suponer que los tejedores, bordadores y orfebres de Verona, en épocas pretéritas, eran capaces de evitar lo que no logran hoy, con más valiosos elementos, un Paquin, un Doucet, un Lalique: las inexactitudes de medida, forma y color, la falta de puntualidad en las entregas y la exageración en las facturas? Todas esas preocupaciones que hacen del arte del vestir un diabólico medio de expurgación,



Vestido de sarga beige y negro, adornado con galón ciré y cuentas negras

pues santificación y vanidad dicen que son incompatibles.

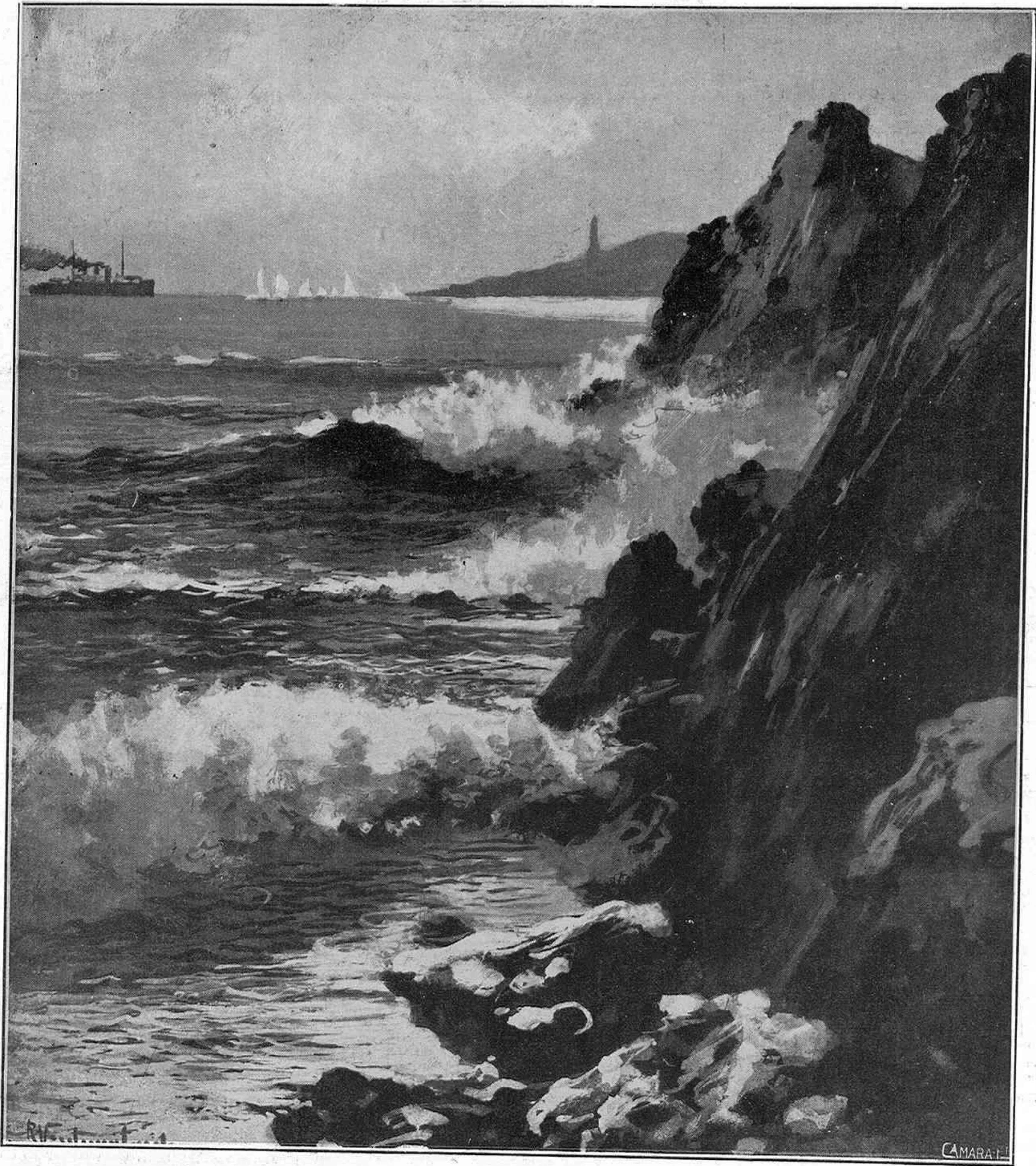
Pudiera también ocurrir que no se hallara un Romeo en nuestros tiempos: enamorado, soñador, fiel, abnegado y presto á ofrendar su vida sobre la tumba amada.

¿Enrique? Tal vez de todos los hombres que me han cortejado sea él quien más se aproxime al tipo del heredero de los Montesco; sin embargo, no le creo á él tampoco capaz del sacrificio supremo. Y el caso es que, bien pensado, lo sensato es morir muy joven. No piensan así los demás, ya lo sé; pero no por ello es menos cierta mi teoría. Nadie puede negar que es más bella la muerte de la mujer—ó el hombre—joven, hermosa, envidiada y colmada de ilusiones, que la de un ser que se desprende de la vida, como del árbol la hoja seca, y de la quijada un diente podrido, cuando á todos estorba y repugna y molesta con su fealdad. Tan aparente es la diferencia, que maravilla el que todos se empeñen en llegar á esta última indeseable situación. Hasta Enrique... Con pesar lo digo. No obstante la obsesión que por mí siento y su romántico desprendimiento de todos los bienes terrenales, ayer le sorprendí estudiando con detenimiento una estadística de casos de longevidad. Confieso que este detalle me ha desilusionado levemente.

Algo ha notado él, y por eso ha redoblado sus atenciones, asegurándome que jamás me vió tan bella como con el traje que ayer tarde llevaba; una estrecha falda de encaje de plata, cubierta por una amplia falda de *taffetas* verde jade, unida á un cuerpo liso y muy largo dicho tejido, adornado de un ancho cuello, casi una tálma de encaje como el de la falda, y pequeñas mangas. Todo ello coronado por un enorme sombrero de tul de plata, cuya copa circundaba una estrecha banda de cuentas verdes, rematadas por una borla de lo mismo.

Yo, en cambio, me encuentro mejor con mi traje de diario, de tela esponjosa color topacio, forma entera y con dos tablas postizas á cada lado de la falda, escote de hombro á hombro, y mangas inmensas de hábito, rematadas por un bordado en azul como la paja del amplio sombrero, adornado de una cinta de igual tono, y el ceñidor de cuentas, que ajusta el traje á las caderas.

A M A N E C E R



CONTRA las rocas de la isleta, el mar estrella sus besos; el sol dorado de los amaneceres agosteños resbala sobre el verdín de los peñascos; unas brumas blancas, vaporosas, como espirales de humo, acarician el alto torreón del faro; graznan las gaviotas sobre el agua, y se oye, muy lejos, el son hospitalario de las campanas de un pueblo de la costa.

Por frente á la isla cruzan las lanchas grises, de vela blanca, que van á la pesca de la sardina; unos mozos de músculos fuertes, con el torso desnudo, hunden los remos en el cristal de las olas, y poco á poco la hacen adquirir, con el empuje de sus brazos y el mañanero viento, un andar raudo.

A lo lejos pasa un barco enorme; sus tres grandes chimeneas arrojan sendos penachos de negro humo; suena melancólica su sirena—parece que es el alma del navío, que canta una barcarola—, y se ven figuras del tamaño de puntos ir y venir sobre cubierta.

A lo largo de la costa rebrincan las olas contra las peñas, y una lluvia de plata cae sobre la arena, desapareciendo en ésta como por arte de magia. Se ven, hieráticos, los pescadores de caña, mirando obsesos el rojo corcho—pequeño

corazón—que flota y se mece sobre las ondas; parece que estos hombres, con sus miradas de flecha, quieren descubrir los arcanos que encierra el dios mar en su seno.

El sol brillante va apartando con dulzura los velos del amanecer; el espectáculo es de una belleza soberbia: surgen unos rayos tímidos al principio, que se debaten, hasta vencer, con los jirones de la niebla; luego, de minuto en minuto, Febo vase redondeando hasta reinar solo en el ancho manto zarco del cielo, con el brillo irresistible de una pira inmensa.

Las nubes blancas—como niñas vestidas para la primera Comunión—descienden lentas por el horizonte, van disminuyendo de tamaño, resistiéndose á irse, hasta que una comba azul de agua que se levanta allá lejos las sepulta en su seno y se las lleva entre sus brazos.

El sol, dueño y señor de todo el paisaje, quiebra sus caricias en el techo pizarroso del faro. Abrense las puertas y ventanas de alba pintura de la casa heroica y noble, lazarillo, bajo las negruras de la noche, de los navegantes.

Un viejo de pelo blanco, de ojos glaucos donde se refleja el mar, de manos curtidas por las sales y los vientos, se sienta á la puerta, llena su

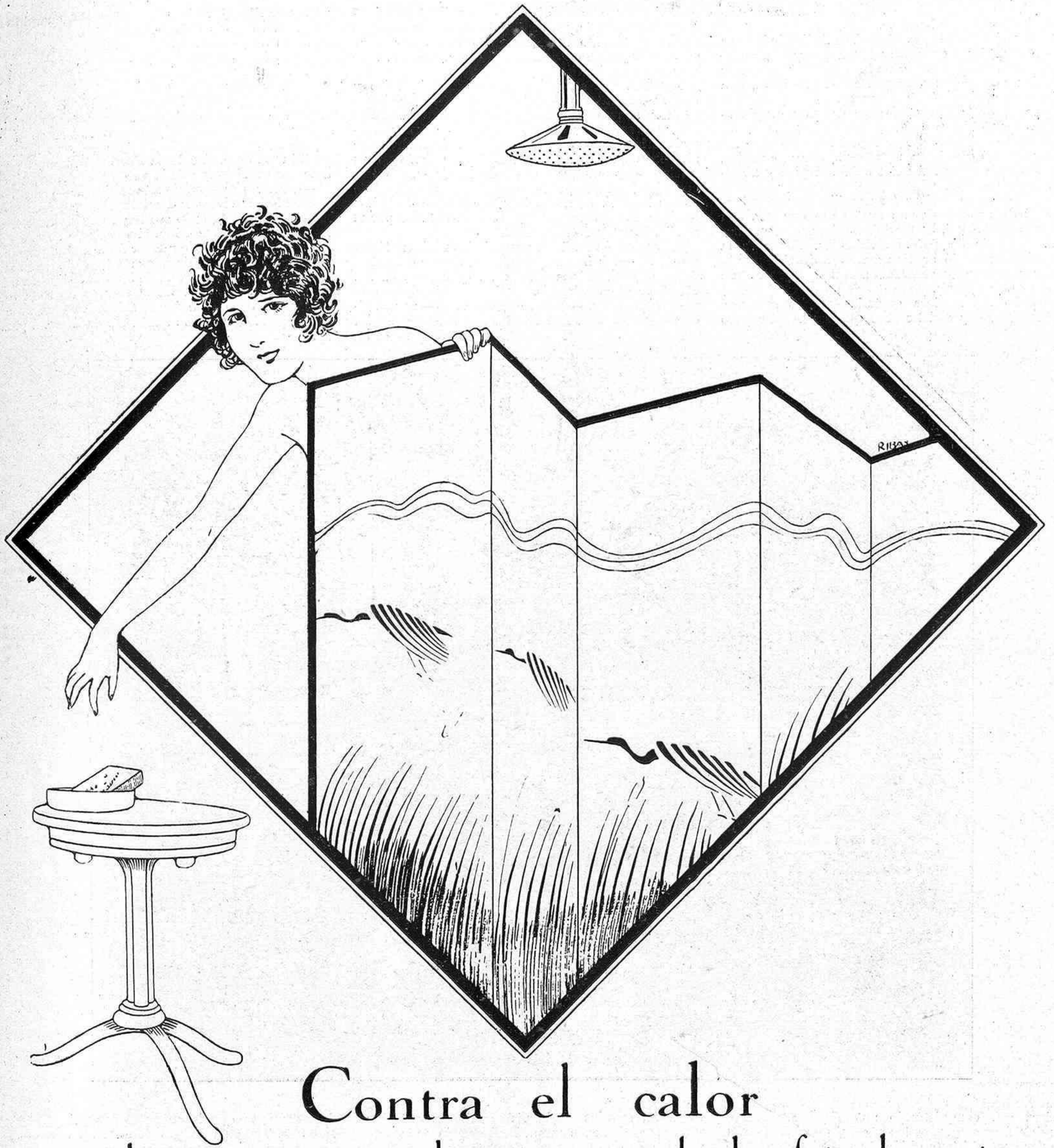
pipa, mira al sol frente á frente—como á un viejo amigo—é interroga con mirada segura la vasta extensión de agua movable; satisfecho del examen, lanza complacido el humo de su cachimba á borbotones, negro humo que sale de su estómago-caldera como de cualquier embarcación de las que cruzan majestuosas ante la isla.

Regresan unas lanchas; en el fondo rebrilla la plateada escama de las sardinas; cantan los pescadores una canción serena, de tono dulce, de ritmo lento, como el mecer de las olas que besan los costados de sus barquichuelos, y que se adentra, sutil, en el corazón y lo conmueve intensamente ante la gallardía de todo el conjunto del paisaje, tan emotivo como majestuoso.

El mar se curva en elegantes ondulaciones; se oye el fragor de las olas al romperse contra los acantilados, y el día, una página áurea de azul, de verde y de color sol, vase extinguiendo con lentitud deliciosa, como un perfume exquisito en el delicado pebetero de un harén oriental.

FRANCISCO LUCIENTES

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



Contra el calor
 no hay mejor remedio que una ducha fría después
 de haberse jabonado bien con jabón
HENO DE PRAVIA
 que refresca y perfuma deliciosamente el cutis.

PASTILLA 1.50

en los principales bazares, perfumerías, farmacias y droguerías de España.

PERFUMERIA GAL

MADRID

—Eso es vivir—decía—. Eso es llevar una existencia digna de un hombre.

Y sus ojos dorados se apartaban de Robledo para mirar con cierta conmiseración á su esposo, como si viese en él una imagen de todas las flojedades de la vida muelle y extremadamente civilizada que aborrecía en aquellos momentos.

—Además, así es como se gana una gran fortuna. Yo sólo creo que son hombres los que alcanzan victorias en las guerras ó los capitanes del dinero que conquistan millones... Aunque mujer, me gustaría vivir esa existencia enérgica y abundante en peligros.

Robledo, para evitar á su amigo las recriminaciones de un entusiasmo expresado por ella con cierta agresividad, habló de las miserias que se sufren lejos de los países civilizados. Entonces la marquesa pareció sentir menos admiración por la vida de aventuras, confesando al fin que prefería su existencia en París.

—Pero me hubiera gustado—añadió con voz melancólica—que el hombre que fuese mi esposo

Y se mostraba satisfecho, como si esto equivaliese á un triunfo, no ocultando el disgusto que le habría producido verse obligado á escoger entre su esposa y su compañero de juventud, en el caso de mutua antipatía.

Robledo por su parte se mostraba indeciso y como desorientado al pensar en Elena. Cuando estaba en su presencia, le era imposible resistirse á la fuerza de seducción que parecía emanar de su persona. Ella le trataba con una amabilidad familiar, como si fuese un hermano de su marido. Quería ser su iniciadora y maestra en la vida de París, dándole consejos para que no abusasen de su credulidad de recién llegado. Le acompañaba para que conociese los lugares más elegantes, á la hora del té ó por la noche, después de la comida.

La expresión maligna y pueril á un mismo tiempo de sus ojos imperturbables y el ceceo infantil con que pronunciaba á veces sus palabras, hacían efecto en el colonizador.

—Es una niña—se dijo muchas veces—; su marido no se equivoca. Tiene todas las malicias de las

paso por San Francisco de California, cuando era niña. Otras veces dejaba rodar aturdidamente en el curso de su conversación nombres de ciudades remotas ó de personajes de fama universal, como si los conociese mucho. Nunca pudo saber con certeza cuántos idiomas poseía.

—Los hablo todos—contestó Elena en español un día que Robledo le hizo esta pregunta.

Contaba anécdotas algo atrevidas, como si las hubiese escuchado á otras personas; pero lo hacía de tal modo que el colonizador llegó algunas veces á sospechar si sería ella la verdadera protagonista.

—¿Dónde no ha estado esta mujer?...—pensaba— Parece haber vivido mil existencias en pocos años. Es imposible que todo eso haya podido ocurrir en los tiempos de su marido, el personaje ruso.

Cuando intentaba explorar á su amigo para adquirir noticias, la fe de éste en el pasado de su mujer era como una muralla de credulidad, dura é inmovible, que cortaba el avance de toda averiguación. Pero llegó á adquirir la certeza de que su amigo sólo conocía la historia de Elena á partir



viviera así, conquistando una riqueza enorme. Vendría á verme todos los años, yo pensaría en él á todas horas é iría también alguna vez á compartir durante unos meses su vida salvaje... En fin, sería una existencia más interesante que la que llevamos en París; y al final de ella, la riqueza, una verdadera riqueza, inmensa, novelesca, como rara vez se ve en el viejo mundo.

Se detuvo un instante para añadir con gravedad, mirando á Robledo:

—Usted parece que da poca importancia á la riqueza, y si la busca es por satisfacer su deseo de acción, por dar empleo á sus energías. Pero no sabe lo que es, ni lo que representa. Un hombre de su temple tiene pocas necesidades. Para conocer lo que vale el dinero y lo que puede dar de sí, se necesita vivir al lado de una mujer.

Volvió á mirar á Torrebianca y terminó diciendo: —Por desgracia, los que llevan con ellos á una mujer carecen casi siempre de esa fuerza que ayuda á realizar sus grandes empresas á los hombres solitarios.

Después de este almuerzo, durante el cual sólo se habló del poder del dinero y de aventuras en el Nuevo Mundo, el colonizador frecuentó la casa, como si perteneciese á la familia de sus dueños.

—Le has sido muy simpático á Elena—decía Torrebianca—. ¡Pero muy simpático!

muñecas, creadas por la vida moderna, y debe resultar terriblemente cara... Pero debajo de eso, que no es más que una costra exterior, tal vez existe solamente una mentalidad algo simple.

Cuando no la veía y estaba lejos de la influencia de sus ojos, se mostraba menos optimista, sonriendo con una admiración irónica de la credulidad de su amigo. ¿Quién era verdaderamente esta mujer, y dónde había ido Torrebianca á encontrarla?...

Su historia la conocía únicamente por las palabras del esposo. Era viuda de un alto funcionario de la corte de los Zares; pero la personalidad del primer marido, con ser tan brillante, resultaba algo indecisa. Unas veces había sido, según ella, Gran Mariscal de la Corte; otras, simple general, y el que verdaderamente podía ostentar una historia de heroicos antepasados era su propio padre. Al repetir Torrebianca las afirmaciones de esta mujer, que le inspiraba amor y orgullo al mismo tiempo, hacía memoria de un sinnúmero de personajes de la Corte rusa ó de grandes damas amantes de los Emperadores, todos parientes de Elena; pero él no los había visto nunca por estar muertos desde muchos años antes ó vivir en sus lejanas tierras, enormes como Estados.

Las palabras de ella también alarmaban á Robledo. Nunca había estado en América y, sin embargo, una tarde, en un té del Ritz, le habló de su

del momento que la encontró por primera vez en Londres. Toda su existencia anterior la sabía por lo que ella había querido contarle.

Pensó que Federico, al contraer matrimonio, habría tenido, indudablemente, conocimiento del origen de su esposa por los papeles que exige la preparación de la ceremonia nupcial. Luego tuvo que desechar esta idea. El casamiento había sido en Londres, uno de esos matrimonios rápidos, como se ven en las cintas cinematográficas, y para el cual sólo son necesarios un sacerdote que lea el libro santo, dos testigos y algunos papeles examinados ligeramente.

Acabó el español por arrepentirse de tantas dudas. Federico se mostraba contento y hasta orgulloso de su matrimonio, y él no tenía derecho á intervenir en la vida doméstica de los otros. Además, sus sospechas bien podían ser el resultado de su falta de adaptación—natural en un salvaje—, al verse en plena vida de París.

Elena era una dama del gran mundo, una mujer elegante de las que él no había tratado nunca. Sólo al matrimonio de su amigo debía esta amistad extraordinaria, que forzosamente había de chocar con sus costumbres anteriores. A veces hasta encontraba lógico lo que momentos antes le había producido inmensa extrañeza. Era su ignorancia, su falta de educación la que le hacía incurrir en

tantas sospechas y malos pensamientos. Luego le bastaba ver la sonrisa de Elena y sentir la caricia de sus pupilas verdes y doradas para mostrar una de sus pupilas verdes y doradas para mostrar una de confianza y una admiración iguales á las de Federico.

Vivía en un hotel antiguo, cerca del *boulevard* de los Italianos, por haberlo admirado en otros tiempos como un lugar de paradisíacas delicias, cuando era estudiante de escasos recursos y estaba de paso en París; pero las más de sus comidas las hacía con Torrebianca y su mujer. Unas veces eran éstos los que le invitaban á su mesa; otras los invitaba él á los *restaurants* más célebres.

Además, Elena le hizo asistir á algunos tés en su casa, presentándolo á sus amigas. Mostraba un placer infantil en contrariar los gustos del «oso patagónico», como ella apodaba á Robledo, á pesar de las protestas de éste, que nunca había visto osos en la Argentina austral. Como él abominaba de tales reuniones, Elena se valía de diversas astucias para que asistiese á ellas.

También fué conociendo á los amigos más importantes de la casa en las comidas de ceremonia dadas por los Torrebianca. La marquesa no presentaba al español como un ingeniero que aún estaba en la parte preliminar de sus empresas, la más difícil y aventurada, sino como un triunfador venido de una América maravillosa, con muchísimos millones.

Decía esto á sus espaldas, y él no podía explicarse el respeto con que le trataban los otros invitados y la simpática atención con que le oían apenas pronunciaba algunas palabras.

Así conoció á varios diputados y periodistas, amigos del banquero Fontenoy, que eran los convidados más importantes. También conoció al banquero, hombre de mediana edad, completamente afeitado y con la cabeza canosa, que imitaba el aspecto y los gestos de los hombres de negocios norteamericanos.

Robledo, contemplándolo, se acordaba de él mis-

mo, cuando vivía en Buenos Aires y había de pagar al día siguiente una letra, no teniendo reunida aún la cantidad necesaria. Fontenoy ofrecía la imagen que se forma el vulgo de un hombre de dinero, director de importantes negocios en diversos lugares de la tierra. Todo en su persona parecía respirar seguridad y convicción de la propia fuerza. Pero á veces, como si olvidase el presente inmediato, fruncía el ceño, quedando pensativo y completamente ajeno á cuanto le rodeaba.

—Piensa alguna nueva combinación maravillosa—decía Torrebianca á su amigo—. Es admirable la cabeza de este hombre.

Pero Robledo, sin saber por qué, se acordaba otra vez de sus inquietudes y las de tantos otros allá en Buenos Aires, cuando habían tomado dinero en los Bancos á noventa días vista y era preciso devolverlo á la mañana siguiente.

Una noche, al salir de casa de los Torrebianca, quiso Robledo marchar á pie por la Avenida Henti Martín hasta el Trocadero, donde tomaría el *Metro*. Iba con él uno de los invitados á la comida, personaje equívoco que había ocupado el último asiento en la mesa, y parecía satisfecho de marchar junto á un millonario sudamericano.

Era un protegido de Fontenoy y publicaba un periódico de negocios inspirado por el banquero. Su acidez de parásito necesitaba expansionarse, criticando á todos sus protectores apenas se alejaba de ellos. A los pocos pasos sintió la necesidad de pagar la comida reciente, hablando mal de los dueños de la casa. Sabía que Robledo era compañero de estudios del marqués.

—¿Y á su esposa, la conoce usted también hace mucho tiempo?...

El maligno personaje sonrió al enterarse de que Robledo sólo la había visto por primera vez unas semanas antes.

—¿Rusa?... ¿Cree usted verdaderamente que es rusa?... Eso lo cuenta ella, así como las otras fábulas de su primer marido, Mariscal de la Corte y toda

su noble parentela. Son muchos los que creen que no ha habido jamás tal marido. Yo no me atrevo á decir si es verdad ó mentira; pero puedo afirmarle que en casa de esta gran dama rusa nunca he visto á ningún personaje de dicho país.

Hizo una pausa como para tomar fuerzas, y afirmó con energía:

—A mí me han dicho gentes de allá, indudablemente bien enteradas, que no es rusa. Eso nadie lo cree. Unos la tienen por rumana y hasta afirman haberla visto de joven en Bucarest; otros aseguran que nació en Italia, de padres polacos. ¡Vaya usted á saber!... ¡Si tuviésemos que averiguar el nacimiento y la historia de todas las personas que conocemos en París y nos invitan á comer!...

Miró de soslayo á Robledo para apreciar su grado de curiosidad y la confianza que podía tener en su discreción.

—El marqués es una excelente persona. Usted debe conocerlo bien. Fontenoy hace justicia á sus méritos y le ha dado un empleo importante para...

Robledo presintió que iba á oír algo que le sería imposible aceptar en silencio, y como en aquel instante pasaba vacío un automóvil de alquiler, se apresuró á llamar á su conductor. Luego pretextó una ocupación urgente, recordada de pronto, para despedirse del maligno parásito.

Siempre que hablaba á solas con Torrebianca, éste hacía desviar la conversación hacia el asunto principal de sus preocupaciones: el mucho dinero que se necesita para sostener un buen rango social.

—Tú no sabes lo que cuesta una mujer: los vestidos, las joyas; además, el invierno en la Costa Azul, el verano en las playas célebres, el otoño en los balnearios de moda...

Robledo acogía tales lamentaciones con una conmiseración irónica que acababa por irritar á su amigo.

(Continuará en el próximo número)

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



DISCOS "FADAS"

Enorme y selectísimo repertorio.

VENTAS A PLAZOS, con precios de contado, de APARATOS y DISCOS

Esta Casa está autorizada para vender los famosos Discos ODEON y FONOTIPIA



Los compradores A PLAZOS eligen libremente de nuestros catálogos, y á los precios marcados, cuantos artículos figuran en los mismos. Le enviaremos gratis catálogos y condiciones, pidiéndolos á

«FADAS»-Peligros, 14 y 16, MADRID

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

EL PARAÍSO DE LAS MUJERES

Novela de V. BLASCO IBÁÑEZ



Una novela que puede llamarse fantástica por el ambiente extraordinario en que se desarrolla. Es además la crítica irónica de la confusión en que viven las naciones después de la guerra. Como en todas las obras de Blasco Ibáñez, brillan en ésta sus excepcionales condiciones de observador y sus maravillosas descripciones. Resulta interesante para los hombres... y más para las mujeres, que figurarán como protagonistas.

CINCO pesetas en todas las Librerías y en las Bibliotecas de las Estaciones.

Peñidos: Editorial PROMETEC.—Valencia

SANTA BIBLIA

—No falta más que un capítulo, maestro—dijo el amanuense—; mas va siéndoos bien penoso dictar.

—No—dijo Beda—. Es fácil. Toma tu pluma y escribe ligero.

Cegándole casi las lágrimas al ver á su maestro moribundo, el joven siguió escribiendo.

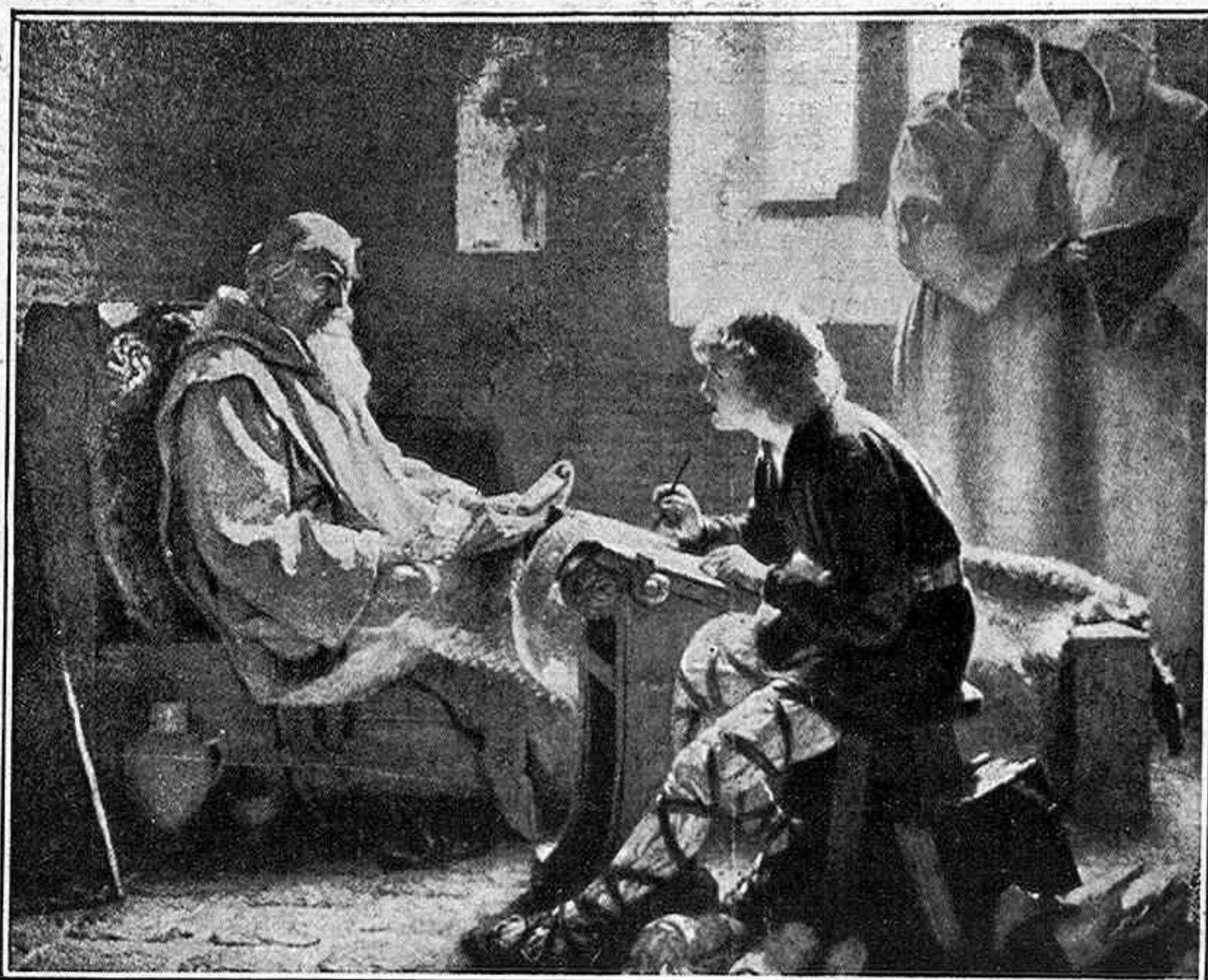
—Ahora, padre, sólo queda una frase.

Beda la dictó.

—Se ha terminado, maestro—dijo el joven.

—Es verdad. Se ha terminado. Ayúdame á llegar hasta esa ventana donde tantas veces he orado.

Y á los breves momentos entraba en su descanso eterno el venerable Beda, traductor de la Santa Escritura al anglosajón.



EL ÚLTIMO CAPÍTULO

(Cuadro de J. Doyle Penrose)

Al ofrecérsete la Biblia en tu propio idioma, se te ofrece, lector, un libro enriquecido por los esfuerzos, los sacrificios y las santas aspiraciones de hombres tan nobles como este traductor. Es la Palabra de Dios revelada y comunicada á través de lo mejor que hay * * * * * en el espíritu del hombre * * * * *

MAGNÍFICA EDICION EN CUARTO, CON MAPAS, ENCUADERNADA EN TELA, 6 PESETAS

Se envía certificada contra remesa de Ptas. 6.75 desde la Casa Editorial:

SOCIEDAD BÍBLICA
FLOR ALTA, 2 Y 4 :: MADRID

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

LA GRAN NOTICIA

Lo es, sin duda alguna, la de haberse puesto ya á la venta la *Guía Directorio de Madrid y su Provincia*, para 1922.

La *Guía Directorio* contiene, como siempre, los nombres de todos los propietarios, comerciantes, industriales, profesionales y artistas de Madrid. Quien compra, pues, la *Guía Directorio* tiene en su mano á cuánto bajo cualquier concepto hay de importante en la Corte, con sus 750.000 habitantes, ordenados por calles, apellidos y profesiones, y la enumeración de sus innumerables oficinas públicas y particulares. Es, por tanto, el auxiliar más útil de todo bufete, fábrica, escritorio, comercio ó hotel, y el más indispensable para cualquier trabajo de propaganda comercial, industrial y política.

La *Guía Directorio* ha salido este año mes y medio antes que los pasados, lo cual quiere decir que también se agotará antes. Mil plácemes á la Empresa; un esfuerzo más y llegará á publicarse dentro del primer trimestre como años antes de la guerra mundial y las complicaciones societarias.

La *Guía Directorio de Madrid*, para 1922, no obstante su cada vez más esmerada y difícil rectificación, se sigue vendiendo á 18 pesetas en todas las librerías y en la de la Casa Editorial Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 11, Madrid. En provincias, 19 pesetas, franco y certificado.



Después de Dios... la PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, KOCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

Misterios de la Policía y del Crimen

:: PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN ::

Miss KATE

Especialista americana, única en el arte de suprimir las arrugas, papada, mejillas colgantes, defectos del rostro é inflamación de los párpados. Producto extraído de las plantas.

CULTURA FÍSICA

Rejuvenecimiento completo comprobado. 31, rue des Batignolles, Paris XVII^e.



SE VENDEN

los clichés usados en esta revista. :: Dirigirse á Hermosilla, 57 ::

SULFHYDRAL CHANTEAUD
de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE, ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS CATARRALES, SARAMPIÓN, COQUELUCHE, VIRUELA.

DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH C^a, 49, Bruch, BARCELONA

ZEISS

LOS GEMELOS "ZEISS"

los primeros del sistema prismático, siguen los mejores del mundo. Más de 20 modelos para viaje, campo, deporte, caza, marina y el teatro. Aumentos: de 3 á 18 diámetros.

De venta en los almacenes de óptica. Pídanse el Catálogo ilustrado "T 433", gratis, á CARL ZEISS, JENA (ALEMANIA)

FÍJESE
EN LA



MARCA
REGISTRADA



PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna. Único que ha obtenido gran premio.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos; pues, sin teñirlos, les da vida y color. Es inofensivo. Cura el herpes y la caspa. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Blanquea, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).



LOCION BELLEZA Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensivo. Deleitosa perfume.

TINTURAS WINTER Marca Belleza. Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para castaño claro, castaño obscuro y negro. Dn colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfin, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blanco, Rosados y Rachel.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Canarias, droguerías de A. Espinosa.—En Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139. En Habana, droguería de Sarrá.—FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).



DIANA WIDEBURG Y C.ª, EISENBERG. S. A. 21 (ALEMANIA)
CRÍA Y VENTA DE LOS MEJORES PERROS DE RAZA

Envío de toda clase de perros de raza: de gufa, de guarda, de caza y falderos.

Se garantiza la pureza de raza y la limpieza de sangre.

= Catálogo ilustrado, Ptas. 1,50 (También sellos) =

CORONA

La Máquina de Escribir Portátil

Por 500 pesetas de una sola vez, puede Ud. tener un secretario particular, ó sea una máquina de escribir

CORONA

con la cual despacha usted su correspondencia particular

Fabricada por Corona Typewriter Co. of Grotton

FACILIDADES DE PAGO



GASTONORGE, C. A.

Sevilla, 16.—MADRID

LEA USTED

Hombre de amor

Última novela de 350 páginas

DE

El Caballero Audaz

PRÓXIMAMENTE APARECERÁ

Un hombre extraño

Novela de 350 páginas

Pedidos de las obras de EL CABALLERO AUDAZ á Editorial "Mundo Latino".—Apartado 502, Madrid

Garage Royalty

General Porlier, 14. Tel. 1.829 S.

Alquilamos jaulas confortables y absolutamente independientes por precio de 100 pesetas al mes, incluyendo un esmerado lavado del coche.

Tenemos un magnífico y moderno taller de reparaciones, dotado de la maquinaria más moderna para la rápida y perfecta reparación de toda clase de piezas de automóviles y camiones. También tenemos hermosos y amplios locales para encerrar y guardar camiones por 20 pesetas al mes.

Garage Royalty

Director Gerente: D. Manuel Ferrero

General Porlier, 14. Tel. 1.829 S.

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

Lea Ud. todos los miércoles

MUNDO GRÁFICO



THE VITTORIA EGYPTIAN CIGARETTE COMPANY

CIGARRILLOS ORIENTALES
con boquillas de oro y corcho
á Ptas. 2.25 y 2.30 los veinte
DE VENTA EN TODAS PARTES



IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS